

LISBETH CAVEY

LUZ DE

GAS

LUZ DE GAS
Lisbeth Cavey

Título original: *Luz de gas*

© Lisbeth Cavey, 2020

Diseño de portada e ilustración: Maribel Caparrós Gómez

Nº Registro: 2002193130654

ÍNDICE

<u>PREFACIO</u>
<u>CAPÍTULO 1</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>
<u>CAPÍTULO 14</u>
<u>CAPÍTULO 15</u>
<u>CAPÍTULO 16</u>
<u>CAPÍTULO 17</u>
<u>CAPÍTULO 18</u>
<u>CAPÍTULO 19</u>
<u>CAPÍTULO 20</u>
<u>CAPÍTULO 21</u>
<u>CAPÍTULO 22</u>
<u>CAPÍTULO 23</u>
<u>CAPÍTULO 24</u>
<u>CAPÍTULO 25</u>
<u>CAPÍTULO 26</u>
<u>CAPÍTULO 27</u>
<u>CAPÍTULO 28</u>
<u>CAPÍTULO 29</u>
<u>CAPÍTULO 30</u>
<u>CAPÍTULO 31</u>
<u>CAPÍTULO 32</u>
<u>CAPÍTULO 33</u>
<u>CAPÍTULO 34</u>
<u>CAPÍTULO 35</u>
<u>CAPÍTULO 36</u>
<u>EPÍLOGO</u>

PREFACIO

1 de noviembre de 1617

Isandra abrió los ojos y sintió el dolor de la tortura en todas sus articulaciones. El sabor a sangre todavía poblaba su boca y sus ataduras de hierro le causaban mucho dolor en las muñecas y los tobillos.

Estaba sucia y su vestido, hecho jirones, era solo un vago recuerdo de lo que fue. No sabía cuánto tiempo llevaba en aquel lugar, había perdido la noción del mismo.

Sus hermanos estaban muertos, los habían quemado en la hoguera como a la mayoría del grupo, solo quedaba ella y quería que todo acabara rápido; pues cada minuto que pasaba en aquel lugar su miedo crecía.

Tenía la sensación de que hacía mucho que aquellos hombres llamaron a la puerta de su casa. Eran de la iglesia, dijeron que los vecinos los habían denunciado, que decían que eran brujos y que tenían relaciones con seres de otro mundo.

La desnudaron y la empujaron contra la mesa de su humilde casa, le ataron las manos y mientras uno de los individuos la sujetaba, el otro la violaba vaginal y analmente, cuando el primero de ellos hubo terminado, tomó el relevo el segundo y luego el tercero. La muchacha lloraba y gritaba, pero nadie parecía escucharla y si lo hacían, no la socorrerían. Su padre había salido por la mañana y todavía no había regresado, estaba completamente sola y aquellos malnacidos estaban abusando de ella con la excusa de comprobar si era o no una bruja.

Cuando los tres individuos hubieron terminado con su cometido, la azotaron y buscaron en su cuerpo la supuesta señal que confirmaba que era una bruja, las encontraron todas. Isandra era pelirroja, zurda y tenía un lunar con la forma de un trébol en el cuello. Siempre le habían dicho que ese lunar era muy bonito, sin embargo, para aquellos depravados cualquiera era la excusa perfecta para acusarla de lo que querían.

Dos de los hombres, la agarraron por las axilas y la sacaron de la casa ante la atenta mirada de todos sus vecinos. La arrojaron al barro como si fuera un despojo y uno de ellos, el más grueso, comenzó a leer una hoja de papel amarillento.

—Isandra de Mir, se la acusa de brujería, de lujuria y de ser la amante de un demonio. Esta mujer, señores, nos ha seducido con sus malas artes y ha hecho que pecáramos, no puede vivir. Además, tiene la marca de las brujas y su color de pelo. También nos han informado de que utiliza la mano del diablo. Ha de morir en la hoguera, ha de desaparecer para que el mal sea expulsado de este lugar y las cosechas vuelvan a ser abundantes, ella es la responsable de la plaga que azota nuestros cultivos, ella es la responsable de la muerte de todos vuestros hijos, ella es la culpable, por ello debemos convertirla en ceniza.

Los vecinos comenzaron a agitar las herramientas que utilizaban para faenar en el campo mientras gritaban improperios dirigidos a Isandra, nadie la defendió, nadie se atrevió. Disfrazaban su expresión de rabia para salvarse, todos podían estar en el lugar de la chica y ninguno quería.

Isandra volvió a su oscura realidad, cuando un chico al que conocía desde pequeña, se acercó a ella y desató sus cadenas. Por un momento, Isandra pensó que la ayudaría a escapar, pero él tenía otros planes para ella y como habían hecho aquellos tres hombres, levantó sus maltrechas ropas y

penetró sin permiso en su cuerpo que ya no sentía ni suyo. El dolor era lacerante, el ataque de aquellos tres malnacidos le había provocado daños internos y no había dejado de sangrar desde que la agredieron.

Isandra sentía escalofríos, sabía que tenía fiebre y que no le quedaba mucho tiempo de vida, aquellos hombres la habían destrozado y en ese momento, aquel chico, que no tendría más edad que ella, le estaba dando el toque de gracia.

—Nunca me hiciste caso, era poco para ti, pero ahora me cobraré todos tus desplantes. —El chico le hablaba con rabia, ella no tenía ni idea de que hubiera hecho alguna vez lo que él decía.

—Por favor, nos conocemos desde niños.

—Ni siquiera sabes mi nombre, pero ahora, no lo olvidarás jamás, me llamo Justo, me oyes zorra, Justo, no lo olvides. —La agarró por el pelo y se derramó dentro de ella.

Cuando hubo terminado se marchó.

Isandra lloró hasta secar sus ojos, se prometió a sí misma que algún día volvería y maldijo a aquel pueblo, a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Volvería y perseguiría a aquellos que la mancillaron y mataron a sus hermanos, haría de sus vidas un infierno, les enviaría enfermedad, desgracia y miseria, haría que todo el mundo supiera la injusticia que se había cometido con ella.

Se cansó de rezar a Dios; no parecía escucharla, por ello empezó a hacerlo a algo más oscuro, a ese que decían que era su amante, reclamó su presencia y él acudió.

—Isandra de Mir, ¿qué quieres de mí? —dijo un hombre de ojos negros y figura imponente que apareció frente a ella.

—Quiero que todo mi sufrimiento sea vengado, que todos los que me han causado dolor estén malditos de aquí a la eternidad.

—Eso, mi querida niña, tiene un precio.

—Pagaré el precio que sea, toma mi alma, es tuya.

—No es suficiente, yo necesito más.

—Te daré lo que me pidas, pero haz que sufran.

—Que así sea...

Tras decir eso, el misterioso hombre desapareció dejando a su paso un rastro de hojas secas que se arremolinaron y se dispersaron en la celda.

Isandra no recordaba que estuvieran ahí antes, pero tanto le daba, quería que su sufrimiento acabara rápido y que el de sus enemigos fuera lento.

Ella pensó que todo había sido un espejismo, una alucinación producida por su propio sufrimiento, se acurrucó en un rincón y comenzó a llorar; solo tenía dieciséis años, solo quería lo que el resto de los mortales, ser feliz, pues ella se conformaba con poco.

Unos hombres la sacaron de su encierro bruscamente, se despertó cuando la llevaban a rastras y la depositaban en un carro atada de pies y manos. La llevaron a un descampado donde había una pequeña ermita y un esconjuradero. Allí reconoció al hombre grueso que la había violado en primer lugar y que no era otra cosa que un «supuesto siervo del Señor», como él repetía una y otra vez.

El hombre comenzó a hablar en un idioma que Isandra no conocía, todos la miraban y soltaban improperios. Ella permanecía atada en un mástil y bajo sus pies, un montículo de ramas y zarzas secas laceraban sus pies desnudos. La iban a quemar viva y ella tenía muchísimo miedo. No era culpable de nada, ni siquiera había conocido varón antes del ataque de aquellos depravados que pensaban que una mujer solo era un trozo de carne al que apalea a su antojo.

Justo, el chico que la había violado esa misma mañana era el encargado de encender la hoguera. Isandra lo miró a los ojos y él agachó la cabeza, ¿era arrepentimiento lo que veía en sus ojos?, le

dio tanto asco que no pudo reprimir lanzarle un escupitajo.

Él la miró y esbozó una media sonrisa. No, no se arrepentía, ese malnacido iba a pagarlo muy caro.

La hoguera prendió e Isandra notó las llamas abrazarla, pero por alguna extraña razón, no le quemaban, fue como si la acariciaran y ella sonrió triunfante.

«Mirad, es una bruja, no se quema y no siente dolor, se está riendo».

La risa de Isandra inundó todo el lugar, los lugareños se tapaban los oídos que comenzaron a sangrar. Las golondrinas cayeron al suelo muertas y allí se pudrieron ante la mirada estupefacta de los asistentes.

Todos comenzaron a gritar mientras el sacerdote seguía con su letanía y el viento azotaba su cuerpo que poco a poco se hizo jirones. Fue como si hubiera sido picoteado por miles de aves de rapiña.

El sacerdote cayó al suelo inerte y todos los demás le siguieron, el fuego se consumió e Isandra se irguió satisfecha, altiva y renovada.

Ya no había señal de sufrimiento en su piel, pero sí en su alma, un alma que clamaba venganza y que ya no le pertenecía, ahora le correspondía a él, a su señor.

Las ataduras de Isandra se rompieron y ella bajó de la hoguera sin sentir dolor al pisar las ascuas, caminó hacia él que la esperaba junto a sus dos hermanos, cuando llegó a su altura se entregó a su abrazo. Él la besó con pasión y puso en su cabeza, una corona de flores secas. Supo desde aquel momento, que siempre sería suya.

22 de agosto de 1993

Las chicharras cantaban aquella calurosa tarde de agosto, pero eso no nos impedía a Dara y a mí salir a jugar al solar que había detrás de mi casa. Nos habíamos quedado sin cabaña otra vez, esos malditos niños de papá de la calle Pedraza nos la habían destrozado, el resto de la pandilla no sabía nada, los domingos solo estábamos nosotros; pues los demás tenían siempre planes fenomenales con su familia. No era nuestro caso, mis padres ni siquiera tenían coche y rara era la ocasión en que salíamos de nuestro pueblo.

Estábamos entre los matorrales, hacía tanto tiempo que no limpiaban la zona, que la mala hierba había crecido hasta alcanzar mis hombros estando de pie. Habíamos aplastado la maleza con una plancha de cartón y pasábamos el rato jugando al ahorcado con una libreta de hojas cuadriculadas y un lápiz.

Y de pronto los vi, salían del camino que conducía a la casa abandonada, eran tres, dos hombres y una mujer, no debían tener más de veinte años, pero a mi corta edad me parecían mucho más mayores de lo que en realidad eran. Vestían de manera muy extraña, como si salieran de otra época. El más alto llevaba el pelo largo sin llegar a tocar sus hombros, era rubio platino, con la piel más blanca que he visto en toda mi vida. Su ropa estaba completamente fuera de lugar, parecía un príncipe de cuento de hadas, con aquellas mallas ajustadas al cuerpo y la capa corta con hombreras y bajo estas, unas mangas abullonadas que le daban aspecto del príncipe de las galletas rellenas de chocolate.

El otro chico tenía el pelo rizado y negro, también vestía de manera parecida al otro individuo, pero era mucho más bajo de estatura que este y llamaba algo menos la atención.

La chica llevaba un vestido compuesto por trozos de telas traslúcidas color tierra en varios tonos. En su cabeza, provista de una preciosa melena pelirroja llevaba una corona de flores secas,

parecía un hada.

Yo miraba extrañado al extravagante trío, seguía su trayectoria con la cabeza, hasta que Dara se coló en la misma.

—¡Dara!, ¿a dónde vas?, ¡vuelve aquí! —dije sorprendido y ,a decir verdad, un poco acojonado. Mi hermana solo se limitó a girar la cabeza sonriendo y a hacerme gestos para que la siguiera.

—¡Dara, vuelve aquí ahora mismo, o se lo diré a mamá!

Tendría que haberme levantado de nuestro intento de cabaña y haber seguido a mi hermana para cogerla de la mano e impedir que se fuera con aquella gente, pero no lo hice. Me limité a gritar y a hacerle gestos para que volviera, era como si algo me mantuviera pegado en el cartón donde estaba sentado. La chica, al ver a mi hermana seguirles, la cogió de la mano y le puso la corona de flores en la cabeza, Dara, se giró una última vez y me sonrió antes de desaparecer sin dejar rastro. De pronto, en la soledad de aquel lugar, me di cuenta de que se había hecho de noche.

13 de noviembre de 2003

Abrí los ojos y noté una fuerte punzada en la cabeza, el dolor era tan intenso que me llevé ambas manos a las sienes en un frustrado intento de mitigarlo, pero no conseguí ningún resultado satisfactorio, cada vez me dolía más. Volví a cerrar los ojos e intenté relajarme variando mi posición hasta quedar bocabajo. Ladeé la cabeza, entonces fue cuando lo vi. No pude más que horrorizarme por lo que descansaba a mi lado que no era otra cosa que un cuchillo de cocina ensangrentado. De un respingo me incorporé y dirigí mis manos al maltrecho cuchillo. «Esto ya ha ido demasiado lejos», pensé. Grité su nombre, pero no recibí respuesta, fue entonces cuando decidí ir a buscarlas, pero al intentar bajarme de mi cama no fue suelo lo que encontré al apoyar mis pies, lo que ahí había era una broma macabra cuando menos. Sangre, mucha sangre y de pronto los gritos de mi madre desde la cocina me hicieron temer lo peor.

CAPÍTULO 1

De pequeña quería ser profesora, sin embargo, me di cuenta de que la paciencia con los niños no era precisamente una virtud en mí y cuando tuve que elegir carrera lo tuve muy claro, quería ser psicóloga, entre otras cosas, porque mi madre siempre anduvo entre supuestos «profesionales» de la Seguridad Social que en lugar de ayudarla le acabaron destrozando la vida. Yo quería ayudar a personas como ella, gente que necesitaba apoyo, una inyección de fuerza y moral, para resumir, quería sanar mentes sin medicamentos que produjeran adicción, quería escuchar lo que las personas tenían que decirme y, a decir verdad, para ello necesitaría dosis monumentales de paciencia, eso de lo que nunca hice gala, pero me esforcé y pude acabar la carrera a los veintiocho años, tras varios parones por causas económicas, principalmente.

Era mi primer día como psicóloga en la Clínica Psiquiátrica Las Golondrinas. Había pasado los últimos meses trabajando como camarera en un pequeño antro que servía comida caducada y, por fin, un día recibí la ansiada llamada, la que, en definitiva, sería la llave para poner en práctica mis conocimientos, pues me había dejado la piel en la carrera y de alguna manera tenía que sacarle partido.

Conducía hacia el lugar que marcaría un antes y un después en mi vida, conducía, hacía un abismo del que me iba a ser muy difícil escapar, pero yo entonces no lo sabía, solo era una psicóloga novata que se dejaba llevar por el corazón y bien caro lo pagué, pero claro, simplemente, era un pequeño renacuajo nadando en un estanque de pirañas, así era el mundo para mí, pero yo no veía el peligro a mi alrededor, se hacía invisible a la vez que me atraía sobremanera.

Aparqué mi viejo Seat Ibiza, lo había heredado de mi hermano mayor y había conocido tiempos mejores, ahora era una especie de lata rodante, pero cumplía su función en ocasiones. Por suerte ese día no tuve que llamar a la grúa.

«Las Golondrinas», era una antigua finca con un gran edificio modernista que había sido reconvertido en clínica mental en los setenta. Había curioseado por la red, no sé por qué razón, pero los edificios me atraen de manera casi obsesiva, es como si tuviera que saber la historia de cada lugar que me llama la atención, siempre acabo haciendo una pequeña investigación por internet, donde hay más pirados de los edificios como yo.

El edificio principal, que no era otra cosa que una mansión descomunal, era propiedad de un reputado médico que encargó el proyecto a un gran amigo suyo considerado un loco de la arquitectura. Quería una casa especial, y vaya si lo era, el edificio se mantenía en perfecto estado después de tantos años y varias reformas. El lugar tenía algo que lo hacía lúgubre, quizás fuera por esa especie de niebla fría que lo cubría, o pura autosugestión, la cuestión es que un escalofrío cruzó a toda velocidad mi columna vertebral y se perdió en mi nuca.

Anduve por el camino de piedra y baldosas de colores y me sentí como Dorothy en *El mago de Oz*, aunque en este caso no hubiera ni una sola baldosa amarilla.

En la recepción, una mujer de mediana edad que vestía una bata blanca me clavó sus grandes y penetrantes ojos negros.

—¿Señorita Verdi? —preguntó sin pestañear y mirándome de arriba abajo.

—Sí, vengo por...

—Ya sé a lo que viene, espere un momento en la sala de espera, ahora vendrán a buscarla — dijo señalando el lugar donde debía sentarme.

De pronto, un hombre de unos sesenta años, canoso y con un gran bigote se acercó a mí y me tendió su mano.

—Buenos días, soy Máximo Cuesta, el director.

—Encantada, Valentina Verdi —contesté mientras se la estrechaba.

—Igualmente señorita Verdi, acompáñeme, la pondré al día con sus nuevos pacientes, como le dijeron por teléfono, vamos un poco desbordados desde que nos falta su antecesora.

Seguí al señor Cuesta hasta su despacho, no podía ocultar el olor a nicotina, estaba segura de que ese señor fumaba en su despacho, sin esconderse mucho que digamos, a juzgar por el cenicero lleno de colillas que tenía en su mesa.

—¿Un cigarrillo? —dijo ofreciéndome un pitillo de una marca que no había visto jamás.

—No, gracias, no soy fumadora. —Y en cierto modo le mentí, había dejado el tabaco un año antes y me había convertido en una mosca cojonera para las personas que sí fumaban, la verdad es que ya no soportaba el olor a tabaco.

—Hace bien —dijo el hombre encendiéndose él uno.

Aguanté mis ganas de vomitar y puse mi sonrisa más falsa. Cuesta debió darse cuenta, porque abrió las ventanas de par en par dejando entrar esa neblina un tanto siniestra que cubría el edificio.

—Verá, señorita Verdi —comenzó a decir, pero le corté.

—Llámeme Valentina o mejor Valen, si le parece bien.

—Como usted se sienta más cómoda, Valentina. —Bueno, al menos ya no era la señorita Verdi, sentía que llamaban a otra persona, no a mí—. Pues a lo que iba, como le he indicado, estamos desbordados y necesitamos que se incorpore hoy mismo a su puesto, ¿tendría algún problema?

—No, ninguno —dije con firmeza intentando que Cuesta no notara lo nerviosa que estaba.

—No sabe cómo se lo agradezco, porque a decir verdad, en veinte minutos tendrá usted a su primer paciente. —No me lo podía creer, solo veinte minutos, había pensado primero leer los historiales de mis pacientes antes de lanzarme al ruedo a pelo.

—Sé que necesitaría más tiempo para ponerse al corriente —dijo leyendo mi pensamiento y luego añadió—. Pero no lo tenemos, por lo que la pondré en antecedentes, y después de ver al señor Cabano, tendrá un par de horas libres para poder mirar con detenimiento los historiales.

—De acuerdo —asentí con timidez y no muy convencida.

Cuesta me miró por encima de las gafas de cerca que se acababa de poner para luego entregarme una carpeta marrón etiquetada con un nombre, Adrián Cabano.

Abrí la carpeta y me encontré con la fotografía de un hombre muy atractivo, llamaba la atención la expresión cálida de sus ojos, su mirada era profunda, su piel morena en consonancia con su pelo negro azabache. Su boca era perfecta, a decir verdad, jamás había visto un hombre tan condenadamente guapo, «qué pena», pensé; me dio lástima que un chico tan joven y atractivo estuviera en aquel lugar. Sin embargo, la mente humana no entiende de físico, y Cabano estaba encerrado por matar a su hermana a sangre fría y posteriormente descuartizarla. Al parecer, su madre encontró la cabeza de la chica en la nevera.

—Como puede ver, no es un angelito, aunque parezca lo contrario.

—Y, ¿cómo siendo un criminal está aquí y no en la cárcel?

—Pues, Valentina, si sigue leyendo verá que el señor Cabano padece una extraña enfermedad a

día de hoy sin diagnosticar.

» En principio, pensamos que era esquizofrénico, pero más tarde se descartó el diagnóstico, también se valoró algún tipo de trastorno de la personalidad, no obstante, tres médicos distintos no llegaron a ponerse de acuerdo. Es un psicópata, de ello no le quepa la menor duda y aunque no lo parezca, es peligroso, por ello en todo momento estará acompañada por un celador y Cabano llevará la camisa de fuerza y estará encadenado al suelo.

El miedo comenzó a paralizar mi cuerpo, ¿A qué clase de animal me enfrentaba?, la verdad, es que pensé que este sí era el tipo de persona que necesitaba que lo atiborrasen a pastillas.

Por un momento, quise salir corriendo, mi primer paciente y ya quería huir, pero no era para menos.

En mis cavilaciones estaba perdida cuando el señor Cuesta me sacó de ellas de golpe y porrazo.

—¿Preparada, Valentina? —preguntó con una expresión entre seria y burlona, vamos, que pensé que ese hombre me estaba probando, y no me equivoqué.

—Vamos —solté intentando que mi respuesta fuese lo más convincente posible.

Acompañé al señor Cuesta al pabellón donde tenían a los internos más peligrosos. El lugar parecía un penal más que un centro de salud mental y los «presos» gritaban, me llamaban, me decían obscenidades; incluso uno se atrevió a masturbarse a mi paso.

—Intente no mirarlos, es mejor.

—Ya veo, ya —susurré intentando mirar al frente e ignorando los reclamos de los internos, que indudablemente se convertirían en mis pacientes en los próximos días.

Nos paramos delante de una puerta blanca con un cartel que decía «Sala de terapia», Cuesta abrió la puerta pasando una tarjeta por una especie de lector, la verdad es que no escatimaban en seguridad.

—Aquí trabajará con los internos del pabellón Z, que es donde nos encontramos, en el resto de pabellones lo hará en su consulta que, por cierto, luego se la enseñaré.

Eso me hizo respirar un poco más tranquila, unos segundos antes estaba a punto de ponerme a llorar nada más de pensar que tendría que trabajar todos los días en aquel lugar infernal.

La sala era amplia y totalmente blanca, las ventanas estaban provistas de rejas de seguridad, dudo mucho que las mismas pudieran abrirse. Mis posibilidades de escapar si el interno se ponía violento eran muy reducidas. Quise llorar y salir corriendo, pero en su lugar me quedé clavada al suelo con el maletín negro que mi madre me había regalado con todo su amor.

En el centro de la estancia había una mesa y una silla. En el suelo a ambos lados, dos argollas de hierro y unas cadenas.

—Espere en ese rincón, ahora traerán al interno —indicó Cuesta mientras señalaba una esquina de la estancia.

Y como una niña buena, obedecí sin rechistar, no era para menos.

Esperé arrinconada, todo lo lejos de la mesa que pude, varios minutos que parecieron horas enteras, hasta que la puerta se abrió y dos celadores entraron con el interno más peligroso de Las Golondrinas, Adrián Cabano, apodado el Príncipe Descuartizador.

CAPÍTULO 2

La fotografía del historial de Adrián Cabano, no le hacía justicia, era muchísimo más guapo, tanto, que hacía daño a la vista verlo con toda esa parafernalia que le habían puesto los celadores.

—La dejo con su paciente, señorita Verdi. Espere; una última cosa, venga fuera un momento.

Salí de la sala detrás de Cuesta, albergando una pequeña esperanza de que dejásemos la terapia de Cabano para otro momento, pero en su lugar, el señor Cuesta me dijo algo que me desconcertó.

—No olvide lo que le voy a decir, para los internos, usted es la señorita Verdi, y para este en especial. No se deje engañar por su apariencia, Cabano es un seductor nato, nada de confianzas y todo irá bien. ¿Estamos?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—Así me gusta, ahora, Valentina, la dejo con su paciente, como puede ver estará bien protegida, hoy habrá dos celadores con ustedes, no obstante, para cualquier problema, tiene usted un pulsador debajo de la mesa, no dude en utilizarlo llegado el caso.

Respiré hondo antes de entrar nuevamente en la sala y me dije a mí misma, «valor, Valentina, haz honor a tu nombre» y sin pensarlo mucho más, entré.

Cabano, con su camisa de fuerza y las cadenas en los pies me inspiró lástima. Permanecía cabizbajo, esperando, porque no podía hacer otra cosa. Era un asesino, eso estaba claro y, me convencí a mí misma de que debía ser objetiva, ya que no era otra cosa que un enfermo mental. Volví a respirar profundamente y me miró con intensidad.

—¿Tiene miedo? —preguntó con una voz masculina y profunda.

—¿Debería tenerlo? —respondí con otra pregunta, estaba demasiado nerviosa.

—Por aquí dicen que sí, ¿verdad, carceleros? —dijo dirigiéndose a los dos celadores que permanecían sentados en un par de sillas a ambos lados de la estancia.

—Si estoy aquí es porque no tengo miedo —solté en un intento de convencerme a mí misma de que no estaba totalmente acojonada.

—Eso está bien, pues, usted dirá, es mi nueva loquera, ¿verdad?

—Digamos que soy su nueva psicóloga, suena mejor —respondí tragándome las ganas de decirle que a los psicólogos no nos gusta que nos llamen así.

—De acuerdo, ¿cuál es su nombre?

—Valentina —respondí haciendo caso omiso a las reglas de Cuesta.

—Bonito nombre, ¿cree usted que podrá hacer algo para que estos energúmenos me quiten la camisa de fuerza?, me apetece fumarme un cigarro.

—No puedo hacer eso, al menos por el momento, necesito que me demuestre que puedo confiar en usted.

—Créame, puede hacerlo, no tengo la más mínima intención de atacarla, pero aquí si intentas defenderte te envían al pabellón Z. Ya lo irá usted viendo.

—Cabano, que nos conocemos —gruñó uno de los celadores.

—Está todo bien, Jim, no seas aguafiestas.

—Bueno, a lo que íbamos —interrumpí—, hábleme de usted.

—¿Por dónde quiere que empiece?

—Lo dejo a su libre elección. —Y Cabano me regaló una preciosa sonrisa de dientes perfectos.

—No sé qué decirle que no haya dicho ya a sus antecesores. ¿Sabe?, estoy cansado de que cambien tanto de personal en este sitio, cuando tienes confianza en alguien, de la noche a la mañana, lo cambian por otra persona, y vuelta a explicarlo todo.

—Mire, señor Cabano...

—Puede llamarme Adrián.

—Pues, Adrián, para hacer una valoración de su caso necesito conocerlo mejor, y ello pasa porque me explique un poco quién es, sus inquietudes, lo que le pasa por la cabeza, lo que sea.

—Mejor que no le diga lo que me pasa por la cabeza ahora mismo. —Y al decir eso los celadores no pudieron aguantar la risa.

—En fin, hable.

—Prefiero no hacerlo, no me va a creer, nadie me ha creído jamás, por eso estoy aquí, yo no hice, es lo único que puedo decirle.

Siempre tuve una capacidad especial para detectar la mentira en las personas y Cabano, parecía sincero. Por sus gestos, pude adivinar que, estaba ya muy cansado de aquella situación, pero, por otra parte, no podía dejarme llevar por su expresión aparentemente «sincera», de sobra sabía que existían personas con gran capacidad para la actuación, sin embargo, yo tenía una corazonada, ¿y si Cabano estuviera diciendo la verdad?

—Inténtelo, quizás le sorprenda.

—¿Usted cree?, a estas alturas —rio de manera cínica—, créame que nada ni nadie me sorprende, Valentina.

No me gustó la manera de decir mi nombre, se detuvo en cada sílaba y su mirada en principio intensa, pero triste y sincera, se había transformado en algo que no podía descifrar. Intenté durante varios minutos más que Cabano dejara de esquivarme, pero no conseguí nada y acabó por cerrarse en banda, no hacía más que bromear con los celadores, por lo que preferí dar por concluida mi primera sesión con él.

Tras ponerme al día en las escasas dos horas que me quedaron libres después de visitar a Cabano, comenzó un maratón de pacientes en el pabellón A, el de los enfermos menos violentos y más autónomos. La verdad es que llegó un momento en el que no sabía quién era quien, demasiada información en un mismo día para mi atormentado cerebro. Conocí desde a un hombre que pedía dinero a todo el que se le pusiera delante para coger el autobús, a una mujer que se pasaba el día con sus bragas sucias en la cabeza, esta última me pidió las mías, decía que le encantaba el olor de los genitales femeninos, en fin, había pasado la prueba de fuego, pude poner en práctica mis conocimientos sin problemas, salvo con Adrián Cabano, iba a ser un hueso duro de roer, empero confiaba en que conseguiría mi cometido.

Cuando por fin llegué a mi casa caí a plomo en el sofá después de quitarme los zapatos de tacón, mala idea. Estaba segura de que iba a trabajar mucho mejor en deportivas y, me prometí a mí misma llevarme un par de ellas al día siguiente. Pero los zapatos de tacón siempre me habían vuelto loca, no podía vivir sin ellos, pero con ellos tampoco.

Mi madre se acercó a mí con el semblante serio, siempre hacía lo mismo, parecía que me iba a leer la cartilla, pero luego, cuando la tenía delante, me hablaba normalmente, se reía o se preocupaba por mí, lo malo era cuando parecía que no estaba enfadada y no hablaba, era entonces cuando me tenía que echar a temblar, porque eso, era señal inequívoca de que doña Paca estaba furiosa conmigo. En aquella ocasión se paró delante de mí y me dijo, «anda, vete a duchar y te hago algo de cenar, ¿quieres un bocadillo de chópéd?». Dios mío, chópéd no, por favor, pensé. Mi

madre nunca daba ni una con mis gustos, y menos después de haber vuelto a su casa tras haber pasado varios años independizada.

— ¿Cómo te ha ido en el nuevo trabajo? —preguntó mi madre.

—Bien, ha sido un día intenso.

—Mira que a mí no me gusta que estés en ese lugar con todos esos locos.

—Mamá, no los llares locos, son enfermos, merecen un respeto.

—Es igual, es lo mismo, yo no estoy tranquila, a ver si alguno te va a hacer algo.

—Nadie me va a hacer nada, estate tranquila.

—Sí, claro, ¿cómo estarías tú si fuese tu hija?, anda, dime.

—Pues, para empezar, respetaría las decisiones de mi hija de veintiocho años.

—Soy tu madre.

—Y yo tu hija, por lo que déjame respirar mamá, que eres muy paranoica.

—Yo no estoy loca.

—No te he llamado loca, pero es que te haces películas tu sola.

—El día que seas madre... —dijo mientras salía del salón; en parte, mejor, discutir con mi madre era agotador, por todo se comía la cabeza.

Tras comerme a marchas forzadas el bocadillo que me hizo mi madre me retiré a mi habitación, ni me planteé saber lo que pasaba en el mundo, muchas veces necesitaba desconectar de las redes sociales, solo veía más de lo mismo, personas enfrentándose entre ellas por puro interés económico y político. Tenía tanto sueño que me quedé dormida enseguida.

No debería llevar más de un par de horas durmiendo cuando un ruido debajo de mi cama me despertó, era como si un grupo de gente estuviera murmurando. Me bajé de la cama y me agaché para mirar, obviamente no había nada. Respiré hondo y pensé que el cansancio del día me estaba pasando factura. Volví a meterme en la cama y me costó dormirme más de lo deseado, la imagen de Cabano aparecía en mi mente una y otra vez sin querer marcharse.

En mi segundo día en Las Golondrinas, me tocó una terapia de grupo con varias internas que en la vida hubiera pensado que estaban enfermas, hasta que una de ellas comenzó a llorar y a gritar mientras le salía sangre por la nariz. Tuve que llamar a los celadores, porque la chica en cuanto me acerqué me agarró del pelo, llevándose un buen mechón y dejándome el cuero cabelludo muy dolorido. Las otras chicas, adolescentes, se arrinconaron y parecían asustadas. No hacían más que decir que la culpa la tenía Cabano.

Cuando se llevaron a Débora, que así se llamaba la chica del incidente, las otras me explicaron que Debi, como la llamaban ellas, estaba muy enamorada de Cabano y había tenido algo más que palabras con él, pero este le había confesado que se había enamorado de otra chica.

«Si Cabano está en el pabellón Z», les dije; pero ellas me contestaron que eso no era verdad, que él campaba a sus anchas por el sanatorio. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo; imaginarme a ese hombre caminando libremente por mi lugar de trabajo no me inspiraba confianza, ¿y si mi madre tenía razón?, descarté la idea de inmediato, y me convencí de que esas chicas, aunque parecieran sanas, estaban en Las Golondrinas por algo, por estar cuerdas seguro que no, por lo que puse en duda su credibilidad e intenté no sugestionarme, pero me fue imposible. Empecé a imaginar a Cabano por todas partes, saliéndome al paso, con su impresionante físico y su mirada inquietante. Tanto lo imaginé; que por la tarde, mientras me dirigía a mi despacho, la imagen de Adrián Cabano se materializó delante de mí, en medio del pasillo. No había nadie, los fluorescentes parpadeaban de tal manera que la silueta de Cabano aparecía y desaparecía de mi campo de visión.

No pude hablar, tampoco moverme. De pronto lo tenía a escasos milímetros de mis labios.

Notaba su respiración y su aliento a chicle de menta y tabaco tan cerca de mí que, no sabía si sentir miedo, o colgarme del cuello de ese hombre y meterle la lengua hasta el gaznate.

—Señorita Verdi, ¿está bien? —La voz de Cuesta me sacó de mi momento de «confusión».

—Sí... solo es que creí ver... —balbucí.

—¿A quién creyó ver?

—Nada, cosas mías, no me haga caso, todavía estoy un poco perdida.

—Poco a poco, Valentina, verá que en pocos días lo tiene por la mano.

Asentí, y forcé una sonrisa que no engañó a Cuesta, era psiquiatra, y de alguna forma, yo me sentía escrutada, sabía que todo el tiempo ese hombre intentaba saber qué pasaba por mi mente. Eso me ponía más nerviosa que tener en frente a Adrián Cabano en ocasiones. Sentía como si Cuesta me estuviera probando una y otra vez, y no me gustaba la sensación de invasión en mi intimidad mental.

Cuando terminó mi jornada laboral no tenía ganas de irme a casa y marqué el número de un «amigo» con el que había tenido un pequeño *affaire* en el pasado, y con el que solía quedar de vez en cuando. Necesitaba una dosis masiva de sexo, llevaba varios meses de celibato y comenzaba a pasarme factura.

—Cuánto tiempo, Valen, ¿a qué debo este honor?

—En tu casa en veinte minutos.

—Como me gusta cuando te acuerdas de mí.

Tras una sesión maratónica de sexo desenfrenado, Áxel y yo acabamos exhaustos el uno junto al otro.

—Lo de hoy ha sido lo más, hacía tiempo que no te veía y me has alegrado el día.

—Ya sabes, me gusta improvisar —susurré con picardía.

—Pues improvisa más a menudo, me gustas más así, en los últimos tiempos estabas muy alicaída.

—¿Tú crees?, será porque he encontrado trabajo como psicóloga.

—Me alegro mucho, guapa, quizás sea eso, pero nos conocemos desde hace tiempo, y creo que los tiros van por otro lado. ¿Has conocido a alguien?

—Qué va... estoy cerrada al amor.

—Menos mal que es solo a eso a lo que estás cerrada —dijo volviendo a ponerse encima de mí y pidiéndome la revancha, no me molesté en rechazarla, un último asalto era lo que necesitaba en ese momento.

Me zafé de su yugo y me subí encima de Áxel a horcajadas y comencé a moverme rítmicamente, me excité mucho más de lo habitual, porque no era la cara de él la que estaba viendo; un rostro mucho más atractivo sustituyó al suyo y se transformó en el de Cabano, entonces perdí la poca cordura que me quedaba en ese momento y me volví una salvaje, era como si una Valentina mucho más apasionada me hubiera poseído.

—Valen... ¿Valen?, que soy una persona, y no una polla andante —dijo Áxel entre jadeos.

Entonces paré de moverme en seco y volví a la realidad, el pobre chico me miraba con cara de circunstancias.

—Lo siento, de verdad, no sé qué me ha pasado —me excusé retirándome y buscando algo con que taparme.

Áxel y yo hablamos durante un rato más, evité mencionar lo que acababa de pasar, y Áxel se dio cuenta, por lo que no tocó más el tema. Áxel me dijo que no me fuera, que me quedara a dormir con él, pero decliné su oferta. Normalmente, cuando quedaba con él solíamos pasar la noche juntos, pues ambos habíamos tenido pareja durante mucho tiempo y la cosa no había

acabado bien. Nuestra relación era muy esporádica y sin compromiso, sin embargo, ninguno de los dos podíamos evitar acabar durmiendo abrazados, quizás en un intento de emular el calor que sentíamos con nuestras respectivas parejas. Muchas veces me pregunté por qué no habíamos tenido algo más serio él y yo, pero nunca supe responderme. Áxel era un chico noble y bueno, quizás mi atracción por los malos chicos fuera el problema.

CAPÍTULO 3

El tiempo amenazaba tormenta, y los pacientes de Las Golondrinas estaban más nerviosos de lo normal. No podían salir al jardín y el encierro no les sentaba demasiado bien. Había un bullicio impresionante en la sala de actividades y mi consulta estaba muy cerca.

Estaba leyendo el historial de una nueva paciente a la que habían trasladado de psiquiátrico y no podía concentrarme, por lo que me levanté a cerrar la puerta. De pronto, oí pasos que se alejaban y me picó la curiosidad. Asomé la cabeza por el umbral de la puerta y vi a un hombre imponente que caminaba tranquilamente en dirección a los servicios. No podía ser, era Cabano, «¿qué hace en el pabellón A?», pensé, y lo seguí a hurtadillas. Pasó de largo por los servicios, y dobló la esquina, no podía acercarme mucho o se daría cuenta, quizá podría haberlo llamado simplemente, pero no lo hice porque quería ver a dónde iba.

Yo sentía que él sabía que lo seguía, y eso hizo que el corazón se me disparara hasta casi llegar a la más terrible arritmia. Me faltaba el aire y decidí dejar de seguirle. ¿Qué me pasaba con ese hombre?, ¿en serio me estaba obsesionando con un asesino?

Decidí volver a mi consulta y al darme la vuelta para volver sobre mis pasos lo tenía delante.

—Por Dios, señor Cabano, me ha dado un susto de muerte —dije intentando quitarle hierro al asunto, pero estaba aterrorizada.

—No eres tan Valiente, Valentina —apuntó con una voz rasgada y cantarina que me heló la sangre.

—¿Qué hace aquí?

—Debería estar en el pabellón Z, ¿verdad?

—Pues, yo diría que...

—Dilo; Adrián, eres un asesino, pero me pones cachonda.

—Pero, ¿qué está diciendo?

—Anoche, Valentina, anoche era a mí al que te follabas.

—Déjeme en paz, llamaré a los celadores.

Cabano rio con unas carcajadas estridentes que martillearon mis oídos.

—Señorita Verdi, señorita Verdi... despierte.

Cuando abrí los ojos casi le doy un beso a Cuesta por sacarme de mi pesadilla surrealista.

—Lo siento, señor Cuesta, me he quedado dormida revisando historiales.

—La juventud, es lo que tiene, apuesto a que anoche no durmió demasiado —afirmó con picaresca.

Me puse roja como un tomate, ese hombre leía mi mente y me hacía sentir desnuda en medio de una multitud.

—Lo siento, no volverá a pasar.

—Por la cuenta que le trae mejor que no pase, hay mucha gente que mataría por una plaza como la suya, es una falta de respeto.

—De verdad, no sé cómo ha ocurrido...

Me quedé sin palabras, me sentía avergonzada y cualquier cosa que le dijera a Cuesta sería más

a añadir en mi contra, por lo que en un gesto involuntario agaché la cabeza.

—Cambiando de tercio —dijo Cuesta provocando que yo respirara tranquila por no tener que seguir justificándome—; tiene que volver al pabellón Z.

Mi falsa sensación de alivio se transformó en segundos en el más profundo de los desasosiegos, sabía a qué iba al dichoso pabellón Z, tenía que volver a verme cara a cara con Adrián Cabano.

Un cúmulo de sentimientos encontrados invadió mi confuso cerebro, escuchaba a cuesta como si estuviera hablando debajo del agua, pues no lo oía, solo una especie de burbujeo en el que pude leer sus labios y confirmar mis acertadas sospechas.

En la sala de terapia me esperaba de nuevo Cabano, pero esta vez no llevaba camisa de fuerza, a parte, que solo un celador sería testigo de mi segunda sesión con Adrián. La escena me pareció chocante, se suponía que Cabano era peligroso y que tenía que permanecer inmovilizado y muy vigilado, pero el hombre que me esperaba, lo hacía con un cigarrillo entre sus dedos y una sonrisa de oreja a oreja.

—Valentina, hoy nos vemos en una situación más igualitaria.

—Buenos días, señor Cabano.

—Puedes llamarme Adrián, recuerda.

—De acuerdo, Adrián, espero que hoy estés más receptivo que en la última ocasión, puedes confiar en mí.

Le dije mirándole directamente a los ojos en un acto de dominar la situación, pero su mirada tan penetrante e intensa me hizo apartar la mía, no pude sostenérsela.

—Quieres que me abra y te cuente lo que pasó, el porqué de mi estancia a mesa y mantel en este lugar, muy bien, hablaré, pero solo si él sale de la sala —sostuvo con firmeza mientras señalaba al celador.

—No puedo irme, ya lo sabes Cabano, el jefe me cuelga —se excusó el celador.

—Venga, Jim, que luego hablamos tú y yo de aquello...

Y Jim accedió a su petición sin rechistar, haciendo que un pequeño piloto rojo se encendiera en mi mente, me iba a quedar con un hombre al que apodaban Príncipe Descuartizador.

—Estaré aquí fuera, dejo esto abierto por si viene el Cuesta, pero no te acostumbres, Cabano —le advirtió Jim antes de salir de la sala y entornar la puerta.

—Bueno, Valentina, dime, ¿qué quieres saber? —preguntó Cabano exhalando una bocanada de humo que me hizo toser y luego añadió—, doy por hecho que no quieres un cigarro.

—No, Adrián, no fumo.

—Ya veo. Haces bien, esto es una basura que te va pudriendo los pulmones día tras día, bocanada tras bocanada.

—¿Entonces, por qué fumas?

—¿Tengo algo mejor que hacer aquí?

Observé en su mirada un atisbo de victimismo encubierto con su forma de hablar cínica y pausada. Decidí no darle más cancha al tema del tabaco, necesitaba que me explicara su versión, que me abriera su mente y se dejara ayudar por mí.

—Empecemos por tu infancia, ¿cómo fue?

—Mi infancia...

» Fui un niño con una vida muy normal, como la de todos los niños de la época, era buen estudiante, me encantaba mi barrio y la pandilla, muchas veces éramos muchos, pero también estábamos los de siempre. Éramos cinco y entre ellos estaba Dara, mi hermana pequeña.

—¿Quieres hablar de ella?

—¿Por qué debería obviarla?, era mi hermana, mi pequeña y preciosa Dara.

» Cuando nació sentí que me había despojado de todos mis privilegios, absolutamente todos los mimos eran para ella, yo solo tenía dos años, pero me acuerdo de muchas cosas. De ser el centro de atención de mi familia, el rey de la casa; pasé a ser el niño molesto al que le decían una y otra vez que ahora era mayor y tenía que cuidar de la nueva intrusa.

» Me fastidiaba que se pasara todo el día llorando, nunca se callaba, era un martirio. Si yo lloraba me tachaban de caprichoso, si lo hacía ella era solo un bebé. Lo que nadie se paró a pensar es que yo también lo era y me habían dejado de lado.

» Estaba furioso con Dara, con mis padres, con el mundo entero y un día exploté y me acerqué a su cuna sigilosamente. Cogí a mi hermanita en brazos y la llevé a la cocina. Mi madre estaba en el servicio, la pobre no tenía tiempo ni de ir al lavabo tranquilamente con nosotros dos y ese día aprovechó para cumplir con sus necesidades biológicas pensando que yo estaba durmiendo la siesta. Dara estaba muy dormida, no se inmutó, cosa que agradecí. La quería hacer desaparecer y mi lógica de niño pequeño me decía que lo que tiras a la basura no lo vuelves a ver más. Mi madre siempre me había dicho que las cosas de la basura no se tocan, pues se me había ocurrido la idea más brillante del mundo, eso es lo que pensaba yo en ese momento, y ahí dejé a la pobre Dara en una postura muy extraña, entre peladuras de patata y cáscaras de plátano.

» La pequeña no duró ni tres segundos en ese lugar frío, oscuro y maloliente, comenzó a berrear como nunca lo había hecho y mi madre apareció en la cocina hecha una furia.

» Mi madre cogió a Dara en brazos y se la llevó para darle un baño, ese día me dejaron sin ver los dibujos animados y no tomé postre en la cena.

» Por la noche oí a mis padres discutir.

—Si el niño ha hecho eso es porque no le estás prestando la suficiente atención —dijo mi padre.

—Venga, va, Andrés, que los toros se ven muy bien detrás de la barrera. Cómo tú te pasas todo el día fuera de casa no sabes lo que tengo yo aquí con los dos, estoy agotada y necesito ayuda.

—Ya, nena, pero solo trabajo yo, y hay muchas cosas que pagar. Me veo obligado a hacer jornadas maratonianas para poder mantener a esta familia.

—Lo que tú quieras, pero los sábados bien que te vas con tus amigos a almorzar mientras yo me quedo aquí sola como siempre, criando a nuestros hijos y sin tiempo para mí, ni siquiera puedo ir al retrete tranquila sin que tu hijo haga alguna de las suyas.

—No deja de ser un bebé, mujer, está intentando llamar la atención, es muy pequeño.

—Ese niño es un puñetero demonio, hay días que no lo aguanto.

—No digas eso, eres su madre, ¿cómo puedes hablar así de tu propio hijo?

—Tú no lo conoces, no sabes de lo que es capaz.

—Estás paranoica.

—Ese niño es malo...

» Me tapé los oídos y corrí a mi habitación, me metí en la cama y lloré en silencio, como los mayores. Fue entonces cuando entendí que mi madre no me quería, que me había reemplazado por Dara y no podía permitirlo.

Después del relato de Cabano, no pude evitar sentir compasión por aquel niño de dos años destronado por su hermana pequeña. Los celos en niños pequeños pueden llegar a ser muy complicados, no es fácil dosificar la atención cuando tienes un bebé recién nacido entre los brazos y empiezas a ver a tu hijo mayor como más grande de lo que en verdad es, yo no tenía hijos, pero muchas de mis conocidas sí y siempre me contaban historias muy parecidas a la de Cabano, eso sí, ninguno había tirado a su hermano a la basura como hizo él.

Cuando volví al pabellón A, me dirigí al despacho de Cuesta. Tenía una pregunta que hacerle, y

no era otra que el desconcierto que martilleaba en mi mente una y otra vez, ¿por qué me presentó a Cabano como un peligro hasta para sí mismo?, ¿por qué el primer día de terapia llevaba una camisa de fuerza, estaba atado con cadenas, y ahora estaba como Pedro por su casa fumando en la sala como si tal cosa?

Llamé a la puerta y un Cuesta que tosía sin tregua me hizo pasar.

Tras plantearle mis «dudas», recibí una respuesta de lo más desconcertante y poco alentadora.

—Valentina, Cabano tiene días más lúcidos que otros, verás que cuando lleves tiempo aquí no te asombra. Puede llegar a ser un ángel, engañarte y hacerte pensar que es un pobre hombre encerrado aquí injustamente por algo que no hizo, pero luego, sale el verdadero Adrián Cabano, un ser despiadado capaz de la más terrible de las acciones. No te dejes engañar por su aparente sinceridad, no es un hombre normal, a veces pienso que no es humano.

—Me gustaría ayudarlo, hoy ha hablado abiertamente conmigo.

—¿De verdad?, ¿y qué le ha dicho?

—Eso, señor Cuesta, preferiría que quedase entre mi paciente y yo, al menos por el momento, cuando llevemos más sesiones le haré un informe detallado de los aspectos más relevantes y los avances con él.

Salí del despacho de Cuesta con las cosas muy claras, Cabano se había abierto a mí y yo iba a ayudarlo.

CAPÍTULO 4

Mi madre me lo había advertido, pero como siempre, pensé que exageraba, «hay huelga general», me había dicho, quizá no debí ignorar sus advertencias.

Salí de casa a eso de las ocho y media, y me dispuse a pasar por correos para retirar un certificado que me había llegado días antes y todavía ni me había dignado a recoger.

El problema sobrevino cuando quise entrar en la ciudad; me la encontré cerrada a cal y canto. Unos chicos, aparentemente muy jóvenes, encapuchados y con la cara tapada quemaron neumáticos, utilizaron contenedores para cerrar el acceso a la ciudad y causaron un caos circulatorio importante.

Con apenas tiempo para pensarlo, algunos sindicatos y los gobernantes habían decretado un paro general en toda la comunidad autónoma en protesta a la actuación policial en un referéndum de secesión ilegal para unos y democrático para otros. Yo ni me había molestado en ver esos días la televisión, mucho menos entraba en las redes sociales, porque entre otras cosas, no conocía a mis amigos, parecía que todo el mundo se había vuelto loco. La población estaba dividida y amistades de toda la vida, se veían truncadas por la diferencia de pensamiento. Todos estaban tristes e indignados, todos menos yo, que parecía vivir ajena a todo aquello. La política me la traía al fresco, pero ese día no pude menos que llorar por lo que viví aquella mañana.

Como no pude entrar en la ciudad, decidí dar la vuelta y volver por donde había venido, pero la cosa se había complicado, estaba metida en un embudo sin posibilidad de moverme aun con mi pequeño y destartado coche. De pronto, un encapuchado se dirigió corriendo al vehículo que tenía justo delante. El coche era enorme y el chico intentaba decirle algo al conductor. Hice lo posible por colarme por un hueco, pero me quedé bloqueada por la retención que había en la glorieta. De pronto, oí llorar y gritar a la conductora del vehículo gigante. «¿Por qué no puedo pasar?, solo quiero irme a mi casa», decía aquella mujer. El encapuchado le señaló a una multitud que tiraba contenedores y prendía fuego a neumáticos dispersados por la carretera. De nuevo gritos y el gigantesco vehículo dio marcha atrás golpeando mi coche y destrozando el guardabarros. Nadie pitó, todos estábamos muy nerviosos. Intenté mantener la calma, me bajé del vehículo y me acerqué a hablar con la conductora histérica.

—¿Has visto como me has dejado el guardabarros? —dije enfadada, pero sin subir la voz, no quería que esa mujer se pusiera más nerviosa de lo que estaba.

Ella me miró con sus enormes ojos marrones, las lágrimas le caían en cascada.

—Lo siento, me he puesto nerviosa, me ha superado la situación.

Dirigí la mirada hacia el habitáculo de aquel gran monovolumen y vi a una niña muy pequeña, no debía tener ni tres años, me miraba curiosa desde el asiento trasero.

—Lo siento, es por la niña, me he puesto nerviosa porque llevo a mi hija en el coche. Esto me ha superado y no sé lo que he hecho, pero no se preocupe, vamos a esa zona de ahí —me dijo señalando un desvío que parecía despejado—, y hacemos un parte.

María, que así se llamaba la chica que se había cargado el guardabarros de mi coche, estaba demasiado nerviosa y yo cumplimenté el parte para el seguro. El coche era de su marido y respiró

tranquila cuando vio que solo le había hecho una rascada.

Ese día comprendí que había mucha gente que sufría por la situación de política y yo era una mera espectadora que no sentía ni padecía, tampoco me implicaba, pero el terror en los ojos de esa mujer, llegó hasta lo más hondo de mi ser, contagiándome su tristeza.

Maribel Caparrós Gómez – 3 de octubre de 2017 – un día triste

Cuando conseguí llegar a Las Golondrinas, eran cerca de las diez de la mañana y Cuesta no estaba de muy buen humor. Al parecer, gran parte de la plantilla no había venido a trabajar y los pocos que sí lo habían hecho estaban desbordados.

—Señorita Verdi, necesitamos que nos ayude, no hay suficientes manos para atender a los pacientes —ordenó Cuesta.

—De acuerdo, ¿qué tengo que hacer? —pregunté solícita.

Me pasé toda la mañana ayudando a las enfermeras, también a los celadores, en algún momento tuve que fregar algún que otro vómito y hacer mi trabajo, el día estaba siendo agotador.

En un intento de coger fuerzas, me dirigí al cuarto de baño para adecentarme un poco. Abrí el grifo y me eché agua en la cara. Luego me miré al espejo, mi cara era el cansancio personificado y mi pelo, que había recogido en un moño despeinado para poder trabajar con los enfermos sin que se me agarraran a mi larga melena y tiraran de ella, era una especie de masa peluda amorfa. Esa fue mi primera novatada nada más ponerme a ayudar al personal aquella mañana y por ello decidí curarme en salud y recogermelo.

Me senté en el váter y me relajé leyendo noticias en el móvil, de repente, alguien entró a los lavabos y dirigió sus pasos hacia donde yo estaba. Por un momento quise morir de la vergüenza, pues no olía muy bien que digamos, y aunque me apresuré a sacar una muestra de perfume en espray que tenía en el bolso y a pulverizar al aire varias veces, solo conseguí que el olor de las heces se mezclara con el del perfume, transformándose en algo si cabe más nauseabundo aún.

Los pasos se detuvieron justo detrás de la puerta, podía oír la respiración acelerada de la persona que me acechaba. Mi corazón comenzó a latir desbocadamente, sentí que me faltaba el aire y la adrenalina recorrió todo mi cuerpo provocando una sensación de dolor muy desagradable.

Mis sentidos se agudizaron, sobre todo el olfato, de esa manera pude percibir el olor a tabaco y menta que conocía muy bien, no podía ser de otro.

—¿Cabano?, ¿estás ahí?

Nadie contestó.

—No tiene gracia, este es el lavabo de chicas, es más, es el de personal.

Silencio.

—Cabano, sal de aquí o se lo diré a Cuesta, no puedes entrar aquí.

De pronto, Cabano dio tres golpes secos en la puerta y seguidamente se marchó.

Muy enfadada, me dirigí al despacho de Cuesta, me parecía una falta de respeto que Cabano hubiera entrado al lavabo de mujeres y tenía que ponerle remedio. Reflexioné varios segundos, sería una chivata, eso está claro, pero sentía vulnerada mi intimidad.

Entré en el despacho de Cuesta sin llamar, lo que hizo que este abriera los ojos de como platos, no lo dejé hablar y le solté lo que había pasado con Cabano en el servicio sin casi pararme a respirar.

—Señorita Verdi, primero de todo, no cuesta nada ser educada, segundo, controle sus impulsos, no puedo permitir que una profesional de la psicología se comporte como lo acaba de hacer usted.

Tercero, Cabano no está en Las Golondrinas. Está de permiso.

—¿De permiso?, no me diga que el hombre que me presentó como muy peligroso y del que me advirtió que no me dejara llevar por su aparente sinceridad. Está hoy en la calle.

—No exactamente, lo han llevado al hospital para realizarle unas pruebas médicas. Él siempre dice que se va de permiso como si estuviera en el servicio militar, y por costumbre, se lo he dicho sin pensar que usted todavía no lo sabía.

—¿Entonces?, ¿quién ha entrado en el servicio de mujeres?

—¿No ha pensado que podría ser cualquiera?, incluso una mujer, piense que sería lo más normal.

Le expliqué con pelos y señales lo que había pasado, «sería un interno» me dijo quitándole importancia y haciéndome sentir como una paranoica.

La cuestión es que los servicios de personal estaban en las instalaciones reservadas a los empleados y los internos no tenían acceso a las mismas.

—Puede que alguien quisiera gastarle una broma, aquí, aunque no me gusta, ya he visto como tratan a los nuevos sus propios compañeros, ha tenido suerte, hubo un chico que acabó encerrado en una habitación con una camisa de fuerza.

Cuesta me explicaba eso como si tuviera gracia, mi expresión seria hizo que borrara su sonrisa de cínico. Qué asco le estaba cogiendo a ese hombre, no sabía por qué, pero había algo en Cuesta que encendía un pilotito rojo en mi cerebro.

CAPÍTULO 5

—¿Qué hizo que cambiaras de opinión con respecto a Dara?

—No sé decírtelo con precisión, solo ocurrió.

» Dara creció y se convirtió en mi compañera de juegos. Yo dejé de sentirme desplazado y mi familia era feliz, claro, éramos felices yo, Dara y mi padre, pero mi madre, aunque intentaba disimularlo, parecía al acecho, vigilante, como si algo fuese a romper nuestra aparente armonía.

» Mi padre hacía lo posible porque estuviera bien, él la quería mucho, aun así solían discutir a menudo. Dara apenas era consciente, en cambio, yo lo comprendía todo desde que era muy pequeño. Los oía discutir y analizaba cada palabra que se lanzaba el uno contra el otro.

» Siempre estaba escondido, y ellos nunca supieron que tenían compañía oculta, sabía camuflarme muy bien.

—¿Qué haces aquí, hermanito? —dijo Dara que se había levantado de la cama, su revuelto pelo rubio y el osito que arrastraba por el suelo con una mano le daban un aspecto adorable.

—¡Psst! —dije llevándome el dedo a la boca para indicarle que guardara silencio—. Nada, pesada, vuelve a la cama.

—Tengo miedo, ven conmigo —sollozó.

—Vale, vamos.

» Era incapaz de negarle nada, era tan pequeña e indefensa que solo quería protegerla. Mis celos de rey destronado habían quedado en el olvido dando vida a un nuevo sentimiento, uno muy puro, el amor de hermano.

Cuando Cabano dejó de hablar con un aparente nudo en la garganta, no quise forzar más la situación. No podía creer que ese hombre melancólico y enigmático fuera el asesino sin alma que todos decían que era.

No quería engañarme a mí misma, no quería pensar que todo era una especie de conspiración para que Cabano estuviera encerrado, pero a la vez lo pensaba, una y otra vez esa idea martilleaba mi mente. ¿Por qué sentía tanta compasión y simpatía por Cabano y a la vez tanto miedo? Mis sentimientos encontrados me torturaban, muchas noches ni siquiera podía dormir.

Cabano no siempre me contaba su historia, había días en los que simplemente no tenía ganas de exteriorizar sus sentimientos y se limitaba a hablar de cosas superfluas, o intentaba saber algo más de mí. Siempre he sido hermética, no me gusta airear mis miserias, pero con él las cosas eran diferentes, me atraía, dios, cuánto me atraía. Esa mezcla de ángel caído y diablo pícaro me hacían pensar en él continuamente.

Todos decían que me cuidara de él, sabía que murmuraban a mi espalda pero me daba igual, solo esperaba el momento de ver a Adrián y dejarme envolver por su mirada.

Una tarde lluviosa en que hablábamos de nada en particular y de todo. Nuestras miradas se cruzaron, nuestras sonrisas se reflejaron la una en la otra y noté su cálida mano sobre la mía, no pude evitar estremecerme; Cabano causaba un efecto desconocido en mí, desconocido y desconcertante.

Retiré la mano de manera instintiva, entonces fue cuando vi por primera vez lo que todo el mundo me había advertido y yo me resistía a creer.

— ¿QUÉ PASA?, ¿ME TIENES MIEDO?, TIENES MIEDO AL ASESINO, AL MONSTRUO

QUE SOY, PENSABA QUE PODÍAS VER MÁS ALLÁ DE LO QUE DICEN ESTOS ENERGÚMENOS, PENSABA QUE ERA MUTUO, PERO TUS PREJUICIOS SOLO HACEN QUE PIENSE DE TI QUE ERES UNA MÁS DE ELLOS.

Cabano gritaba fuera de sí, clavaba sus penetrantes ojos llenos de rabia contra mí, tuve miedo, y ese día no había ningún celador, se habían cansado de vernos tontear en todas nuestras sesiones.

—¡Socorro! Grité, que alguien me ayude. —Corrí hacia la puerta y comencé a dar golpes; por alguna extraña razón estaba cerrada a cal y canto.

—¡Buuuhhh! Valentina, soy el asesino, y voy a matarte —susurró marcando cada una de las sílabas mientras se reía de mí.

—¡Que alguien me ayude!

—No va a venir nadie, y claro, yo voy a matarte, voy a destriparte y a comerte viva, ¿te gusta más oír eso? ¿Te gusta, Valentina?, ahora te he demostrado que no soy de fiar, piensa que estás a mi merced, puedo descuartizarte, no veo con qué, pero ya se me ocurrirá algo.

Cabano continuaba hablando como si tal cosa, yo estaba desesperada y no podía parar de llorar.

Por fin alguien abrió la puerta, eran dos enfermeros, me hicieron a un lado bruscamente y se abalanzaron encima de Cabano inyectándole con violencia en el hombro. Adrián cayó como un peso muerto en el suelo, y mi corazón herido aprendió la lección, ¿cómo podía haber sido tan tonta?

Volví a mi consulta, Cuesta me estaba esperando en su interior sentado en mi sillón giratorio y tenía en sus manos el historial de Cabano, estaba leyéndolo, se había atrevido a mirar en mis archivos, sin ni siquiera decírmelo.

—Te avisé, Valentina, te lo advertí, y no me hiciste caso, espero que ahora, comprendas que Cabano es un paciente peligroso, tendrás que ahorrarte las confianzas con él. En tus informes dices que no aprecias enfermedad alguna, solo una leve depresión causada por el encierro y la frustración. Hoy has podido comprobar que estás equivocada.

No pude decir nada, me quedé mirando a Cuesta y agaché la cabeza. Quería increparle, quería respuestas, quería saber ¿qué narices hacía invadiendo mi intimidad como profesional?, pero no intenté siquiera saciar mi curiosidad, solo le hice un gesto para que abandonara mi consulta y él lo pilló a la primera. Antes de salir por la puerta me lanzó un último dardo envenenado.

—Por desgracia, he tenido que decir estas mismas palabras a muchas otras mujeres, todas caéis en el encanto de un tío guapo, todas pensáis que un guapo nunca puede ser malo, os equivocáis...

Mi corazón palpitaba con fuerza, mi estómago estaba encogido de la rabia que me producían las palabras y los actos de Cuesta. Sabía que tenía algo contra mí, algo contra las mujeres. Sabía leer mis pensamientos, sin embargo, yo también era una profesional como él, y podía interpretar ciertas miradas y gestos que lo delataban, había algo que me chirriaba en Cuesta, algo que acabaría por averiguar. Algo...

CAPÍTULO 6

Después de atender a mis pacientes de una manera medianamente aceptable, recogí mis cosas y salí de Las Golondrinas pensando en no volver a casa en un buen rato, necesitaba pensar y los reproches y atenciones desmesuradas de mi madre eran lo que menos necesitaba. Claro que quería a mi madre, claro que me gustaba estar con ella, pero hay veces que tanta preocupación te acaba quemando, y eso es lo que me pasaba, cuando necesitaba pensar prefería permanecer lejos de mi progenitora.

Abrí mi coche y dejé el bolso, de pronto, un grito desgarrador hizo que se me helara la sangre, conocía esa voz, doy fe de que la conocía, no podía ser otro.

Dejé mi bolso y mi bata en el asiento del coche, y corrí en dirección al alarido, venía del pabellón Z.

A medida que me acercaba, podía oírlo más fuerte, tanto que mis oídos se inundaron de los gritos de Cabano.

—¡Dejadme en paz, cabrones de mierda!

—Sujetadlo, habrá que atarlo —vociferó Cuesta, estaba con una enfermera y dos celadores en una sala en la que nunca había entrado. Siempre estaba la puerta cerrada y no había ningún rótulo identificativo.

Esta vez, la puerta estaba abierta, y pude acercarme lo suficiente sin ser vista, camuflándome tras un biombo.

Tenían a Adrián agarrado y lo estaban atando, había una máquina y si era lo que me temía querían hacerle terapia con *electro shock*.

—¿Sabes lo que te pasa cuando te tomas demasiadas confianzas?, ¿verdad, Príncipe?

—Yo no he dicho nada, de verdad que no he dicho nada.

Adrián estaba aterrado.

—La chica sospecha algo, sabes lo que significa eso, ¿verdad?

—¡No he dicho nada, dejadme en paz, no me metáis esa mierda, yo no estoy loco, yo no estoy loco, yo no he hecho nada, dejadme en paz!

No lograba entender a qué se referían, «la chica», ¿se referían a mí?, ¿o a otra chica?, Adrián estaba muy asustado y contrariamente a lo que imaginaba, le inyectaron lo que parecía un tranquilizante, Cabano se quedó k. o. de inmediato.

Cuesta y su aquelarre seguían mirando el cuerpo inerte de Cabano, yo respiraba con dificultad, sin embargo, era incapaz de moverme, estando todo en silencio podrían descubrirme.

De repente, Cabano comenzó a agitarse como si estuviera convulsionando, ello unido a sus ojos en blanco y la espuma que salía por su boca, me hicieron pensar enseguida en una crisis epiléptica, pero no podía ser, lo que sea se lo habían inducido Cuesta y los suyos.

—¡Se nos va...! —gritó la enfermera cuando la máquina que monitorizaba a Cabano avisó de que este entraba en parada cardiorrespiratoria.

—No haga nada, tranquila.

—Pero señor Cuesta, se va a morir.

—No se morirá, confíe en mí.

—¿Qué le ha inyectado?

—Soy un profesional, ¿acaso duda de mí?

—Esta reacción es extraña y no voy a permitir que se nos muera. —dijo la enfermera y seguidamente cogió un desfibrilador y comenzó a reanimar a Cabano.

La sonrisa de Cuesta no dejaba lugar a dudas, era malo, él era el loco y no me equivocaba, algo olía a podrido en Las Golondrinas.

Al fin, Cabano reaccionó, pero despertó gritando e intentando romperlo todo, se arrancó los electrodos y agarró a Cuesta por el cuello. Adrián estaba fuera de sí.

Era el momento de salir de allí y lo aproveché; pero cuando me disponía a marcharme de puntillas me enganché la manga con la puerta y esta dio un golpe.

—¡Hay alguien ahí!, ve a mirar quién nos está espionando —ordenó Cuesta a uno de los celadores mientras conseguía parar la furia de Cabano inyectándole otro tranquilizante.

Corrí todo lo que pude, me habían descubierto y si no conseguía despistar pronto al celador, no tardaría en darme caza.

Me quité los tacones y corrí con ellos en la mano, por suerte pasé por delante de la habitación de Cabano y al estar abierta pude refugiarme allí, segundos después vi pasar al celador.

Antes de salir de la habitación de Adrián pensé en dejarle una nota, pero mi bolso estaba en el coche. Me palpé los bolsillos mas no tenía ningún bolígrafo. Miré en los cajones de un pequeño escritorio que había en todas las habitaciones; estaban vacíos, todos menos el último cajón. Allí había una fotografía de dos niños pequeños que no debían de llevarse entre ellos más de dos años. Debían ser ellos, Adrián y Dara.

CAPÍTULO 7

Áxel me abrió la puerta con el pelo revuelto y una expresión de sorpresa que no esperaba.

—Siento no haber llamado, Áxel, pero necesito hablar contigo, es urgente.

—Verás, Valen, es que no es el mejor momento —se excusó Áxel en un intento de disimular lo incómodo que se sentía.

—Áxel, cariño, vuelve a la cama y ciérrale la puerta en los morros a esa bruja. —Una voz totalmente repelente me hizo temerme lo peor.

—No jodas, Áxel, ¿has vuelto con ella? ¿Después de lo que te hizo? —le dije desconcertada, había vuelto con su ex, una arpía maltratadora.

—Por favor, Valen, mañana te llamo y te explico o tomamos un café si quieres, pero ahora es mejor que te marches.

Agaché la cabeza y no pude evitar sentirme impotente por mi amigo. Era mayorcito para saber lo que se hacía, pero quería ayudarle.

—Buenas noches, Áxel...

—Adiós, Valentina.

Miré a Áxel por última vez a los ojos, algo me decía que no lo vería en una buena temporada, y ese adiós era la confirmación de mis sospechas.

Anduve sin rumbo durante un tiempo indeterminado, tenía el coche aparcado delante del edificio donde vivía Áxel, pero no tenía ganas de conducir, solo quería llorar. El día había sido un verdadero desastre y lo que se cocía en Las Golondrinas, no era nada bueno. Tenía que descubrir qué estaba pasando, si mi mente no me traicionaba por malpensada, Cuesta quería silenciar a Cabano. ¿Por qué?, no tenía ni la menor idea, pensé que Cuesta quería tener encerrado a Cabano con algún tipo de interés oculto que desconocía, ¿quién era esa chica de la que hablaban?, ¿yo?, Cabano no me había contado nada raro de Cuesta ni de Las Golondrinas, solo me había hablado de su infancia y habíamos compartido confidencias personales, quizás demasiado, pero de ahí a que me hubiese confiado algo que no se pudiera contar, había un buen trecho. Tenía que ser otra persona, pero ¿quién?

De pronto, oí pasos detrás de mí, el corazón se me aceleró, no serían más de las ocho de la tarde, sin embargo, la avenida por la que caminaba estaba completamente desierta.

No quería mirar, mas no pude resistir la tentación. Esperaba encontrarme un chico con aspecto inocente, una mujer que volvía del trabajo, un hombre que paseaba, algo tranquilizador y no amenazante, pero en su lugar, vi a un individuo, con la cabeza completamente cubierta por un pañuelo palestino, solo se le veían los ojos y ello hizo que el corazón se me disparase. Sin pensármelo mucho comencé a correr y oí como mi perseguidor también apretaba el paso. Se regodeaba, podía alcanzarme en cualquier momento, en cambio, parecía que querer prolongar mi agonía, se alimentaba de mi miedo.

Cuando por fin distinguí mi coche corrí con todas mis fuerzas mientras buscaba las llaves en el bolso. No las encontraba, estaba tan nerviosa que no daba pie con bola. Al fin las palpé y pude accionar el cierre centralizado. Abrí la puerta, metí la llave en el contacto y cerré el coche

completamente para que el extraño no pudiera abrirlo. Ese era el típico momento de las películas, en el que el coche nunca arrancaba y menos uno como el mío, que acostumbraba a dejarme tirada cuando más falta me hacía. Pero ese día arrancó a la primera, se portó bien mi vieja «cafetera».

Metí la primera y salí apurando la marcha al máximo y chirriando ruedas, por el retrovisor pude ver al hombre del palestino en medio de la carretera sin moverse un milímetro y mirando hacia mi coche.

Cuando llegué a casa, mi madre no estaba, últimamente había algo diferente en ella. Días atrás, la había pillado in fraganti hablando con alguien con demasiadas confianzas y risitas tontas por teléfono. Agradecí que ella estuviera por ahí divirtiéndose, al menos podría entrar a casa sin dar explicaciones, darme un baño y meterme en la cama, mi día había sido agotador física y mentalmente.

El agua caliente en mi cuerpo me hizo sentir reconfortada y a salvo. No necesitaba mucho más, solo una bañera llena de agua calentita para volver a regenerarme. Recordé el adiós de Áxel, sabía que lo añoraría. Sí que era un amigo al que llamaba siempre que necesitaba sexo, pero él era mucho más que eso. Áxel me hacía sentir en casa, y me daba paz.

También pensé en lo que había presenciado esa misma tarde, tenía que hablar con Cabano, no sabía cómo lo iba a hacer, pero necesitaba saber, algo olía a chamusquina en mi lugar de trabajo y él tenía las claves, estaba segura.

Tenía que conseguir que me dejaran a solas con él otra vez, pero con lo que había pasado en nuestro último encuentro, Cuesta haría lo posible por vigilarnos.

Luego pensé en mí misma, mi vida era tan gris que no sabía por qué había aceptado el puesto de trabajo en Las Golondrinas. Ese lugar respiraba desgracia y hacía desgraciados a sus moradores. Segundos después desterré ese pensamiento negativo y paranoico, solo tenía que ser algo más positiva.

CAPÍTULO 8

Las dos rayitas rosas confirmaron mis sospechas, no podía ser, era demasiado joven. Quería comerme el mundo, terminar la carrera, conseguir un buen trabajo y casarme con Walter. Pero las dos finas líneas me indicaban que mi futuro iba a ir por otro lado, en unos meses sería madre; madre, no podía dejar de repetirme esa palabra en mi mente una y otra vez. Sabía que no estaba preparada, que mi inmadurez y mi ambición no eran lo mejor para una criatura, tenía miedo, demasiado miedo.

Dos días después, había asumido que en unos meses tendría a un pequeño ser entre mis brazos, por alguna razón, yo lo había aceptado, incluso llegué a desearlo. Cuando se lo dije a Walter se puso muy contento; le encantaban los niños y siempre decía que quería tener una familia numerosa. Yo siempre le replicaba, «con dos vamos sobrados». Pensaba que ese era el número ideal en cuanto a hijos se refería; un niño y una niña, la familia perfecta.

Walter y yo vivíamos juntos, por lo que ya nos habíamos hecho a la idea. Hablamos toda la noche de cómo iba a ser nuestra vida a partir de la fecha. La habitación para el bebé, tendríamos que cambiarnos de piso ya, que nuestro pequeño estudio no era lugar para una criatura. Walter hablaba de cambiar su coche deportivo por un monovolumen. Planes y más planes, todos en una noche en la que no podíamos dormir ninguno de los dos.

De mi primer momento de pánico ya no quedaba nada, pues se convirtió en felicidad, en idealizar una vida perfecta con mi pareja y mis hijos, pensé incluso en cómo serían las navidades ese año esperando a nuestro bebé.

En mi nube estaba cuando visité el cuarto de baño y descubrí que estaba sangrando. En un primer momento pensé que podría ser el sangrado de implantación, intenté tranquilizarme y volví a la cama.

Cinco minutos después volví al lavabo, sabía que no podría ser de otra forma, lo estaba perdiendo, estaba perdiendo a mi pequeño bichito cuando acababa de anidar dentro de mí.

Maribel Caparrós Gómez 18-10-2017 Adiós Bichito

CAPÍTULO 9

Amaneció nublado, era uno de esos días en los que no sabes qué ponerte ni si llevarte o no el paraguas, pues corres el riesgo de acabar rozando la asfixia y cargando con el dichoso objeto a todas partes. Yo lo podía dejar en el coche y ahí se acababa el problema, pero siempre que el día estaba colmado de incertidumbre esos pensamientos acudían a mi mente una y otra vez.

Cuando llegué a Las Golondrinas, la recepcionista me llamó por mi nombre mientras intentaba pasar desapercibida. Al parecer, Cuesta necesitaba hablar conmigo.

No tenía fuerzas para enfrentarme a él sin ni siquiera un café en el cuerpo. Por ello, antes de dirigirme al despacho de Cuesta hice una parada en la sala de descanso del personal.

Me senté sola mirando a la ventana, a esas horas estaba vacío, yo entraba después que la mayoría de empleados, y no solía coincidir con nadie, hecho que a veces agradecía, otras me hacía sentir totalmente sola. La lluvia comenzó a dar sus primeros golpecitos en los cristales, mientras que yo, sosteniendo mi cortado, daba pequeños sorbitos embelesada con el precioso paisaje. Los olivos y los avellanos se extendían delante de mí, el cielo cada vez más negro y esa neblina fría y espesa era el contra punto a los verdes, amarillos y tierra de la parte inferior del panorama.

—Está usted aquí, señorita Verdi, pensé que la habían avisado, necesito que nos reunamos en mi despacho, es urgente.

—Sí, me avisaron, pensaba tomarme el café e ir inmediatamente a su despacho, no me dijeron que era urgente.

—No pasa nada, pero en vista de que no hay nadie aquí, la acompañaré con un café y le informaré del asunto.

Asentí intentando que no se notara mi mala gana y Cuesta me devolvió una sonrisa que no supe cómo interpretar. Seguidamente, se dirigió a la máquina de café y un minuto después se sentó frente a mí.

—Verá, Valentina, he de comunicarle algo. Ayer por la noche Adrián Cabano entró en coma.

La noticia me pilló por sorpresa y comencé a toser como un aspersor; puse perdido a Cuesta. Me disculpé aún congestionada por mi ataque de tos.

—No pasa nada —dijo mientras se limpiaba.

—¿Qué ha pasado? —pregunté obviando lo que sabía.

—Tuvo una crisis muy fuerte, estuvo a punto de morir, pero pudo resistir una parada cardiorrespiratoria. Le hemos inducido un coma para que pueda pasar el menor trauma posible.

No podía ser, Cuesta había sedado a Cabano para que no hablara, su excusa no se aguantaba ni con palillos.

Apreté los puños y tuve que contenerme para no soltar por mi boca lo que sabía, pero tenía que ser inteligente, primero daría respuesta a todas mis preguntas.

—Me gustaría verlo, está demostrado que las personas en coma pueden percibir ciertos estímulos, puedo ayudarlo mientras está sedado.

—No creo que sea posible, además, hay muchos internos que necesitan ayuda, Cabano puede

pasar sin terapia ahora mismo, quizás podría alterarlo y hacer que su debilitado corazón vaya a peor.

Pretextos y más pretextos, pensé.

—Insisto, solo será un momento.

—Bueno, si insiste..., eso sí, sea breve, hoy tiene mucho trabajo.

Hoy y todos los días, ¿recuerda? Me tiene explotada. Pensé.

Cuesta abandonó la sala de descanso y dos minutos después yo hice lo mismo.

Cabano estaba conectado a todas aquellas máquinas. Su cabeza estaba vendada y eso me dio que pensar. Me acerqué sigilosamente a él y le cogí la mano. Nunca antes me había atrevido a hacerlo.

—Hola, Adrián.

De pronto su corazón comenzó a latir más rápido.

—Tranquilo, no te alteres, sé lo que te hicieron, voy a sacarte de aquí.

Noté un leve apretón en mis dedos, Cabano podía oírme e intentaba comunicarse conmigo. Tomé su pequeño gesto como una muestra de gratitud.

—Ahora tengo que irme, Cuesta me tiene vigilada y si paso más tiempo aquí podría acarrear más problemas.

Cabano apretó un poquito más mis dedos. Su corazón aceleró el ritmo y le apreté fuertemente la mano. Fue entonces cuando no pude evitar sentir mucha ternura por el hombre que tenía delante, sí, ese al que llamaban el Príncipe Descuartizador, me pareció tan vulnerable que solo tenía ganas de abrazarlo. Lo hice, sorteando los tubos abracé a Cabano y me acerqué a él. Olía tan bien, aproximé mis labios a su cuello, no sé qué me pasó, pero mi instinto pedía a gritos que lo besara, y lo hice, le di pequeños besos en el cuello hasta llegar a su oreja. Entonces le dije bajito, lo que hacía tiempo sabía.

«Te quiero, amor, no voy a abandonarte».

El corazón de Cabano comenzó a relajarse, y una lágrima se desprendió de sus ojos recorriendo su cara hasta perderse en su cuello, su irresistible cuello.

Abandoné la habitación casi llorando, Adrián debería estar en un hospital, pero lo mantenían allí, sin prácticamente cuidados, debía sacarlo de aquel lugar, tenía que localizar a su familia, de alguna manera tenía que salvarlo, Adrián corría peligro.

Pasé el día recordando a Adrián postrado en aquella cama. Atendí a mis pacientes todo lo bien que pude, aunque en algunas ocasiones me mostré dispersa y eso no pasó desapercibido para ella.

Débora, la chica que afirmaba que Cabano estaba enamorado de ella, la que montó en cólera porque decía que la había dejado, estaba delante de mí, con la actitud más cuerda que había visto en ese lugar en mucho tiempo. Me saludó amablemente y me preguntó por mi trabajo en Las Golondrinas.

Era la primera vez que la trataba a ella sola y no en una terapia grupal. Ni siquiera había podido mirar su historial. En ese momento lo tenía delante e intentaba leer un poco mientras ella y yo hablábamos de cosas triviales.

El corazón me dio un vuelco cuando leí algo que jamás hubiera imaginado.

CAPÍTULO 10

22 de agosto de 1993

Dara y los tres individuos habían desaparecido, creí que me volvía loco. Del sol castigador de aquella misma tarde ya no había ni rastro. Comencé a gritar llamando a mi hermana, corrí y corrí por el solar, me acerqué a la casa abandonada, al fin y al cabo, de ahí habían salido aquellos personajes; pero encontré lo de siempre, colchones destrozados, jeringuillas por el suelo, las paredes llenas de pintadas y manchas negras de las hogueras que habían hecho los indigentes y los yonquis. Quizás esos tres no eran más que unos drogadictos, pero no tenían pinta de serlo, pues su piel era tersa y lozana, sus cuerpos fuertes y vigorosos, por no hablar de sus dentaduras perfectas. No, esos tres no eran yonquis, eso estaba claro.

La casa abandonada me daba escalofríos, sobre todo a esas horas, sin nadie que me acompañara. Pensé en llamar a mis amigos, pero desterré la idea de inmediato, era demasiado tarde y tenía que volver a casa, pero, sin Dara, ¿qué le iba a decir a mi madre?, no pude evitar romper a llorar como si fuera un chiquillo aún más pequeño de lo que era, ese día comprendí que mi padre estaba equivocado, los niños sí lloraban.

—¿De dónde vienes, gamberro?, vaya horas, anda y vete a lavar las manos y siéntate a cenar.

—Mamá, es que...

—Ni mamá ni leches, haz lo que te digo.

—Pero mamá es que ha pasado una cosa —balbucí limpiándome las lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi madre poniendo los ojos en blanco.

—Dara... que Dara...

—¡Hola, hermanito!

No me lo podía creer, Dara estaba frente a mí, como si nada hubiera pasado.

—¿Dara qué, Adrián? —preguntó mi madre con los brazos en jarra.

—Nada mamá, nada.

Una vez hubieron cenado, me acerqué a Dara.

—Tienes que explicarme muchas cosas, mocosa.

—¿De qué, hermanito?

—La gente esa con la que te has ido esta tarde.

—¿Qué gente?

—No te hagas la tonta, esos tres que vestían raros y han salido de la casa abandonada.

—No sé qué dices.

—Sí, Dara, no disimules, en el solar esta tarde te has ido con tres chicos y has desaparecido con ellos.

—Adrián, si yo no he ido al solar hoy, te fuiste solo ¿no te acuerdas? Le dijiste a mamá que no

querías ir conmigo, que era muy pesada.

Mi mente estaba confusa, recordaba lo que me estaba diciendo Dara, pero también el hecho de que mi madre me había obligado a llevarme a mi hermana conmigo y así lo hice.

Intenté por activa y por pasiva que Dara confesara, que me contara la verdad, pero no conseguí nada, solo hacerla llorar y que mi madre me castigara.

Los siguientes días pude constatar que lo que había en la habitación contigua no era mi hermana. Ya nunca tenía miedo, siempre sonreía y se había transformado en la hija perfecta. Ni siquiera arrastraba su osito de peluche, se pasaba el día dibujando símbolos desconocidos, hasta mi padre se preocupó.

—Lucía, ¿has visto que cosas más raras dibuja la niña?

—Es pequeña, se habrá inventado un lenguaje nuevo, ¿tú nunca lo hiciste?

—Sí, puede, pero lleva ya muchos días dibujando lo mismo, mira, se ha pulido un paquete de quinientos folios.

Mi padre le mostró a mi madre el tocho de papeles llenos de símbolos y esta cambió su expresión de golpe.

Al día siguiente, mi madre habló por teléfono con una amiga, la cual le habló del psicólogo que había atendido a la hija de otra, y esta última le facilitó el número telefónico de «el Bigotes», así llamaban a Federico Cortés, un reputado psicólogo que trató a Dara durante varios meses.

—No deben preocuparse, la niña solo se está expresando, es muy pequeña, denle tiempo.

Pero las rarezas de Dara iban en aumento. De pronto, solo quería comer verdura, Dara era malísima para comer, como decía mi madre, y de la noche a la mañana solo comía brócoli, guisantes, judías verdes, hasta las legumbres le gustaban, algo estaba pasando y tenía que averiguarlo.

Una tarde, conseguí escaparme de Dara por primera vez desde el día en que me la cambiaron, porque sí, sabía que esos individuos me habían dado el cambio, Dara no era Dara.

Llamé a Fran y a Víctor al portero automático, ambos vivían en el mismo bloque. Fran bajó enseguida, en cambio, Víctor, tenía que zafarse de su hermana Melisa, que no era otra cosa que la mejor amiga de Dara.

Tras veinte minutos de impaciente espera, Víctor salió corriendo del portal.

—¡Corred tíos!, que viene Melisa.

Los tres corrimos tras de él como si nos fuera la vida en ello, pero yo sentí una punzada de remordimientos porque estaba perdidamente enamorado de Melisa, la mejor amiga de Dara y dos años mayor que ella, era la hermana melliza de mi amigo Víctor, la chica más guapa que había visto en mi vida. Sabía que ella no nos perdonaría nuestra traición, era la típica niña que no soportaba ser apartada por el solo hecho de ser una chica.

—Melisa puede venir, no pasa nada, Víctor.

—Sí que pasa, no quiero saber nada de esa chivata.

Dejé de correr y volví sobre mis pasos.

—Pero, ¿qué haces? —preguntó Víctor furioso.

—Lo que tengo que deciros os concierne a todos, es sobre mi hermana Dara y Melisa es la persona que más trata con ella.

—Calzonazos...

Me acerqué a Melisa que permanecía sentada en un banco de madera blanca que había cerca de su edificio.

—Hola, Meli.

—Sigue corriendo, no te cortes.

—Lo siento, pero he rectificado y eso es lo que cuenta, dicen que rectificar es de sabios.

Meli me dedicó una sonrisa y accedió a venirse con nosotros, eso sí, la tensión entre ella y su hermano podía cortarse con un cuchillo, y es que Víctor había encontrado un paquete de tabaco en el armario de sus padres y había estado fumando en casa. Su madre se percató del olor a tabaco de inmediato, pues era una exfumadora resentida y montó en cólera. La culpa se la echaron a Melisa, era la más rebelde de los dos hermanos a ojos de su madre y siempre cargaba con todas las trastadas de ambos. Ella no quería delatarlo, pero su madre olió una sudadera de Víctor y se dio cuenta de que había errado al acusar a su hija. Sin embargo, Víctor no se creyó esa versión por mucho que su hermana le dijera que ella no había dicho nada y la tachó de chivata.

Todo eso me lo fue contando Melisa mientras nos acercábamos al escondite secreto.

El escondite secreto era una especie de pasadizo que moría en el patio del antiguo convento de las Clarisas, lo descubrimos por casualidad y siempre que queríamos desaparecer, nos internábamos en él. No era una idea muy brillante; Dara conocía el escondite al igual que todos los demás, sin embargo, no se nos pasó por la cabeza que pudiera descubrirnos.

Puse en situación a mis amigos y me miraron extrañados. Pensaban que les estaba tomando el pelo.

—Os estoy diciendo la verdad, Dara no es Dara.

—¿No serán imaginaciones tuyas?, mira que ya nos has metido en unos cuantos follones con nuestros padres, ¿o es que no te acuerdas de la supuesta bruja que vivía en la casa abandonada?, sí, esa que según tú llevaba un plato con vísceras humanas en plan camarera —dijo Víctor incrédulo.

—No os engañé, yo la vi —espeté.

—Yo también la vi. —Me apoyó Meli.

—Y yo —dijo Fran tímidamente.

—Venga, va, ¿ahora todos la visteis? ¿Y cuándo vuestros padres os arrinconaron y dijisteis que se lo había inventado todo Adrián?

—¡Eso es mentira! —exclamaron Meli y Fran a la vez.

—¡Dejadlo ya! —espeté y luego añadí—, tenéis que ayudarme, algo ha poseído a mi hermana y no es la misma, por favor creedme —supliqué.

Al final, mis palabras ablandaron hasta al escéptico de Víctor, al fin y al cabo, eran mis amigos. Sabían de sobra que yo adoraba a mi hermana y que jamás me inventaría algo así.

Melisa prometió ir a mi casa a pasar un rato con Dara para ver que podía sonsacarle. Los demás nos quedamos en el solar, esperando que Melisa regresara.

Por aquel entonces no había móviles, por lo que Melisa no se pudo comunicar con nosotros hasta que no salió de mi casa.

Estuvo con Dara media hora aproximadamente y volvió junto a nosotros sola, cosa que ya era extraño conociendo a mi hermana y sus dotes de lapa.

—Chicos... Adrián tiene razón, esa niña repelente no es Dara.

CAPÍTULO 11

Débora sostenía un pañuelo de papel en una mano, de vez en cuando se limpiaba la nariz y volvía a arrugarlo y a arrojárselo con su, imagino, pegajosa mano.

Debi, como la llamaban, no era otra que mi predecesora, la antigua psicóloga de Las Golondrinas, y no; no era una adolescente como pensé la primera vez que la vi; tenía al menos dos años más que yo, pero algún pacto habría hecho con el diablo para conservarse tan joven.

Tenía que aprovechar la ocasión, la tenía delante y estábamos solas, era mi oportunidad.

—La primera vez que me viste, me agrediste, ¿por qué?

—No hace falta que te lo diga, ¿no crees?

—Me gustaría saberlo, si puede ser.

—Es lo de siempre, instinto, es como una fuerza que me domina y acabo haciendo daño a los demás, por eso me encerraron aquí.

—Pero ¿tú eras la psicóloga de Las Golondrinas?

—Sorprendida, ¿verdad?

—Un poco... —mentí, en realidad estaba alucinada.

—Yo trataba a todos tus pacientes a diario, al igual que tú, incluido a Adrián Cabano.

—¿Qué me puedes decir de él?

—Que folla bien.

Sentí una punzada de celos que me atravesó desde los pies hasta el cerebro pasando por el corazón.

—A parte de eso.

—Que está como un queso.

—Hablemos en serio, Debi.

—No estoy de broma, conocí a Cabano, lo traté durante un par de meses, me atraía, me lo follé y luego Cuesta me encerró aquí, fin de la historia.

—¿Por acostarte con Cabano?

—No, por agredirlo.

—¿Tú agrediste a Cabano?

—Jamás.

—¿Entonces?

Debi se encogió de hombros y me indicó que me acercara.

—Solo te diré una cosa, Valentina, así es como te llamas, ¿no?, ándate con ojo, aquí la gente entra cuerda y ya no sale, para tu información, Cabano trabajaba en mantenimiento cuando... ya sabes.

Mi cerebro comenzó a atar cabos, ¿qué era eso que le habían inyectado a Cabano?, cuando despertó estaba como loco, ¿Y si se estaba drogando a los empleados para hacerlos pasar por locos?

—Debi, en tu historial consta que agrediste a un interno, por lo que me has dicho era Cabano.

—Ya te he dicho que no lo hice.

—Debi, ¿te suministró algo Cuesta?, algún calmante, yo qué sé...

—No, nada, yo empecé a ver alucinaciones y a sentirme perseguida, un día perdí el control en una terapia grupal e intenté salir corriendo de Las Golondrinas, no recuerdo claramente qué paso, solo sé que corría campo a través y algo me perseguía. Cuando casi había alcanzado mi destino, la verja de salida, recibí una descarga eléctrica en mi espalda, y desde entonces estoy aquí.

—¿Y tu familia? ¿no hicieron nada para sacarte?

—No tengo familia, Valentina, soy huérfana y mis amigos no saben nada, hace cerca de medio año que me encerraron.

—¿Puedo hacer algo?

—Me han dejado sin teléfono móvil, no tengo posibilidad de acceder a la red, si pudieras avisar a Claudia... nos están mirando Valentina, disimula, luego pásate por el jardín, te daré los datos, pero si no nos vemos quédate con esto, Claudia Sanchez Cifuentes, es periodista; cuéntaselo todo. Ahora tengo que irme, una última cosa, ten cuidado, no comas ni bebas nada de aquí.

Tras la conversación con Débora el miedo se instaló en mi cuerpo y amenazaba con no irse ya jamás. Todo era una conspiración, una maldita conspiración, el centro de todo, Cabano, tenía que saber qué había pasado en realidad. A decir verdad, no tenía constancia de ningún Príncipe Descuartizador, pero yo no era de fiar, pues casi nunca veía la televisión. Decidí buscar en Google a ver qué encontraba, pero no podía hacerlo en el ordenador de mi consulta, quién sabe si podía estar vigilado.

Me encerré con llave en un paréntesis que tuve entre consultas y comencé la búsqueda con mi móvil.

«Príncipe Descuartizador», Adrián Cabano, nacido el 24 de marzo de 1985, fue juzgado por el asesinato de Dara Cabano, su hermana. Actualmente está internado en un centro psiquiátrico por su extraña enfermedad mental. «No era ella», repetía el joven Cabano mientras sostenía un cuchillo de grandes dimensiones, «Quería matarme» gritaba sin parar. El fiscal pidió para Cabano 25 años de prisión, pero su abogado defensor solicitó que se valorara a Cabano psiquiátricamente, ello fue lo que le libró de la cárcel. Se le apodó el «Príncipe Descuartizador» por su declaración. «Fue el príncipe, estaba aquí y la descuartizó».

Apenas encontré información en la red, un par de webs algo dudosas explicaban el caso de una forma desordenada. Me quedé mirando el paisaje embelesada mientras pensaba en lo que había leído sobre Adrián, entonces la vi, Debi corría entre los olivos, era como si alguien la persiguiera, pero no había nadie. Debi miraba hacia atrás y corría aterrada. Abrí la ventana y la llamé, pero no me escuchó.

Salí corriendo de mi consulta, debía alcanzarla, corrí todo lo que pude hasta llegar al huerto de olivos, el personal que me fui encontrando en mi escapada me miraba extrañado.

Debi ya no estaba, el huerto estaba desierto, miré al suelo para ver si había huellas, me agaché al ver un líquido rojizo impregnando la tierra, era sangre.

—No, Debi, ¿qué has hecho?

Corrí mientras la llamaba siguiendo las huellas a duras penas, estaba muy nerviosa, no sabía con lo que me iba a encontrar. De pronto, un grito desgarrador me heló el alma.

—Aguanta, voy para allí.

Los pies se me hundían por la tierra enfangada, pero tenía que encontrar a Débora, ella era testigo de que algo raro pasaba en aquel lugar.

Entonces la vi, un bulto blanco y ensangrentado. Me acerqué a ella con el fin de comprobar sus constantes vitales, pero al darle la vuelta el horror se apoderó de mí. Debi tenía un gran corte en la garganta y la sangre manaba de ella con una fuerza desmesurada.

—No puede ser, ¿quién te ha hecho esto?, ¿quién ha sido?, ¡Cuesta, mal nacido, sal de dónde estés! —grité.

La incorporé como pude, rompí a girones su camión e intenté taponarle la aparatosa herida, pero fue inútil, Debi perdía la vida por segundos y yo no hacía más que gritar, «ayuda, socorro, auxilio» y todo lo que se me ocurrió. De pronto, lo noté, la muerte hizo acto de presencia y Debi dejó de sufrir, su mano cayó al suelo lánguida, dejando a la vista un trozo de papel arrugado.

A lo lejos vi como venían dos celadores y no me lo pensé dos veces, sabía que esa nota era para mí. Cogí el trozo de papel y lo guardé en el bolsillo de mi pantalón.

Una hora después, me encontraba en mi casa, el miedo a perder los nervios y que Cuesta me internara para suplir el hueco que había dejado Debi me aterrorizó, nunca pude estar encerrada, hasta una avería en el ascensor me aterraba. Le dije a los celadores que me disculparan con Cuesta, que me encontraba mal y tenía que irme a casa. No se quedaron muy convencidos y me dijeron que debía esperar a que vinieran a levantar el cadáver, pues yo era la única testigo. Yo les dije que no vi quien lo hizo, que solo la socorrí.

Llamaron a la puerta de mi casa. Yo estaba en la bañera y mi madre atendió a la policía que me buscaba para «aclarar» lo ocurrido.

—Valentina, que está aquí la policía ¿qué has hecho?

—Yo no he hecho nada mamá, ahora salgo y lo aclaro todo.

Me temblaban las piernas, pero tenía que aparentar tranquilidad, mi madre no estaba para disgustos, llevaba mucho tiempo sin recaer en su enfermedad y no quería volverla a ver mal.

Cuando salí al salón a atender a mi visita me quedé de piedra.

—Áxel, ¿qué haces aquí?

Áxel me miró de soslayo, no tenía ni idea de que fuese policía, de hecho, jamás me dijo en qué trabajaba, yo tampoco se lo pregunté. Entonces caí en la cuenta que Áxel sabía mucho de mí, pero yo de él apenas conocía la historia que tenía con su exnovia maltratadora. Tiene delito, un policía maltratado por una arpía, un policía que no puede denunciar ante los demás compañeros, que podrían pensar de él que era un calzonazos, eso no debería ser así, pero Áxel así lo pensaba. Ahora lo entendía todo.

Mi madre tuvo el detalle de dejarnos solos. Áxel venía con otro chico que permanecía a su lado sin decir nada.

—Ángel, tranquilo, baja al coche y espérame ahí.

—Pero jefe, ¿está seguro?

—Sí Ángel, no hay problema.

Cuando el chico desapareció, Áxel comenzó su apedreo a preguntas.

Le expliqué lo ocurrido, que el día que fui a su casa, lo hice porque necesitaba contarle que algo raro pasaba en Las Golondrinas, le di detalle de todas mis conjeturas y de lo que me había dicho Débora. El detalle de la nota me lo guardé para mí, sabía que si se lo decía me la quitaría, de hecho, todavía no la había podido leer, estaba en estado de *shock*.

—Valen, estás en un buen lío, los celadores han declarado que vieron como la víctima corría y tú ibas detrás de ella gritando. Luego te encontraron al lado de ella y a unos metros estaba el arma homicida.

—¿Qué arma?

—Un abre cartas que, según el director del psiquiátrico, pertenece a tu consulta.

Recordé entonces que la mañana anterior me había encontrado ese objeto encima de la mesa y lo guardé en un cajón, me descolocó, pero no le di importancia, al fin y al cabo, soy bastante despistada.

—¿Es que no lo ves?, quieren incriminarme para internarme en ese lugar, quieren experimentar conmigo al igual que hicieron con Cabano —dije intentando no parecer una desquiciada, pero conseguí el efecto contrario a causa de mis nervios a flor de piel.

—Valentina, tengo órdenes de llevarte a comisaría para interrogarte.

—Por favor, no lo hagas, confía en mí, yo no he hecho nada, jamás te mentaría, te quiero mucho y lo sabes.

—Yo también te quiero, Valen, no sé por qué nunca iniciamos algo serio, pero me debo a mi trabajo.

—Te lo suplico, necesito tiempo y ayuda para destapar el tejemaneje que hay en ese lugar, si no estoy en lo cierto, te prometo que yo misma me presentaré en comisaría.

—Lo que me estás pidiendo es del todo irregular.

—Soy consciente, pero te estoy diciendo la verdad.

Áxel se quedó mirándome fijamente y luego negó con la cabeza, se acercó a mí y me dio un beso en la frente.

—No sé si estoy loco o qué, pero te creo.

—¿Me ayudarás?

Áxel respiró hondo y se encogió de hombros.

—Sí, Valentina, te ayudaré, pero no me falles, por favor.

—Nunca lo haría —le aseguré mientras me acercaba a él y le besaba en los labios, sin embargo, Áxel puso sus manos en mis hombros y me retiró suavemente.

—Valentina yo, estoy con ella, no quiero serle infiel.

—Lo siento, pero es lo que me apetecía en este momento, es un beso sincero —dije intentando que no se notara la punzada de celos que me había atravesado el pecho sin venir a cuento.

Por alguna razón que desconozco, soy capaz de querer a más de una persona, pero solo puedo estar enamorada de una. Tenía claro de quién lo estaba, Adrián Cabano, un supuesto asesino. No obstante, quería a Áxel, no sé si como amigo o como qué más, me atraía muchísimo, pero a la misma vez siempre hubo algo que me frenaba, y sabía de buena tinta que a él le pasaba lo mismo. Nos queríamos, sin embargo, no podíamos estar juntos más allá de dormir abrazados después de tener relaciones sexuales, al otro día la magia se esfumaba y cada uno vivía su vida.

CAPÍTULO 12

Mis amigos y yo pasamos días vigilando a Dara, pero más allá de su comportamiento anormal, no había nada más que reprocharle. Quizás estuviera cambiando por la edad, ¿pero tanto? y, ¿de la noche a la mañana?, no, había gato encerrado y nosotros nos habíamos propuesto descubrir qué se ocultaba tras la mirada de Dara.

Una tarde yo estaba medio adormilado en el sofá y escuché cerrarse la puerta de mi casa. Me levanté de un brinco, vi a mi madre durmiendo la siesta, mi padre no estaba. La que había salido era Dara, y tenía que seguirla. Lo hice, fui tras ella intentando que no me descubriera, por suerte, lo conseguí.

Dara se dirigió al solar, curiosamente, a la casa abandonada. La veía atravesar ese campo repleto de maleza que prácticamente era más alta que ella. Su cabecita rubia se confundía con los pajizos hierbajos.

Entró en la casa que estaba repleta de inmundicia y jeringuillas, mi madre hubiera puesto el grito en el cielo si se hubiera enterado de que su pequeña entraba sola en aquel lugar.

De pronto una luz cegadora iluminó toda la casa, corrí a socorrer a mi hermana, pero allí no había nadie. Llamé a Dara con todas mis fuerzas y no me respondió. Recorrí la casa de punta a punta sin suerte; no había rastro de Dara ni de la luz.

Me puse muy nervioso, tenía miedo de alejarme de allí y que mi hermana jamás regresara. Grité, «devolverme a mi hermana, llevadme a mí en su lugar» sin obtener respuesta.

Decidí ir a buscar a mis amigos y explicarles lo ocurrido; pero era domingo, y como siempre, los únicos pringados que se quedaban en el barrio éramos Dara y yo.

No podía contarle a nadie lo que había visto, entre otras cosas, porque nadie adulto me creería. Sin embargo, Dara había desaparecido en mis morros y no podía callarme.

Pensé que cuando llegara a casa la encontraría allí como la vez anterior, y todo quedaría en una ensoñación o a saber qué historia mía. Corrí a mi casa y llamé al timbre desesperadamente, lo único que me gané es una buena bronca por parte de mi madre por haberle fastidiado la siesta. Dara no estaba en casa.

—¿Dónde está tu hermana? —me increpó.

Tartamudeé, no supe qué decirle.

—Ya estás buscando a tu hermana y no aparezcas hasta que la encuentres.

—Pero mamá...

—Ni mamá ni leches, más te vale que a tu hermana no le haya pasado nada, ¿cómo se te ocurre dejarla sola?

—Yo no he hecho nada, mamá...

—Tú nunca haces nada, tira o te ganarás una buena —dijo dándome una colleja.

Volví al solar, entré de nuevo en la casa que seguía solitaria. De pronto, escuché la voz de mi hermana, me llamaba asustada.

—Adrián, hermanito, ayúdame...

—Voy, Dara, ¿dónde estás?

—Aquí, ven...

La oía por todas partes, no sabía exactamente de dónde venía su apagada voz.

—En el pozo, en el pozo, en el pozo...

Su voz se había vuelto un eco que retumbaba por todo el lugar. Era extraño, lo oídos me dolían al escuchar a mi hermana. Miré a todas partes, intenté localizar la procedencia del sonido, no sabía a qué pozo se refería Dara.

—¿No veo el pozo! ¿Dónde está?

—Debajo del árbol redondo, frente a la casa.

Mi vista veloz localizó el curioso árbol. Siempre me llamó la atención, pero jamás me acerqué más de lo necesario.

El árbol era como una bola perfecta de hojas verde oscuro. Nunca había visto un árbol como ese. Llamaba la atención que siempre estuviera perfectamente podado teniendo en cuenta el abandono del lugar.

Penetré en el árbol que solo era copa, allí dentro no había ningún pozo, solo una especie de lápida adornada con un mosaico en forma de flor de azulejos de colores. No tenía nombre, solo esa maldita flor que hizo que se erizaran todos los vellos de mi cuerpo.

—Dara, no hay ningún pozo.

—Estás justo encima, mírame.

—Aquí solo hay una lápida.

No recibí respuesta.

De pronto, un fuerte tirón en el hombro me sacó del árbol de golpe y porrazo, haciendo que sus ramas me arañaran el cuerpo sin compasión.

—¿Qué haces aquí, mocoso? —bramó un desconocido que me apuntaba con una escopeta.

—So... so... solo busco a mi hermana.

—Aquí no está, lárgate ahora mismo o lo lamentarás.

—Pero es que no puedo volver a casa sin ella.

—Te repito que aquí no hay nadie, lárgate.

Salí corriendo mientras los ojos de la escopeta me apuntaban a la espalda, tenía miedo, mucho miedo, no obstante, mi hermana no podía quedarse sola en ese lugar.

Llegué a casa, sucio, con el cuerpo magullado y sin poder parar de sollozar. Del miedo que sentí al ver a ese hombre apuntarme con su arma me hice pis en los pantalones.

Mi madre me echó una bronca monumental mientras intentaba explicarle que había perdido a Dara. Mi madre a veces me daba más miedo que cualquiera de los monstruos de las películas de terror que tanto me gustaban. Podía llegar a ser mezquina y ese día lo fue.

Me dio un pellizco en el brazo que me dejó un feo cardenal, y para variar, no me dejó explicarme. Derrotado, me dirigí al cuarto de baño, mi madre me obligó a darme una ducha. Sin embargo, me esperaba una sorpresa que me dejó boquiabierto, y es que Dara salía de su habitación, en camión y con el pelo recién lavado y peinado.

—¿Se puede saber de dónde sales?, me tenías muy preocupado.

—¿Por qué, Adrián?

Dara jamás me llamaba por mi nombre, otro dato más a añadir a las rarezas de la impostora que ocupaba el lugar de mi hermana.

—No tiene gracia la broma del pozo.

—No sé de qué me hablas, mamá tiene razón, necesitas un psicólogo.

Me dejó de piedra, me miró como si fuera una persona mayor, además, su lenguaje era perfecto, Dara necesitaba logopeda porque a sus seis años todavía hablaba bastante mal, pero desde el día

que se fue con aquella gente ella comenzó a hablar perfectamente, incluso demasiado bien para ser solo una niña de seis años.

—¿Quién eres?

—Dara.

—No eres ella, no sé qué eres, pero lo descubriré, eso lo tengo claro.

—Ay, Adrián, deberías pensar bien lo que estás diciendo, pareces un desquiciado.

—Yo no estoy loco, sé que me has arrebatado a mi hermana y ahora ocupas su lugar.

Dara siguió andando y de pronto se giró, me miró y dijo.

—Demuéstralo.

La rabia me consumía, sabía que no podía contárselo a mis padres, no me creerían, hasta que una tarde los oí discutir.

—La niña está muy rara, Lucía, lo que yo te diga.

—Solo está creciendo, no sé por qué le das tanta importancia.

—Me acaba de tocar el paquete, ¿no la has visto?, no ha sido sin querer, Lucía, es muy raro, es como si no fuera ella.

—Son cosas de críos, está explorando.

—¿Explorando?, ¿explorando, dices?, me ha mirado como solo una mujer miraría a un hombre, me ha mirado con deseo, Lucía.

—Andrés, me estás asustando, ¿cómo puedes decir eso de una niña de seis años?

—Es la verdad, ¿pero es que no te has dado cuenta de que no es la misma?, tiene algo en la mirada que me intimida, no es una niña de seis años.

Tenía que hablar con mi padre, él había notado lo mismo que yo, mi madre estaba ciega, de hecho, Dara siempre fue su ojo derecho, su preferida, mientras yo fui su error, el niño no deseado que le cortó la juventud de golpe y porrazo. Dara fue una niña deseada, yo no.

Dos días después encontré el momento para tener una conversación con mi padre a solas, sin embargo, en cuanto empecé a hablar, Dara apareció llorando y diciendo que le dolía la tripa.

Mi padre intentó calmarla y esta se comportó como siempre lo había hecho, mi padre la miraba con ternura, pensando que volvía a tener entre sus brazos a su pequeña Dara y no a una impostora que solo quería engañarlo para que no descubriera su verdadero plan, destruir a mi familia.

CAPÍTULO 13

Tras la visita de Áxel, me fui a la cama, era muy pronto, pero necesitaba desconectar de todo lo que había presenciado en los últimos días. Pensé que lo mejor sería renunciar a mi puesto de trabajo, pero, por otra parte, necesitaba el dinero más que nunca. Mi madre cobraba una irrisoria pensión que a duras penas le servía para poder sobrevivir, no podía vivir a costillas de ella, bastante tiempo lo estuve haciendo, cosa que siempre me pareció mal.

El estridente tono de mi móvil me despertó de un salto. Eran las nueve de la mañana, ya debería estar en el trabajo. En pantalla se mostraba un número muy largo, por un momento dudé en contestar, pero al final lo hice, era Áxel.

Al parecer, habían encontrado huellas donde Débora fue asesinada, huellas que no pertenecían al personal del psiquiátrico y obviamente tampoco a mí, a no ser que calzara un cuarenta y cuatro.

—Las huellas son de unas Caterpillar —dijo Áxel.

—¿Y cómo sabes la marca? —pregunté sintiéndome estúpida al micro segundo.

—Esas botas tienen las letras CAT en la suela, más claro, agua.

Áxel me dijo que por el momento me mantuviera localizable, por si acaso.

Me dirigía a la ducha cuando vi los pantalones que me había puesto el día anterior colocados en una silla, «la nota», pensé, y me apresuré a cogerla para saber qué quería decirme Débora.

En ella pude leer doce nombres con sus apellidos, entre ellos figuraba el de Cabano. Abajo, entre comillas, Debi había escrito «Experimento Rosenhan».

Había oído hablar de dicho experimento, en 1968 David Rosenhan, para poner en tela de juicio la validez del diagnóstico psiquiátrico, reclutó a varios colaboradores que se hicieron pasar por enfermos mentales, alegando oír alucinaciones acústicas, todos ellos fueron ingresados en diferentes instituciones mentales de Estados Unidos, pasaron por enfermos mentales y fueron diagnosticados de bipolaridad y esquizofrenia estando sanos mentalmente. Una vez internados, comenzaron a comportarse con normalidad e hicieron saber a su médico que se sentían mejor y ya no tenían las alucinaciones que los habían llevado al psiquiátrico. Pero fueron tomados por enfermos y algunos permanecieron encerrados durante meses, la única manera de salir de allí fue aceptar que estaban enfermos y se habían recuperado.

Cuando Rosenhan destapó que todo había sido fruto de un experimento fue retado a realizarlo de nuevo, nadie del personal de las instituciones, repito, nadie se dio cuenta de que los supuestos enfermos eran impostores, por lo que esta vez, si Rosenhan les enviaba a personas cuerdas ellos estaban seguros de que descubrirían el engaño. David Rosenhan aceptó el reto. Al poco tiempo los diferentes psiquiatras y el personal de las instituciones habían detectado a varios impostores y eso hubiera sido muy profesional por su parte, claro, si Rosenhan hubiera enviado a más infiltrados, pero, ese no fue el caso. Rosenhan no envió a ningún impostor a los diferentes centros psiquiátricos que lo habían retado. Sin embargo, ellos habían encontrado falsos pacientes, ¿autosugestión?, quién sabe.

Todo ello se saldó con un estudio que se publicó en 1973 en la revista *Science*. David Rosenhan y su estudio causaron una grieta en la credibilidad del diagnóstico psiquiátrico. Lo más

irónico, es que hubo pacientes que sí observaron que había algo raro en los impostores y así lo hicieron saber, nadie les hizo caso.

Apreté la nota contra mi pecho, mis sospechas se confirmaban, Cabano estaba sano y lo habían internado de manera irregular, me preguntaba si había sido víctima de una especie de réplica del experimento Rosenhan y por eso Débora lo había referido en su nota, al fin y al cabo, era psicóloga como yo. Tuve claro que Cuesta se había enterado de que ella lo sabía todo y la había quitado de en medio, pero ¿cómo lo demostraba?, necesitaba pruebas, y ello pasaba porque Cabano saliera de su estado comatoso.

Era muy tarde cuando me dispuse a entrar en mi consulta, pero no pude hacerlo, pues se hallaba cerrada con llave. Me dirigí a recepción y le expliqué a la administrativa mi problema. Ella se encogió de hombros y me dijo que no la tenía, que en su lugar había una nota para mí.

«Venga a mi despacho de inmediato»

Si no sospechara de Cuesta, estaría simplemente pensando en la bronca que me iba a caer, sin embargo, al leer la nota, la adrenalina se adueñó de mi cuerpo causándome esa sensación dolorosa que tanto odiaba. No quería verle la cara a ese energúmeno, o sí, quería vérsela y decirle que estaba al corriente de todos sus asuntos, pero si lo hacía acabaría encerrada y posiblemente muerta. No, no podía decirle nada, tenía que actuar con normalidad.

Llamé a la puerta y como siempre, encontré a Cuesta fumando en su despacho, qué gana tenía de estamparle el cigarro en la cara, y así me imaginé durante unos segundos hasta que Cuesta me sacó de mi malévolas fantasías.

—Señorita Verdi, ¿qué le hace tanta gracia?

—Na... na, nada... solo...

—Solo ha llegado más de una hora tarde, ¿qué tiene que decir en su defensa?

Por un momento me sentí en un juicio, no sé a qué venía esa última pregunta, pero le respondí.

—Señor Cuesta, lo que pasó ayer con Débora, me impactó demasiado, no volverá a pasar.

—Comprendo que el incidente de ayer la trastocara, pero abandonó su puesto de trabajo, es usted la psicóloga, se supone que es la persona que ha de dar apoyo a los demás.

—Soy consciente de ello, pero el incidente, como usted le llama, fue un asesinato, esa chica murió en mis brazos, alguien cortó su garganta y usted pretende que todo siga igual, soy psicóloga sí, pero también soy persona, debería ser más comprensivo, señor.

No pude aguantarme, me pareció tan ruin por su parte que no llamara las cosas por su nombre, «incidente», como si hubiera sido una pelea entre internos o una cañería reventada. Sabía que mis palabras podían traerme problemas y no pasaron ni tres segundos hasta que los tuve.

—Señorita Verdi, nadie vio a ese supuesto perseguidor, a la única persona que advirtieron corriendo detrás de Débora fue a usted, después la encontraron junto a la víctima, ¿no le parece muy extraño? Posteriormente salió huyendo, eso es algo que me choca, no sabe cuánto, Valentina —dijo utilizando un tono acusador que hizo que me temblaran las piernas.

Cuesta quería encerrarme, sabía que me estaba acercando peligrosamente a él, y eso le molestaba, decidí hacerme la tonta y salir airosa de la situación de la mejor manera posible, y esa era, haciéndome la víctima.

—Yo, yo no hice nada, vi correr a Débora, lloraba y la seguí. Cuando llegué donde ella estaba vi a un hombre que corría, llevaba unas botas robustas. Tuve mucho miedo, y al ver a la pobre Débora desangrándose me bloqueé, pero no se volverá a repetir, de verdad, señor Cuesta, confíe en mí, yo solo quiero hacer bien mi trabajo, solo eso. —Regué mi interpretación con un buen número de lagrimitas de cocodrilo, lo mejor fue ver la cara que puso Cuesta cuando dije lo del hombre que abandonaba la escena del crimen. Me lo había inventado sí, pero quería ver su

reacción y vaya si la vi.

Cuesta sacó las llaves de mi consulta del cajón de su mesa y me las dio, luego me instó a que volviera a mi puesto de trabajo. Noté como se ponía nervioso y era incapaz de sostenerme la mirada. Quizás lo había alterado y estaba cavando mi propia tumba, quería ser la víctima desvalida y había destilado mi veneno contra él, crucé los dedos para que ello no me condujera a la camisa de fuerza y las cadenas.

CAPÍTULO 14

Mientras caminaba hacia mi consulta decidí alterar mi trayectoria y me dirigí a la habitación donde tenían a Cabano, allí estaba, tendido en la cama, sin respirador y con un perfecto color en su cara.

Le hablé, le supliqué que volviera del lugar en que se encontraba, pero no recibí respuesta, ni siquiera movió los dedos.

No pude evitar salir de allí más triste de lo que había entrado, mi vida era una absoluta basura. Estaba en casa de mi madre, mi pareja me la había pegado y me había dejado sin nada, había perdido a mi pequeño bichito y cuando todo parecía totalmente perdido encontré este trabajo y conocí a Cabano, en principio, alguien a quien debía temer, después, alguien que había despertado en mí algo que pensaba que estaba herido de muerte.

De pronto, me agarraron por el brazo y me hicieron entrar bruscamente en el cuarto de la limpieza. Intenté gritar, pero me taparon la boca, no podía zafarme del abrazo de mi captor. Luché y luché hasta que una voz conocida hizo que se me acelerara el corazón de otra manera.

—Valentina, no temas, soy yo.

No podía creer lo que estaba viendo, Adrián estaba despierto y parecía totalmente recuperado.

—¿Cómo puede ser?, acabo de verte y...

—No tengo tiempo, tengo que volver allí, estoy fingiendo, Valentina, tienes que salir de aquí, tienes que irte de Las Golondrinas, si no lo haces ahora no saldrás jamás, no te dejarán salir.

—No puedo dejarte aquí, vente conmigo.

—Imposible, a ojos de todo el mundo soy un asesino, me detendrían y acabaría en la cárcel.

—Pero, tú no lo hiciste, ¿verdad?

—Valentina, es complicado, no tengo tiempo de explicártelo ahora, pero necesito que me hagas un favor, he de salir de aquí, nadie puede enterarse, hay cámaras y micrófonos por todas partes, menos aquí.

—¿Hasta en las consultas?

Adrián asintió.

—A Cuesta le gusta enterarse de todo y le importa una mierda la privacidad de sus empleados, hay una sala de control con muchas pantallas, Débora la vio y...

—Qué hijo de perra.

—Tienes que salir de aquí, es mejor que no me ayudes, si sale mal te verás salpicada. Busca a mi padre, él me ayudará.

—Pero, Adrián...

—Tienes que hacerlo, Valentina, si sigues aquí acabarás mal, como yo, como Débora, como tantos otros.

—¿Pero, por qué Cuesta está haciendo esto?

—No lo entiendes, Valentina, Cuesta es solo un simple peón, esto es algo grande, y no solo ocurre en este lugar.

—¿A qué te refieres?

—Busca a mi padre, Andrés Cabano, ahora tengo que irme.

Adrián salió del cuartito como una exhalación dejándome con mil preguntas por hacer. Pero no podía dejar mi trabajo, no era persona que abandonaba tan fácilmente, Cuesta no podría conmigo, tenía claro que hablaría con Áxel, él me ayudaría.

Esa misma noche en cuanto llegué a mi casa me dispuse a buscar a Claudia Sánchez Cifuentes y a Andrés Cabano. De la primera encontré su Facebook y la añadí como amiga junto a un mensaje.

«Soy amiga de Débora, agrégame y te informo, es importante».

Estaba nerviosa, muy nerviosa, entonces busqué a Andrés Cabano, pero no encontré nada, en la red no había ningún dato sobre él, pero hay muchas personas que son desconocidos en internet, sobre todo si tienen la edad que debía tener entonces el padre de Cabano, que imaginaba rondaba los cincuenta y largos.

Entonces acudí al gran olvidado, el listín telefónico y sus páginas grisáceas y repletas de números. Sin embargo, tampoco hallé ningún Andrés Cabano, parecía que se lo había tragado la tierra.

Recurrí a Áxel, llegué a su casa pasadas las diez de la noche, estaba solo. La arpa no tardaría en llegar y tenía mucha prisa, no podía encontrarme allí, o montaría en cólera. Salí de su casa a marchas forzadas, él me prometió que buscaría al padre de Adrián y me diría algo al otro día lo más pronto posible.

No pude dormir esperando una buena noticia, pero lo que no imaginaba era lo que iba a descubrir en tan solo unas horas.

El teléfono me sacó de mi tardío sueño, me costó tanto dormirme que cuando por las ventanas ya se filtraba la luz disfruté de unos plácidos cincuenta minutos que me parecieron dos.

—Valentina, Andrés Cabano, está muerto.

—No puede ser, no puedo creer que no hayan avisado a su hijo.

—Valen, no sé si ese tío te está tomando el pelo o qué, pero Andrés Cabano está muerto hace mucho tiempo, tanto como su hijo lleva ingresado en el psiquiátrico, le dio un infarto al enterarse de la sentencia, padecía del corazón.

El teléfono se me cayó en la mesa y oí a Áxel llamarme preocupado. No me lo podía creer, ¿a qué jugaba Adrián?, a volverme loca, pensé entonces que estaba cayendo como una tonta en los desvaríos de un loco. Me sentí un simple peón en un tablero de ajedrez, un peón olvidado y mugriento, esperando a ser movido a sus anchas por unos y por otros. ¿Desde cuándo me había vuelto yo tan crédula?

Apreté los puños y golpeé la mesa con furia.

—Maldito Cabano...

De pronto el inconfundible sonido de un mensaje de Facebook me hizo estremecer, era la amiga de Débora.

Claudia: ¿Qué sabes de Débora?

Me pensé muy mucho el modo de contestarle, ¿cómo le decía que su amiga había muerto? Y que había dejado una nota con nombres y la sospecha de un experimento como el de Rosenhan.

Valen: ¿Podemos vernos?, esto no es algo que se pueda tratar por aquí.

Claudia: A las 10 de la noche en el bar que hay delante de Correos, el Arrecife.

Valen: Ahí estaré.

Pasé el resto del día nerviosa y dormitando en el sofá. Mi madre no estaba, otra vez había quedado con ese misterioso enamorado que desde hacía algunas semanas la sacaba de su monótona vida sedentaria.

Llegué a la cafetería empapada, llovía a mares, decidí acercarme caminando, pues el Bar

Arrecife estaba muy cerca de mi domicilio. Preferí no coger el coche, a esas horas la gente estaba de lo más animada, un sábado por la noche era muy difícil encontrar aparcamiento en la ciudad.

Me senté en la mesa del fondo, y pedí un café con leche. El camarero se me quedó mirando estupefacto, a esas horas la gente solía pedir cervezas y los más avispados cubatas. Yo era uno de esos bichos raros que destacaba en el bar por diferente, por solitaria y tímida. Estaba deseando que llegara Claudia, al menos no me sentiría tan incómoda.

Pasaban de las diez y cuarto cuando alguien me llamó por mi nombre. Claudia no era como la imaginaba. Me extrañó mucho que en su Facebook no hubiera ninguna fotografía de ella, incluso su foto de perfil era la de unos labios muy artificiales y no tenían nada que ver con los labios finos de la mujer que tenía delante.

Claudia era una chica menuda, de unos treinta y pocos, pelo lacio y rubio y mirada penetrante.

Se sentó frente a mí después de las pertinentes presentaciones y le pidió una cerveza al camarero. Se quedó mirando la taza ya vacía de mi café con leche y puso una mueca burlona; o al menos eso es lo que me pareció a mí.

—Estoy muy preocupada por mi amiga, hace meses que no sé nada de ella y su móvil ya no existe. Sus perfiles públicos fueron abandonados a su suerte y nadie que la conoce parece saber de ella.

—¿Cómo es que nadie ha denunciado?

—Lo pensé, no te creas, pero Débora hacía tiempo que amenazaba con cambiar de vida, irse de mochilera a donde sea y no avisar a nadie, decía que necesitaba desconectar y por esa razón nadie llegó a poner al tanto a las autoridades.

—Débora estaba en un psiquiátrico, en Las Golondrinas, trabajaba allí.

—Eso lo sé, yo misma fui a buscarla allí un día, pero el director me dijo que se había despedido de la noche a la mañana y que se había ido de viaje.

—Pues te engañaron, ese mal nacido de Cuesta te tomó el pelo.

—¿Cuesta?, ¿quién es ese?

—Pues el director, Cuesta, un hombre mayor y con cara de estreñido.

—Creo que no estamos hablando del mismo director, a mí me atendió el hombre más guapo que he visto en mi vida, no me dijo su nombre, tan solo que era el director y que mi amiga ya no trabajaba allí. Incluso le pedí el teléfono, pero me dio uno falso, él se lo perdió.

—Cabano...

—¿Cómo dices?

—Nada, cosas mías. —Quise quitarle hierro al asunto y con la rabia que había atesorado en los últimos minutos solté la bomba—. Débora está muerta, le rajaron la garganta, me dejó esto y dijo que me pusiera en contacto contigo, que tú sabrías que hacer para sacarla de ahí, la habían ingresado como paciente.

Puse la nota de Debi en la mesa ante la atónita mirada de Claudia que, soltó la cerveza de golpe y se echó a llorar.

—Lo siento, siento haber sido tan brusca —dije sintiéndome la peor persona del mundo.

Claudia tomó la nota entre sus manos y con la cara empañada por las lágrimas se la guardó en el bolsillo. Por suerte yo había hecho fotos con el móvil esa misma mañana, sabía que ella no me devolvería el trocito de papel. Por seguridad lo guardé en la nube, si me robaban el móvil perdería la foto y a prevenida no había quien me ganara cuando me lo proponía.

—Tengo que irme —anunció sin mirarme a la cara.

—Espera, solo una cosa más ¿qué te dicen los nombres de esa nota?

—Valentina, es así cómo te llamas, ¿no? —Asentí esperando una respuesta que aclarara mis

dudas, si Débora quería que esa información la tuviera ella sería por algo —. Mejor no quieras saber demasiado, no te conviene.

—¿Por qué?, ¿qué está pasando? —pregunté desesperada intentando retenerla mientras intentaba marcharse apresurada.

—Solo te diré una cosa, mantente lejos de ese lugar.

—Pero...

—Adiós. —Y salió como alma que lleva el diablo dejándome con la palabra en la boca.

CAPÍTULO 15

Melisa estaba en el salón con Dara, esta le sirvió un zumo de naranja que Meli no pudo rechazar, ese fue el día más horrible de mi corta vida.

Una semana antes, los cinco habíamos construido una nueva cabaña, Dara estaba insoportable, no hacía más que meterse con todos nosotros y no quería irse a casa. Melisa se encaró con ella, y le dijo lo que todos sabíamos, que era una impostora, un ente desconocido y maligno metido en el cuerpo de nuestra pequeña Dara.

Todos nos posicionamos del lado de Melisa y Dara se quedó sola, eso no le gustó y miró a Meli con odio, con todo el odio del mundo.

Días después la llamó por teléfono para invitarla a nuestra casa, quería hacer las paces y se comportaba como la antigua Dara. Melisa, que quería arreglar las cosas con mi hermana, aceptó encantada la invitación a merendar junto a su casa de muñecas, esa casa rosa no falta de todo detalle y tétrica hasta límites insospechados. Era de mi madre, a mí jamás me dejó jugar con ella, tampoco me interesaba demasiado, pero cuando era muy pequeño me llamaba la atención con tantos detalles y muñecos pequeñitos que permanecían sentados a la mesa, durmiendo en sus pequeñas camitas y cuidando el jardín. Mi madre se la regaló a Dara cuando vio su cambio, a ella le encantaba la nueva Dara tan responsable y «mayor», como ella decía.

De pronto, oí gritar a Dara, Melisa se ahogaba y estaba roja como un tomate. Acudí junto a ella y la intenté socorrer, pero no sabía qué hacer. A mis ocho años me enfrentaba a algo desconocido para mí, y no era otra cosa que la muerte que rondaba alrededor de Melisa, incluso podía verla. Grité y grité hasta que un bofetón me devolvió a la realidad, Dara me pegó, según ella, para que reaccionara.

Mi madre llamó a una ambulancia, estaba desquiciada, no sabía qué estaba pasando, Melisa no respiraba y mi padre intentó reanimarla con el boca a boca. Nada pudo hacer.

Cuando llegó la ambulancia todo me pareció como una escena de una película, esos hombres vestidos con ropa reflectante se apoderaron del cuerpo de Meli y me echaron de la habitación, no quisieron que estuviera a su lado.

Minutos después llegaron los padres de Melisa, pero la ambulancia ya se había ido.

—¿Qué ha pasado?, ¿dónde está mi hija? —repetía la madre de Melisa sin cesar.

—Las niñas estaban merendando en la habitación de Dara y de repente Melisa se sintió mal y no podía respirar. Luego se quedó inconsciente, no sabíamos qué hacer.

— ¿Qué ha comido?, ¿qué le habéis dado?

—Dara había hecho zumo de naranja para las dos.

—Déjame verlo... —dijo la madre de Melisa visiblemente enfadada.

Mi madre la acompañó a la habitación de Dara. Mi hermana impostora permanecía delante de la casa de muñecas, bebiendo zumo y cantando como si nada hubiera pasado.

—Déjame ese vaso, niña —ordenó la madre de Melisa.

Dara se lo acercó dando saltitos, y con una risa que daba pavor se lo entregó para luego salir corriendo de la habitación.

Antonia, la madre de Melisa; se llevó el vaso a la nariz y no tuvo que olisquear más de medio segundo para estallar en cólera.

—Melocotón, le habéis dado a mi hija melocotón, sabes de sobra, Lucía, que Melisa es alérgica y que puede morir si lo prueba, ¿cómo has podido?

—Yo no he hecho nada, ha sido la niña, es muy pequeña, no lo sabía.

—Sí lo sabía, esa niña es un pequeño diablo, ¿estás ciega? ¿No has visto cómo me ha entregado el vaso?, se reía que daba miedo, esa niña está loca y si tú no haces nada seré yo la que ponga sus actos en conocimiento de la asistenta social.

—No te atreverás... —dijo mi madre que empezó a cabrearse y ahí se podía armar la de Dios.

—No lo dudes y ahora, déjame pasar, voy junto a mi hija, más os vale que sobreviva, de lo contrario desearéis no haber traído al mundo a ese engendro del mal.

Antonia salió de mi casa como una exhalación, yo no podía parar de llorar. Por un momento, la mujer y yo cruzamos las miradas, sentí en ella un gesto de complicidad, Melisa y Víctor seguro que la habían puesto al corriente del extraño cambio de mi hermana y de la ceguera de mi madre con respecto a ella.

Mi madre no riñó a Dara, dijo que la reacción de Antonia no estaba justificada. Mi padre no estuvo de acuerdo y esa noche salió de casa dando un portazo, para volver tres horas después borracho como una cuba.

—¿Quién eres tú? Niña del demonio, ¿dónde estás? —vociferó arrastrando las palabras mientras caminaba en zigzag por el pasillo.

—Papá, ¿qué pasa?

Mi padre se agachó y llorando me abrazó.

—Nos han quitado a Dara hijo, eso que hay ahí durmiendo no es tu hermana y tenemos que hacer algo.

—¿Qué diablos pasa aquí? —preguntó mi madre que se levantó de la cama al oír el escándalo que estaba montando mi padre.

—¿Que qué pasa?, ¿en serio me preguntas eso?, ese engendro ha matado a una chiquilla, sabía lo de la alergia de Melisa, lo sabía porque el otro día lo dijiste en la mesa y te preguntó «¿Mami, y qué le pasaría a Meli si prueba el melocotón?» —dijo mi padre imitando a la impostora y su voz repelente—, tú le contestaste que se podría morir y mira lo que ha pasado, le ha metido melocotón rallado al zumo de naranja, mira si es puta que sabía que con la pulpa no se daría ni cuenta del engaño.

—Mamá, ¿qué pasa? —Dara estaba delante de nosotros tres, cargando con su osito de peluche y restregándose los ojos, parecía la Dara de siempre.

Mi madre la cogió en brazos y miró a mi padre con furia.

—Hoy duermes en el sofá.

Fueron sus últimas palabras. Mi padre destrozado acató sus órdenes, llorando como un niño, eso sí. A mí se me rompía el alma, por Meli, mi amor de la niñez, por Dara, que ya no era Dara y había tratado de matar a su mejor amiga, por mi padre, que era un ser incomprendido y por último, por mi madre, porque no hay más ciego que el que no quiere ver y ella estaba totalmente en la penumbra.

CAPÍTULO 16

Cuando entré en mi casa un olor conocido me hizo tener una regresión y quise descartar la disparatada idea de que tuviera que aguantarlo en mi propia casa. Pero en el salón se oían risitas tontas, era mi madre comportándose como una adolescente y estaba acompañada.

Quise ahorrarme el espectáculo e intenté irme a mi habitación sin que doña Paca me quisiera presentar a su acompañante. No tenía ganas de conocer a su nueva conquista, no obstante, respetaba que ella tuviera su vida sentimental, al fin y al cabo llevaba mucho tiempo sola, eso sí, yo no quería ser parte implicada, pero con mi madre, eso era algo casi imposible.

—Valentina, nena, ven aquí.

—Me cago en todo —mascullé sin importarme si se me oía desde el salón.

Respiré hondo y acudí a su llamada, si se ponía insistente sería mucho peor el ridículo.

—Uy, hija, estás empapada.

—Por eso necesito cambiarme de ropa cuanto antes.

—Sí, pero primero quiero presentarte a alguien, ¡Max!, acércate, quiero presentarte a mi hija.

Por el arco que comunicaba el salón con la cocina apareció, no me lo podía creer, de todos los tíos que había en el mundo tenía que ser él.

—Señorita Verdi.

—Cuesta... —dije con la cara más aielada del mundo, me quería morir.

—¿Os conocéis? —preguntó mi madre juntando las manos y con los ojos cargados de estrellitas de esas que tienen los dibujos *manga*.

—Sí, mamá, es mi jefe.

—¿No me digas?, pues entonces tienes al mejor jefe del mundo, además, somos viejos amigos, ¿verdad, Max?

Hice un amago de sonrisa que no engañó a mi madre y, menos aún, a Cuesta que no parecía tan sorprendido como yo. En cuanto me aseguré de que mi madre no me veía le lancé una mirada inquisidora, creo que captó a la primera lo que quise decirle, «el lunes tenemos que hablar».

Puse un pretexto y me retiré a mi habitación con unas ganas increíbles de vomitar. Corrí hasta el cuarto de baño y ahí alivié mis ganas de soltar hasta la primera papilla que me dio doña Paca en su día.

Me desperté a las once de la mañana, tuve pesadillas toda la noche, me imaginaba a Cuesta ejerciendo de padre, viviendo con nosotras y castigándome sin salir, fue un sueño claustrofóbico y agradecí despertarme de él más que nunca. Cuesta se fue a eso de las dos de la mañana, después de hacer a saber qué con mi madre en el sofá. Doña Paca estaba de muy buen ver, no me extrañaba que tuviera tanto éxito entre el género masculino, aunque sus relaciones no solían ser muy duraderas, su carácter no ayudaba mucho, la verdad, y su ojo clínico para los hombres atrofiado

tampoco, pero que era una mujerona eso no lo ponía nadie en duda, yo a su lado siempre fui muy poca cosa, mi madre de joven era como una estrella de cine, realmente impresionante.

En cambio, Cuesta era una verruga «fumeta», no sé qué le vio mi madre, o sí; estaba muy sola y estaba segura de que Cuesta se acercó a ella para fastidiarme.

Me levanté a desayunar y vi a mi madre cantando por Marifé de Triana en la cocina.

Después de preguntarme cien veces lo que quería para desayunar y responderle yo que estuviera tranquila que ya me haría yo el desayuno, decidí entrar a matar.

—Mamá, ¿cómo conociste a Cuesta?

—¿A Max? —preguntó con cara de corderita enamorada.

—Sí, a ese, a mi jefe.

—Pues hija, fue una casualidad, verás, yo bajé la basura y se me rompió la bolsa en el portal, él estaba allí y me ayudó; aunque, como ya te dije, somos viejos amigos. Hacía muchos años que no lo veía.

—¿Te lo encontraste en el portal?, ¿y qué hacía ahí?

—Pues no me paré a preguntarle, estaba delante de los buzones mirando, estaría buscando a alguien, yo solo sé que se me removiò todo por dentro cuando volví a verlo después de tantos años.

Até cabos enseguida, mi madre era mucho más guapa que yo, pero el parecido era y es innegable, el mismo pelo negro liso, los mismos ojos y los gestos y expresión facial muy parecidas, se dio cuenta de que era mi madre y cayó sobre ella como un ave de rapiña. Tenía que darme muchas explicaciones el tal Cuesta y algo tenía muy claro, o dejaba a mi madre o le contaría que bicho era él.

No quise ahondar más en el tema Cuesta, rompería esa relación, eso lo tenía claro, no obstante, mi madre tenía que sufrir lo menos posible, sabía de sobra lo que pasaría si ella se colapsaba otra vez, no quería que eso ocurriera, pero Cuesta era un asesino y no podía estar a su lado, por mi madre era capaz de lo que fuera y porque nadie le hiciera daño nunca más, aunque a veces fuera la mujer más pesada del mundo y me bombardeara con bocadillos de chópéd y jerséis hechos a mano más feos que pegarle a un padre.

El lunes por la mañana fui al trabajo dispuesta a echarle la bronca de su vida a Cuesta por ligarse a mi madre a traición. Pero Cabano me esperaba en mi consulta.

—Ya puedo dejar de fingir, me he recuperado milagrosamente.

—Eres un impresentable, Cabano.

—¿Ya no soy Adrián?, pensé que sentías algo por mí.

—Déjame, que no estoy para hostias, ¿qué se supone que te traes entre manos?, me dices que estoy en peligro, que busque a tu padre, pero resulta que está muerto. Encima me he enterado de que te has hecho pasar por el director de este lugar, al menos una vez que yo sepa.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿De verdad no sabes quién ha sido?

—Todo tiene su explicación, tienes que creerme, no puedes seguir en este lugar, vete, no lo pienses y vete ya.

—Empiezo a pensar que en verdad estás como una regadera.

—¿Ves Valentina, no me crees?, te estoy diciendo la verdad, hay algo muy podrido en Las Golondrinas, algo muy difícil de demostrar, yo ya estoy condenado, pero tú, tú puedes salir por esa puerta y olvidarte de todo.

—¿Estás seguro, Cabano? Mi madre se ha liado con Cuesta, ahora ya no me lo quitaré de encima aunque me largue de aquí, tengo que hablar con él y obligarle a que deje a mi madre en

paz.

—Y lo quieres enfrentar aquí, en su terreno... y dices que estoy como una regadera, me da a mí que la única loca que hay aquí eres tú, sí, Cuesta no hará mal en encerrarte. —Su tono burlón me crispó más los nervios si aún era posible.

—Vale, listo, dime tú qué hacer...

—Solo puedes hacer una cosa, Valentina —susurró—, y es salir cuanto antes de este lugar y olvidarte de que alguna vez pusiste un pie aquí, no te preocupes, en cuanto lo hagas Cuesta dejará en paz a tu madre.

—¿Y tú?

—Yo no importo, además, soy el Príncipe Descuartizador, tendré que vivir escondido, prefiero quedarme aquí, a mí no me pasará nada.

—¿Por qué lo hiciste, Adrián? ¿por qué mataste a Dara?

—Porque no era ella, yo no maté a mi hermana, mi hermana murió el día en que se marchó con aquellos tres individuos que me la arrebataron.

CAPÍTULO 17

En aquel cementerio lleno de manchas negras, porque eso es lo que me parecían los asistentes detrás de mis ojos empañados de lágrimas, simples manchas, despedí a mi Meli. El *shock* anafiláctico que sufrió la condujo a la muerte, no pudieron hacer nada por salvarla, pues ese ente diabólico avisó a mi madre cuando Melisa ya llevaba un buen rato retorciéndose.

Desde aquel momento me juré que vengaría la muerte de mi primer amor, que ese engendro, no volvería a hacerle daño a nadie más. Pensé en matarla, en coger un cuchillo y rajarle la barriga de arriba abajo, quizás así, la verdadera Dara saldría de su tripa, mi hermanita dulce volvería a casa y de alguna forma, mi familia y yo recuperaríamos un poco de la felicidad que nos había sido arrebatada a la fuerza.

Mis padres no asistieron al entierro, la amistad entre las dos familias se rompió, Dara se empeñó en ir, su insistencia caprichosa y macabra me sacaba de mis casillas, menos mal que mis padres se lo impidieron, la dejé sentada en el sofá de brazos cruzados.

Yo no dije nada, solo salí de casa, me subí en mi bicicleta y pedaleé sin dejar de llorar hasta el cementerio. Recuerdo un día desapacible, la lluvia me calaba los huesos, sin embargo, yo no lo sentía, mi dolor era tan fuerte y lacerante que no me importaba nada más.

Nuestras vidas grises seguían adelante, un demonio de la peor calaña se había colado en el cuerpo de mi hermana y la muerte de Meli no fue lo único que tuvimos que lamentar.

Mi padre cada día estaba peor de salud, una dolencia cardíaca sin explicación amenazaba su vida. El hombre fuerte que siempre había sido comenzó a apagarse. Yo sabía que el hecho de que los médicos no pudieran identificar el mal que padecía no era casualidad, ella, con su mirada de bruja y su mente retorcida lo enfermaba, su sola presencia le robaba el aliento y la añoranza, la pérdida de una hija, porque él sabía como yo que esa cosa no era nuestra Dara, le había lanzado una especie de hechizo para que se debilitara.

La única que seguía en su especie de limbo era mi madre, tenía a Dara en un pedestal, para ella era la hija perfecta, que había pasado de mocosa consentida a hija modélica. Parecía abducida y seducida por el influjo de la falsa Dara, todo, absolutamente todo pasaba por manos de esa criatura, mi madre se había quedado sin voluntad, era como un autómata dirigido por hilos infantiles.

Así, pasaron los años y nuestra vida, cada día más gris, se volvió rutina.

Mi padre casi no se podía levantar de la silla, era un hombre joven todavía, pero su cuerpo y agilidad eran las de un anciano.

Cuando la Dara falsa volvía a colársela, él revivía por unos días, hasta que se daba cuenta de que solo era un espejismo y que su hija, hacía mucho tiempo que ya no estaba en esa vaina hueca.

Ella intentaba seducirlo de vez en cuando, imitaba a la antigua Dara y mi padre caía como un tonto, hasta que se percataba de la realidad, el engendro era listo, pero no más que cualquiera.

Una tarde, dos años después de la muerte de Melisa, encontré a Dara en la terraza. Cavaba en la tierra de unas jardineras grandes que normalmente contenían geranios; antaño, coloridos y lozanos, en aquel momento, carcomidos por la mariposa africana. Me acerqué a ella, solía eludir

todo contacto con mi falsa hermana, sin embargo, verla afanada con las herramientas de jardinería de mi madre me dio curiosidad, al fin y al cabo, yo solo tenía diez años en aquel momento.

Dicen que la curiosidad mató al gato, en este caso, no me mató, pero dejó un regalo totalmente macabro en ese almacén de recuerdos de la infancia que todos tenemos. Dara tenía un gato pequeñito que había ahogado con una cuerda, lo estaba enterrando mientras cantaba una canción que ponía los pelos de punta.

«No te mueves, gatito,
dejaste de respirar,
te até una cuerda al cuello,
y solo tuve que apretar,
te maté gatito y muerto estás,
date prisa y baja,
en el infierno te esperarán,
tu alma me la he comido,
y en el cielo sin alma no te querrán...»

Me reuní con Víctor y Fran, me costó que Víctor aceptara volver a ser mi amigo, pero él había visto con sus propios ojos el cambio de Dara y sabía que yo no tenía nada que ver. Eso sí, sus padres no me aceptaban en su casa, no tenían nada contra mí, sin embargo, les recordaba demasiado a Dara, pues nuestro parecido era más que evidente y preferían mantenerse alejados de mí y de mi familia.

Les expliqué lo que había visto, no les extrañó, llevaba dos años contándoles toda clase de escenas difíciles de digerir.

Ese día hablamos largo y tendido y urdimos un plan. Teníamos los suficientes indicios para saber que Dara había sido poseída por el diablo. Éramos críos y para nosotros, lo que estaba dentro de ella era el demonio en persona.

Alquilamos la película *El exorcista*, nos documentamos en la biblioteca, buscamos todo lo concerniente a exorcismos y preguntamos a muchos mayores. Todos se reían, ninguno pensaba que fuéramos en serio, al fin y al cabo, tres chiquillos de diez años, bajo la influencia de las películas de terror, que pegaban tan fuerte en la época, podían jugar perfectamente a ser exorcistas aunque la tendencia fuese más bien jugar a *Stars wars* o a ser futbolistas; nosotros habíamos cambiado la espada láser y la pelota por los crucifijos que encontramos en casa.

—Nosotros no podemos hacerlo —declaró Fran y luego añadió—, ha de ser un cura.

—Si le vamos al cura de la iglesia del barrio con el cuento se lo dirá a nuestros padres y Dara se enterará de lo que pretendemos, no podemos contar con ese viejo cascarrabias —explicó Víctor.

—Necesitamos un cura que no diga una palabra, y con esta edad es del todo difícil, todos querrán hablar con nuestros padres —dije.

—Necesitamos apoyo de un mayor —anunció Fran.

—Mi padre descartado, sé que nos ayudaría, pero está enfermo, casi no se levanta de la cama —aclaré apesadumbrado.

—Mi madre, ella seguro que nos ayudará —dijo Víctor con decisión.

—Tu madre no quiere ver a Dara ni en pintura, no quiere ni que se nombre delante de ella —repliqué.

—Ella quería mucho a Dara, a la verdadera, no olvides que os cuidó de pequeños, cuando vuestra madre trabajaba tantas horas.

Asentí con la cabeza, Víctor tenía razón, su madre adoraba a Dara.

—¿Crees que si le contamos nuestro plan aceptará ayudarnos? —preguntó Fran.

Víctor se encogió de hombros.

—A ella le encantaría fastidiar a ese demonio que Dara lleva dentro, es lo que más le gustaría en este mundo.

Fran y yo no lo teníamos tan claro, la madre de Víctor todavía no había superado la muerte de su hija y su estado era depresivo, aunque, estaba seguro de que ella no hablaría con mis padres, ni tampoco se acercaría a mí casa, quizás no fuese tan mal plan.

CAPÍTULO 18

Cuesta me cargó de trabajo aquella mañana, el miedo y la ansiedad se habían apoderado de mí y tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para poder tratar a mis pacientes sin que no se notara mi constante estado de alerta.

Vi en la lista a un paciente que aún no había visitado, Leandro Vilches, cogí mi móvil y busqué en la nube la fotografía de la nota de Debi y constaté que era uno más de los conejillos de indias que Cuesta mantenía encerrados en el psiquiátrico.

Cuando trajeron al hombre me entró una congoja horrible. Estaba en una silla de ruedas y parecía vivir en otra realidad. Su mirada perdida y la baba deslizándose por su mentón me hicieron estremecer. ¿Qué le habrían hecho?

Cabano me dijo que había cámaras y micrófonos por todas partes, por ello, opté por escribir notas con lápiz en las láminas del test de Rorschach, lo hice de modo muy sutil, sin que se notara lo que estaba haciendo, al fin y al cabo, dudaba que las imágenes obtenidas por las cámaras fuesen de alta resolución.

Si Cuesta estaba observando al otro lado de la cámara, pensaría que era una estúpida por enseñarle dicha prueba a un hombre que parecía no tener respuesta a ningún estímulo, tanto me daba, no creía que sospechara.

Escribí con cuidado:

«Sé que no estás enfermo»

Fui enseñándole las láminas una a una y haciéndole la pregunta de rigor a mi paciente, sin embargo, no tuve ninguna respuesta, no hubo reacción, nada que me hiciera albergar una pequeña llama de esperanza.

Presioné mis sienes, me dolía la cabeza demasiado y es que había cometido la torpeza de tomarme un café de la máquina. Puse los ojos en blanco, la máquina la utilizaba todo el personal de Las Golondrinas y era demasiado difícil que ahí hubieran echado alguna sustancia para atontarme, estaba sola en la sala de personal.

Repasé minuciosamente todo lo que había hecho desde que entré en la sala veinte minutos antes. No había perdido de vista el vaso en ningún momento, el vaso, podía ser el vaso, Cuesta podía haberlo puesto ahí, al fin y al cabo, según Cabano, había cámaras por todas partes y micrófonos, me sentía vigilada, nerviosa y tenía miedo, mucho miedo. Miré a mi paciente, abría y cerraba los ojos de modo extraño, entonces lo tuve claro, se intentaba comunicar conmigo, probablemente en código morse. Repetía la misma secuencia sin parar, cerraba los ojos en intervalos cortos y largos. Me apresuré a apuntar la secuencia en mis notas. Nadie sospecharía de ese tipo de interacción, luego lo descifraría buscando el código en internet desde mi móvil y siempre que hubiera salido de Las Golondrinas.

Leandro sonrió, quizás era la primera persona que había entendido su mensaje, puede que viera en mí una tabla de salvación, sin embargo, yo iba a la deriva y sentía que de un momento a otro naufragaría en las entrañas de aquel lugar, Cuesta me conduciría a las profundidades, por ello, tenía que contarle al mundo lo que estaba pasando en Las Golondrinas, tenía que hacerlo con

pruebas y el mensaje de Leandro, era una de ellas, no veía el momento de saber qué me había intentado decir.

Horas después, me dirigí al pabellón Z, de nuevo tenía que ver a Cabano en aquel lugar, ello me desconcertó e hizo que mis alertas estuvieran al rojo vivo de nuevo, ¿y si era una trampa?, empezaba a pensar que me estaba volviendo loca.

Me dirigí al pabellón, como siempre, hacía de tripas corazón para ignorar a los internos que parecían presidiarios en aquellas celdas. Era como una especie de corredor de la muerte. Me hice una pregunta que tendría que haberme hecho mucho antes, ¿por qué Cabano tenía una habitación y no una celda como los demás?, parecía tener privilegios; un día era un interno con el que había que extremar las precauciones, al siguiente, campaba a sus anchas por el lugar, al siguiente estaba en coma y al próximo me hablaba de conspiración para volverse cínico al de más allá, me trastornaba, quizás no era él el enfermo, puede que él causara la enfermedad en otras personas, ese era su verdadero mal, y yo estaba enfermando a pasos agigantados.

Entré en la sala y me senté donde siempre, pasaron varios minutos y allí no se presentó nadie, ni siquiera los celadores. Miré de nuevo la lista y, claramente, el nombre de Adrián Cabano figuraba como mi último paciente del día. Luego saldría a respirar el aire fresco de la calle y a buscar un poco de eso que ya Áxel no me daba, no sabía dónde lo buscaría, pero lo necesitaba, el sexo se había convertido en mi mejor terapia, una, que me hacía olvidarme de la realidad. Por otra parte, me sentía incapaz de acostarme con alguien a quien no conociera lo suficiente, tenía un lío increíble en la cabeza, el dolor de horas antes se había transformado en embotamiento. Me prometí no volver a probar el café de Las Golondrinas, me traería un termo y lo guardaría en la taquilla, ¿y si alguien más tenía la llave de mi taquilla?, Dios, no podía más, las paranoias se habían apoderado de mi mente y ya no sabía si habría vuelta atrás, no en aquel lugar.

De pronto, el sonido de una barra de hierro golpeando en el hormigón de las paredes me sacó de mi torrente de pensamientos extraños.

Mi corazón se desbocó de tal modo que no pude controlarlo, oí mi nombre, la voz que lo pronunciaba parecía salida de ultratumba, una y otra vez, mi nombre, Valentina, y el roce del hierro cada vez más próximo en la pared del pasillo.

No había lugar donde esconderme, no podía salir de la sala, pero sí cerrarla, eso haría, cerraría y aguantaría la puerta con todas mis fuerzas.

Me levanté y corrí hacia la entrada e intenté cerrar la puerta, pero no podía, una fuerza superior a la mía la empujaba hacia adentro, en la pequeña ventana de cristal de la puerta no había nadie, solo podía ver el pasillo y los fluorescentes del techo vibrantes. Grité con todas mis fuerzas mientras contenía la entrada de mi atacante, ese al que no podía ver. Grité y grité hasta que me vi en una camilla. No, Cuesta me miraba compasivo, a su lado dos enfermeras a las que había saludado alguna vez y poco más. Se afanaban a ponerme unas correas en las extremidades, sentí un pinchazo y dejé de gritar, no podía articular palabra, tampoco era capaz de moverme.

Desperté en una de las habitaciones de Las Golondrinas, me temí lo peor, sin embargo, la cara que vi a continuación me tranquilizó, Áxel estaba allí.

—¿Qué ha pasado? —pregunté todavía aturdida.

Me han dicho que te asustaste al verte encerrada en una sala de máxima seguridad, al parecer la

puerta se cerró y no podías salir, tuviste una crisis de ansiedad y te tuvieron que sedar para tranquilizarte.

Iba a explicarle a mi amigo que eso no era cierto, pero recordé las cámaras y los micrófonos, por lo que lo mejor era hacer ver que creía lo que me decía Áxel.

Cuando pude ver la cara de mi ex amante con claridad me di cuenta de que tenía un ojo morado camuflado con maquillaje.

—Áxel, otra vez lo ha vuelto a hacer —afirmé, no hacía falta preguntarlo, la arpía había actuado de nuevo.

Áxel agachó la cabeza, se sentía avergonzado y no sé por qué, él no tenía culpa de nada, bueno sí, de volver con ella cada vez que se arrepentía y lo buscaba de nuevo para castigarlo poco después.

—Eres policía, por Dios, ¿cómo puedes dejar que ella te golpee?

—Valen, déjalo ya, en serio.

—Tú mismo, eres mayorcito, pero si sigues así, un día serás una víctima más en manos de una agresora en este caso, una persona sin escrúpulos de la que deberías alejarte de una jodida vez. — Agarré su mano con suavidad y la acaricié —. Mereces ser feliz, Áxel.

—Le dije que se fuera de mi casa, pero ahora me amenaza con denunciarme por violencia de género, ¿te lo puedes creer?

—Esa arpía es capaz de todo, te lo dije Áxel, sabes que llevo tiempo diciéndotelo, solo te traerá problemas.

—Lo sé, si tienes razón, pero no puedo evitar quererla.

—No es amor, eso no puede ser amor, es pura dependencia. Hay miles de chicas que querían estar contigo y no te harían sufrir, eres un buen hombre, Áxel.

—Tú no eres una de ellas.

—Áxel, es complicado, desde lo de Walter, vivo alejada de las relaciones serias, tú eres lo más parecido a una pareja que he tenido y ya ves, jamás hemos salido de la habitación de tu casa juntos. Solo el día que nos conocimos tomamos una copa, nuestras batallas se libraron siempre en la cama.

—Que poética te has puesto —dijo Áxel antes de echarse a reír.

—Te prometo que tendremos una cita, a mí me encantaría. —Era sincera, quizás darle una oportunidad a Áxel no fuera una mala idea.

—A mí también... —El mundo era injusto, muy injusto con nosotros dos, era como si la ocasión nunca se diese.

—Por cierto, ¿a qué has venido? —pregunté con curiosidad.

—A registrar la habitación de Débora, ya se hizo, sin embargo, quería hacerlo yo personalmente. Fue casualidad verte, te llevaban en una camilla y prácticamente me abalancé sobre el celador y le dije, que me quedaba contigo como acompañante.

Áxel no lo sabía, pero probablemente, acababa de salvarme de la vida, al menos como yo la conocía, gris y desdichada, pero mía.

Áxel no se movió de mi lado hasta que Cuesta decidió darme el alta, su plan había hecho aguas y yo lo notaba en su mirada, ese día, si no hubiera sido por mi amigo Áxel, hubiera acabado como una más de las personas hechas pasar por locas en Las Golondrinas. Cuesta se encargaría de

fabricar un motivo para retenerme contra mi voluntad, precisamente, anulando la misma farmacológicamente y quién sabe de qué modo retorcido más.

Salimos de Las Golondrinas abrazados, necesitaba más que nunca calor humano. Me sentí observada y es que dos ojos oscuros y ardientes me miraban de modo intenso; era él, Cabano, que estaba sentado en un banco de los jardines.

Le devolví la mirada y esta vez no agaché la cabeza, era mi modo de decirle que no le tenía miedo, que fuese lo que fuese que estaba pasando en ese lugar a mí no me afectaría. Me engañaba a mí misma, y no sabía exactamente por qué, solo era algo que tenía que hacer para sentirme más fuerte.

Áxel quería llevarme a mi casa, sin embargo, yo no tenía ganas de vérmelas con mi madre, por lo que le dije que me acompañara a una pensión en la que me había refugiado en más de una ocasión.

—¿Te quedas conmigo? —pregunté.

Áxel lo pensó durante unos segundos, la arpía estaba en su casa y tampoco quería tener una escena con ella; por ello, asintió, nos vendría bien a ambos y así podría hablar con él con claridad.

En cuando entramos en la habitación, empecé a hablar y no paré, hasta relatarle a Áxel todo lo que había pasado.

—Pero ¿se puede saber por qué no me lo has dicho antes? —preguntó algo crispado.

—Acuérdate, fui a tu casa, quería contártelo todo, pero ella estaba allí y no fue posible.

Áxel agachó la cabeza.

—Lo siento, no sabía que era tan importante.

—Lo era y lo es, Áxel, hay internos que están sanos y todo por una especie de experimento sin sentido de Cuesta.

—La verdad, es que ese hombre es un psicópata, y ¿dices que sale con tu madre?

Asentí apesadumbrada.

—Es un mal bicho y creo que el hecho de estar con mi madre a sabiendas de que ella tiene una enfermedad mental, porque estoy segura de que lo sabe, no es por otra cosa que por tener un as en la manga si yo me resisto a ser uno más de sus conejillos de indias —dije mientras me desabrochaba la blusa.

Áxel me miró con curiosidad, no, aquel día se me habían quitado las ganas de sexo, solo quería dormir y sentir su calor. Me sentía decepcionada, por alguna razón que desconozco, me había sentido tan atraída por Adrián Cabano que había confundido mis sentimientos, o no, no tenía nada claro.

Recordé su expresión cuando salía de Las Golondrinas con Áxel. ¿Se sentía dolido? Todo era posible con aquel hombre, todo, hasta la verdadera locura.

Me aferré a los fuertes brazos de Adrián y en pocos segundos caí en un sueño apacible y reconfortante, un sueño no inducido por las drogas que estaba segura me habían colado en mi lugar de trabajo.

De pronto, él estaba ahí, mirándome fijamente, busqué con la mano a Áxel, sin embargo, no lo encontré, estaba sola en la enorme cama y Adrián estaba en los pies de la misma.

—Cabano, ¿qué haces ahí? —pregunté sin obtener respuesta.

Él me señaló y sus ojos se volvieron como pozos negros. Mi corazón galopaba y agarré la sábana para taparme la cabeza, debía ser una alucinación. La sábana se desintegró entre mis dedos y la boca de Cabano se abrió mucho convirtiéndose en un agujero oscuro. Comenzaron a salir insectos negros muy grandes, eran como polillas, había tantas que era difícil distinguir qué eran.

Los insectos me golpeaban con fuerza en la cara y el cuerpo y laceraban mi piel. La sangre comenzó a manar y a empapar las sábanas, el dolor era insoportable. Grité y grité con todas mis fuerzas.

—Valentina, tranquila, solo es un sueño. —Áxel me acunó entre sus brazos.

No quise explicarle mi sueño, era demasiado terrible y parecía tan real. Era como la venganza onírica de Adrián Cabano, o quizás, autosugestión por todo lo que estaba pasando en Las Golondrinas.

No, no podía seguir así y aunque me doliera, había llegado el momento de tomar una decisión con respecto a mi trabajo que se había convertido en un lastre.

CAPÍTULO 19

Antonia, la madre de Víctor y Meli, nos llevó con su coche a las afueras de la ciudad, conocía a un sacerdote que vivía en una pequeña ermita medieval.

El padre Ezequiel, era un chico más joven de lo que esperábamos para ser un ermitaño. Nos recibió con curiosidad y parecía conocer a Antonia y tenerle aprecio.

Pasamos a la sacristía y allí el padre nos instó a explicarle todo lo ocurrido con Dara y su comportamiento. Tras relatarle lo ocurrido, el hombre nos miró con escepticismo.

—Antonia, ¿puedo hablar a solas contigo? —preguntó con firmeza.

Antonia nos hizo salir de la sacristía y esperarla en los asientos de la capilla. Miré la figura de una virgen de tez negra que estaba justo encima del altar presidiendo el pequeño templo. Jamás rezaba, en casa eran ateos, y yo ni siquiera había sido bautizado, tampoco había hecho la comunión. Junté mis manos como le había visto hacer a las mujeres mayores de mi barrio cuando iban a la parroquia y mis amigos y yo nos metíamos allí para fastidiarlas y recé sin saber ni cómo se hacía.

«Señora virgen, mi hermana no es mi hermana y nuestra única esperanza es que el padre Ezequiel nos ayude a quitarle el diablo de dentro, porque yo pienso que es el diablo, quizás me equivoque, sin embargo, es lo que parece. Por favor, ayúdenos a que él acepte, no lo veo muy convencido y me parece que no nos cree».

—¡Adrián! —exclamó Antonia desde la puerta de la sacristía y luego añadió—, ven un momento.

Miré de nuevo a la virgen y le di las gracias en voz alta. Víctor y Fran me observaron extrañados, aunque estaba seguro de que ellos estaban haciendo lo mismo que yo, con sus manos entrelazadas con disimulo mientras permanecían sentados.

Corrí hasta la sacristía y entré en la misma con el corazón desbocado.

—Cuéntale al padre lo que viste esta madrugada —ordenó Antonia.

—Oí ruidos en la habitación de mi hermana y me levanté de la cama, no quería ir a ver qué pasaba y estaba esperando que mis padres acudieran. Era como un quejido, como un lloro espeluznante, no parecía de una niña, más bien de un animal.

» Me acerqué a la habitación de Dara con sigilo, y poco a poco abrí la puerta, la luz de la mesita estaba encendida y parpadeaba sin parar y vi a mi hermana en cuclillas en su cama, estaba meando.

» Le dije que parara ya, que no estaba en el retrete, que despertara, pero en lugar de eso, me miró con sus dos ojos que eran completamente negros y de su boca, que se transformó en un agujero, salieron miles de bichos, fue asqueroso.

—No puede ser —dijo el padre mientras se persignaba.

—Padre, tiene que ayudarnos, el asunto es muy grave.

—Salid de aquí, no puedo hacer nada por vosotros, fuera, esta es la casa de Dios —vociferó el padre Ezequiel.

Antonia nos hizo un gesto para que la siguiéramos y salió de la iglesia entre lágrimas. No podía

dejarlo así, ese hombre tenía que ayudarnos.

—Padre Ezequiel, tiene que ayudarnos, ya ha muerto una persona, Melisa, la hija de Antonia, hermana de Víctor y mi mejor amiga, y mi padre está cada día está más enfermo desde que ella dejó de ser la Dara que conocíamos. No podemos seguir bajo su influjo, alguien más va a morir y pesará sobre su conciencia —dije con firmeza mientras aguantaba las lágrimas.

Era pequeño, pero sabía expresarme muy bien, tanto que dejé al padre boquiabierto, pero solo supo gritarme un «fuera».

Salimos de la ermita con la mirada apuntando al suelo, habíamos venido para nada, nos subimos en el coche y nos marchamos totalmente consternados.

El padre Ezequiel se sintió mareado, ese chico que le había hablado tenía algo dentro, algo maligno, sus palabras eran desesperadas y quería ayudar a su hermana, sin embargo, había algo más, quizás él todavía no lo sabía, pero un demonio lo rondaba, sentía su presencia dentro de la sacristía, tuvo que pedirle a él y a las personas que lo acompañaran que se fueran.

Salió de la ermita y miró al cielo, no podía ser, de nuevo se cruzaba con un *dybbuk*.

Entré en casa derrotado, no habíamos conseguido absolutamente nada, ese sacerdote nos había expulsado de la iglesia sin miramientos y nosotros necesitábamos ayuda, pues la situación ya duraba demasiado. Dos años con un parásito en el cuerpo de mi hermana, un parásito que la corroía por dentro, que dominaba su voluntad y hacía de Dara una criatura aterradora.

Durante la cena mi madre me preguntó dónde había estado, según ella, mi hermana, que permanecía sonriente mirándome con sus ojos de rata había estado toda la tarde preguntando por mí. Respondí que había estado en casa de Fran, y miré a Dara de modo desafiante. Improvisé mi coartada y sabía que la podía haber pifiado porque Dara, con seguridad, había ido a buscarme allí.

Esperaba una de sus repelentes interacciones, sin embargo, se mantuvo en silencio, cosa que agradecí.

Esa noche tuve una pesadilla.

Un sacerdote hablaba en una lengua que no entendía mientras sostenía un libro en la mano, el clérigo estaba al lado de un esconjuradero, y el viento azotaba la construcción y la ropa del hombre con violencia.

Había personas a su alrededor, vestían con ropas antiguas, miraban al cielo y lloraban.

Yo permanecía impasible, el viento no me afectaba, era como si fuese un espectador protegido por alguna especie de cápsula. Podía verme de espaldas, con mi pantalón corto, mis deportivas y mi camiseta favorita del equipo de fútbol al que seguía.

Esa pesadilla se repetiría cada cierto tiempo durante mi adolescencia, cada vez más nítida y con más detalle, fue entonces cuando al comenzar a estudiar latín en bachillerato, me di cuenta de que esa era la lengua que utilizaba el sacerdote de mis sueños.

CAPÍTULO 20

Unos días de baja, eso es lo que conseguí tras acudir al centro de salud y que la doctora me viera con unas ojeras enormes y varios kilos de menos, porque era así, desde que estaba en Las Golondrinas mi peso había bajado de modo alarmante. Yo no era consciente, sin embargo, mi ropa, cada vez más holgada delataba mi cambio físico.

No quería volver, tenía miedo a enfrentarme a Cuesta y a Cabano. Mis sentimientos hacia él se habían transformado, ¿qué me había pasado para llegar a pensar que estaba enamorada de él?, no lo sé ni yo, quizás era solo mera atracción sexual, pues su atractivo era demasiado seductor. Pensé en Cabano como un íncubo, como un ser con gran potencial sexual y una mente perturbada, en cambio, había otra parte de mí que me decía que mi modo frenético de pensar me estaba llevando a ver cosas donde no las había.

Dos semanas permanecí alejada del ambiente claustrofóbico y las paredes verdes de Las Golondrinas; de sus moscas negras que estaban por todas partes y del miedo que despertaba en mí ser tratada como una enferma mental y encerrada entre sus paredes de por vida.

Áxel me tranquilizó para que no me preocupara, dijo que él estaría alerta y vigilaría de cerca los pasos de Cuesta. Incluso me dejó entrever que podía darse el caso de que enviaran algún agente infiltrado para descubrir qué pasaba en Las Golondrinas. De todas formas, él pasaría a visitarme todos los días que le fuera posible e iba a hablar con sus superiores de lo que estaba ocurriendo en mi lugar de trabajo, eso sí, necesitaba pruebas, lo único que tenía era la fotografía de una nota manuscrita con nombres de personas y mi declaración, que sin pruebas, no tenía mucho fundamento, según él. Me enfadé cuando me dijo aquello, sin embargo, tenía razón.

El supuesto mensaje en morse de Leandro, resultó ser un sinsentido, no me había comunicado nada, al menos, el mensaje no tenía ni pies ni cabeza, eran letras sueltas y que no formaban palabra alguna. Se lo mostré a Áxel y buscamos por internet el significado, fue para mí como un jarro de agua fría, porque yo pensaba que tenía algo.

Aquella mañana me desperté sola en el hostel, Áxel me había dejado una nota, había tenido que salir con urgencia porque lo habían llamado para trabajar; ni cuenta me di yo de esa llamada, estaba demasiado cansada como para enterarme de nada.

Tampoco lo había visto durante todo el tiempo que duró mi convalecencia y empezaba a preocuparme.

Cuando la doctora me puso delante el papel del alta, creí morirme, no quería volver a Las Golondrinas, pero ya no podía hacer nada, bueno, sí, podía renunciar y eso es lo que iba a hacer, mediante la carta que había escrito para ello y descansaba dentro de mi bolso mientras caminaba por el suelo de piedra que me llevaba a un encierro seguro.

La recepcionista me dijo que Cuesta quería verme en su despacho; mi corazón comenzó a palpitar al galope, me sentía incapaz de relajarme y mi respiración de pronto se sintió resentida por una pequeña arritmia.

Entré en su despacho y mi sorpresa fue mayúscula cuando a la que encontré sentada frente a Cuesta fue a mi madre.

Había salido aquella mañana muy temprano, pensé que habría ido al mercado. Mi madre era una de esas mujeres que seguía apostando por hacer cola y pedir la vez, aunque el mercado de la ciudad, había conocido tiempos mejores y ya no se llenaba hasta la bandera como antaño. Uno de los motivos de su declive había sido la reforma a la que había sido sometido, externa e internamente, demasiados años emplearon en ella, a parte del supermercado de una cadena importante que habían situado en la planta subterránea, jamás entendí como habían metido la competencia dentro de su propia casa. Había demasiadas cosas que no entendía en el mundo, la verdad.

Me quedé varios segundos con la boca abierta, era incapaz de articular palabra, y no terminé de sacar la carta de mi bolso, llevaba la mano dentro del mismo y la sostenía temblorosamente, al ver a mi progenitora con expresión compungida sentada en el despacho de Cuesta la solté de golpe y porrazo.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —pregunté algo más alterada de lo normal.

—Valentina, hija, es que no quería preocuparte, pero últimamente, mi depresión ha vuelto y tengo miedo de volver a caer, ya me entiendes.

Recordé entonces mi adolescencia y el intento de suicidio de mi madre, entré en casa y oí el agua caer en el cuarto de baño; llamé a mi madre con insistencia, pero no me contestó. Me acerqué con sigilo y de pronto, vi sangre en el suelo, el agua se había desbordado de la bañera y mi madre estaba dentro con las dos muñecas rajadas. Fue un milagro que se salvara y siempre me preguntaré, que hubiera pasado si esa tarde, mi amiga Lucía no me hubiera puesto una excusa inventada para no quedar conmigo para estudiar.

—Mamá, no pasa nada, hace mucho tiempo que estás bien. —No quería sonar desesperada, sin embargo, era incapaz de disimular el miedo por lo que sabía que mi madre iba a hacer.

—He hablado con Max y hemos llegado a la conclusión de que un tiempesito ingresada en Las Golondrinas me iría muy bien para superar esta recaída.

Miré a Cuesta con odio, porque eso es lo que sentía por aquel energúmeno en aquel momento, un odio inmenso.

—Cuesta, ¿puedo hablar contigo un momento a solas?

—Tu madre tiene derecho a saber lo que sea que tengas que decir sobre ella, ¿no crees?, si ahora le pides que salga, lo único que conseguirás es que piense que la haces a un lado y que quieres decidir por ella como si fuese alguien que no tuviera criterio propio —dijo Cuesta con una sonrisa velada, lo estaba disfrutando y eso me corroía el alma.

—Mi madre no se quedará internada aquí, ¡no, mamá, no!

Me negaba a que Cuesta la utilizara de conejillo de indias, es más, sabía que lo hacía para retenerme, de algún modo, se olía que yo pondría pies en polvorosa, por ello la convenció para que se internara voluntariamente, estaba segura de ello.

—Hija, la decisión ya está tomada, esta mañana, Max vino a recogerme y me traje los objetos personales necesarios y algo de ropa para estar cómoda, no necesito más, solo descansar y ponerme bien.

—¡Esto es increíble, si tú estás bien, no me vengas con tonterías, ha sido este cabrón que te ha sorbido el cerebro! —vociferé.

—Valentina, no le faltes el respeto a mi pareja, además, aprovecho para informarte, que en cuanto termine el tratamiento tenemos pensado casarnos.

Surrealista era poco, me pellizqué el moflete para asegurarme de que no estaba dormida, esa escena, parecía la más psicodélica de las pesadillas, sin embargo, era real, tan real como la rabia que crecía dentro de mí, ahora ya no podría renunciar, tenía que seguir allí, por ella, por mi

madre, aunque se merecía mi renuncia y que tuviera su merecido por ser tan influenciable, todos los hombres que había conocido le habían jodido la vida y siempre me había salpicado a mí. No aprendía y ahora, me estaba comunicando su matrimonio con el ser más despreciable que había conocido jamás.

Me enfadé tanto, que agarré la cajetilla de tabaco que descansaba en la mesa de Cuesta y le cogí un cigarro.

—Ahora sí, señor Cuesta, ahora acepto su invitación.

Me lo encendí con su mechero y salí del despacho fumando por el pasillo. No se podía, el único sitio donde se fumaba, si no eras Cabano, era en el despacho de mi futuro padrastro, pero tanto me daba, tenía los nervios a flor de piel y la rabia me estaba devorando.

De pronto, la voz varonil y seductora que no quería escuchar en ese momento se materializó en la impresionante figura de Cabano en camiseta blanca y tejanos desgastados. ¿Qué hacía así?, quién sabe, en Las Golondrinas cualquier cosa podía pasar.

—¿Tú fumando, Valentina?

Lo miré de modo inquisidor.

—Tranquila, es solo que me ha sorprendido.

Le señalé con el cigarro y dije de muy malas pulgas.

—Tú, tú y ese energúmeno de tu jefe, porque creo que no eres otra cosa que su esbirro, os pensáis que sois muy listos, pero no voy a dejar que le hagáis daño a mi madre, os voy a vigilar y Cuesta dará con sus huesos en la cárcel, pienso contarle todo.

Una risa estridente me hizo irritarme mucho más.

—Valentina, yo no sé de qué me estás hablando, me voy de permiso, luego si quieres, me cuentas —dijo Cabano con su sonrisa de medio lado.

—De permiso... —mascullé mientras lo veía marcharse y luego añadí—, demonio, solo puedes ser un demonio.

CAPÍTULO 21

Fran, Víctor y yo, caminábamos por el amplio pasillo del instituto de nuestro barrio, no éramos los más populares, a decir verdad, entre mis granos, las gafas de Víctor y el sobrepeso de Fran éramos el blanco de todo tipo de burlas. Todos veneraban entonces a un tal Ricky, que en el colegio era Ricardito, pero desde que se había vuelto un imán para las féminas pijo y guapo hasta su nombre había mutado.

Ricky era un abusón, un gallo del corral y a su alrededor había un harén de chicas sin muchas neuronas y de pardillos que le reían cada gracia y cada acto nauseabundo que Ricardito hacía.

Y ¿cómo no?, entre las chicas que pasaban el día alrededor de Ricky se encontraba mi maléfica hermana.

Dara era la chica más guapa del instituto, esa que se paseaba por el pasillo de manera etérea y cuyo pelo flotaba en el aire como si estuviera rodeada de una especie de halo resplandeciente. Todos los chicos del instituto babeaban por ella, pero el único que se había ganado su interés era Ricky, a los demás los utilizaba para un momento pasional en un rincón, porque sí, lamentablemente, Dara, mi hermana apenas dos años menor que yo ya tenía relaciones sexuales, mientras mis dos amigos y yo nos íbamos a quedar vírgenes hasta los cuarenta si nada ni nadie lo remediaba, echaba tanto de menos a Meli, estaba seguro de que si ella hubiera estado viva en aquel momento hubiera sido mi novia y mis compañeros del instituto no me hubieran tratado como un apestado, es triste, pero era así y a esa edad yo pensaba en ese tipo de cosas.

Mi hermana se había encontrado con una piedra en su camino, Ricky no caía rendido a sus pies, por el contrario, parecía que habíamos dado con el talón de Aquiles de Dara, se arrastraba como si fuese una serpiente alrededor de ese energúmeno, por ello, mis amigos y yo pensamos que podíamos sacar provecho de aquella situación.

Nuestras intenciones de exorcizar a mi hermana quedaron en una anécdota, es curioso como, con el paso del tiempo asumimos que Dara era así y la sospecha de que un ente maligno la había poseído se esfumó para hacernos pensar que todo era más simple de lo que parecía, Dara era una enferma mental, una psicópata. Sin embargo, mi madre seguía en su mundo, influenciada y dominada por ella. Mi progenitor, por el contrario, ya no se podía levantar de la cama, salvo en contadas ocasiones, él era quien de verdad me preocupaba y el único en mi casa que merecía la pena, a parte de mi perro Danko, que había rescatado de la calle un año antes, él era mi único y fiel compañero.

Ricky nos salió al paso, y como siempre se burló de nosotros y nos pidió dinero. Dara se acercó a él y lo cogió del brazo.

—Déjalos Ricky, no merecen la pena —dijo y lo alejó de nosotros.

Los tres nos miramos extrañados, Dara nos había evitado problemas, se había apiadado de nosotros, por regla general, era ella quien revolucionaba el gallinero para que todos se rieran de nosotros. Respiramos hondo los tres y nos dirigimos a clase.

Una vez en casa, oí dos golpecitos en la puerta de mi habitación. Yo pensé que era mi madre, sin embargo, era Dara la que hacía acto de presencia ligera de ropa y con una actitud, cuando

menos, sospechosa.

—Hermanito, ¿puedo hablar contigo? —preguntó de modo meloso mientras se sentaba en mi cama.

—Tú misma pareces haberte contestado, ¿verdad? —respondí sin mirarla a la cara mientras seguía mirando la pantalla de mi ordenador.

—No sé por qué ya casi no nos dirigimos la palabra, antes estábamos tan unidos.

Dara posó su mano en mi pierna.

—No fui yo quien pasó de ser un ángel a una arpía.

—Los tiempos cambian y la edad no perdona, solo he crecido y he madurado.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza, seguí tecleando unos instantes, quería que saliera de mi habitación, pues parecía absorber el aire puro de la estancia.

De pronto la tenía tan cerca, sus labios susurraron algo en mi oído, no sé lo que fue, pero al igual que un canto de sirena, Dara consiguió que no pudiera quitármela de la cabeza. Esa noche tras susurrarme aquello se marchó de mi habitación con una sonrisa maliciosa.

Ese día marcó un antes y un después en mi vida, mis pesadillas se intensificaron, la cabeza me dolía a todas horas y solo podía pensar en ella, en mi hermana, pero no de la forma normal que se puede pensar en alguien que estuvo en el mismo vientre que yo antes de ver la luz de este mundo, no, la veía como una mujer deseable a quien quería poseer. Esos pensamientos me nublaban la mente y me aterraban, quería quitarlos de mi cabeza, desterrarlos; pero era imposible.

Vivir con ella era un desafío y lo peor era que había cogido la costumbre de irrumpir en mi habitación y acercarse demasiado a mí, no sabía cuánto tiempo podría aguantar. Una noche acabé en el lavabo masturbándome mientras pensaba en ella, lloré como un niño cuando fui consciente de lo que acababa de hacer, entonces, avergonzado, sintiéndome un gusano y el peor ser existente encima de la tierra me dirigí al día siguiente a la ermita donde dos años antes habíamos pedido ayuda.

Abrí la puerta y el olor característico de todas las iglesias inundó mis fosas nasales, es curioso, visites la iglesia que visites, todas huelen igual. El templo estaba completamente vacío, y la luz de las velas combinada con la que entraba desde el exterior por los vitrales conferían a la pequeña ermita un ambiente lúgubre e inquietante.

Me dirigí al altar con un caminar cansado, había pedaleado mucho para llegar a aquel lugar y buscaba respuestas. Por un momento estuve tentado a darme la vuelta y a marcharme de allí, total, si no había conseguido nada en la anterior ocasión, poco podría solucionar ahora.

Ví luz en la sacristía y desvié mi trayectoria para dirigirme al único atisbo de vida humana que había en aquel lugar.

Toqué dos veces a la puerta y el sacerdote que nos recibió la vez anterior me abrió la puerta notablemente deteriorado y como si hubiera envejecido al menos diez años.

—Hola, ¿qué busca en la casa del Señor? —preguntó el hombre antes de tener un ataque de tos.

Esperé pacientemente a que dejara de toser, pero se ahogaba, era como si algo se le hubiera trabado en la garganta, de pronto se llevó la mano al corazón; no, no podía ser, el sacerdote parecía estar teniendo un infarto. No tenía ni idea de lo que se hacía en aquellos casos y tuve miedo, lo confieso. El hombre cayó en el suelo de la sacristía. Mi corazón bombeaba sangre de manera desmedida, me faltaba la respiración y la cabeza del sacerdote se convirtió en la de un monstruo horrible, sus dientes eran puntiagudos y sus ojos rojos se iluminaron como semáforos. De su cabeza brotaron dos cuernos como los de una cabra y luego se levantó. Intenté correr, juro que lo intenté, sin embargo, no podía hacerlo, mis pies se pegaron al suelo, y el ser monstruoso que hasta hacía escasos minutos era el cuerpo enfermo del sacerdote se acercó a mí mientras se

regodeaba con el momento.

Estaba aterrorizado y paralizado por el miedo, vi su cara delante de la mía, sus dientes podían desgarrar mi carne solo con rozarme, su lengua viperina lamía mi piel. Sentí su aliento, y vi sus ojos incandescentes. De pronto, ese ser metió su lengua en mi boca y esta se alargó y penetró por mi garganta, me ahogaba, «no, por favor, no», pensaba, y las lágrimas brotaban de mis ojos, el dolor era terrible, era como si miles de agujas me cortaran por dentro, «no, por favor».

—¡Socorro! —abrí los ojos, todo había sido un sueño.

Dara estaba allí, mirándome, completamente desnuda; el horror se apoderó de mí cuando me di cuenta de que yo también lo estaba, ella estaba encima de mí, la lengua que había penetrado en mi cuerpo no era la del monstruo, era la de Dara.

—¿Qué te ha pasado? Lo estábamos pasando bien, ¿verdad? —No podía creer lo que estaba pasando, no me había movido de la habitación, no había estado en la iglesia, solo me estaba acostando con mi hermana y ni siquiera había sido consciente de ello.

—Aléjate de mí, eres una bruja, un súcubo inmundo, ¿qué me has hecho?, dime, monstruo, ¿qué cojones me has hecho?

La hice a un lado de un empujón, me abalancé sobre ella y la agarré por el cuello, quería sacar ese ente maligno de su frágil cuerpo, estaba fuera de mí, la hubiera matado con mis propias manos, si no fuera porque mi madre entró en la habitación y nos encontró a los dos como ella nos trajo al mundo en aquella tesitura.

Dara comenzó a llorar y le dijo a mi madre que yo había intentado abusar de ella, que la había desnudado a la fuerza y quería besarla.

Por mucho que intenté justificarme, por mucho que le dije a mi madre que yo no había hecho nada, que había sido ella y no yo, no me creyó, ese día dijo que se avergonzaba de mí y que el día que nació ya supo que yo era malo, que solo tuvo que mirarme a los ojos para saberlo, era malo y ahora el tiempo y los hechos le daban la razón.

Arrojé a Dara con las sábanas de mi cama y se la llevó de la habitación, yo no supe qué hacer, estaba tan avergonzado, tan dolido... Abrí el armario y puse algo de ropa en una pequeña bolsa de deporte y me marché de casa, no podía permanecer ni un minuto más en aquel lugar.

Cuando la madre de Víctor me abrió la puerta, no conseguí articular palabra, solo pude llorar. Ella me abrazó como solo una madre lo haría, una que podía sentir amor por ti, no la que yo tenía que jamás me había querido, que siempre había dicho de mí que era malo, que nunca había escuchado mi versión de los hechos cuando Dara hacía una de las suyas, esa madre que solo vivía para uno de sus hijos y al otro lo despreciaba por haber sido el causante de una unión que jamás debió tener lugar.

No pude decir nada más esa noche, dormí en la habitación de mi amigo, que ni siquiera se enteró de que yo estaba en la otra cama, pues cuando llegué dormía plácidamente. Su madre fue mi salvavidas ese día, porque en cierto modo, hasta llegué a pensar en quitarme la vida mientras pedaleaba frenéticamente en medio de la noche, hubiera sido tan fácil, solo tenía que desviar mi trayectoria y dirigirme a los faros de cualquier coche, en un segundo todo acabaría, mi dolor dejaría de existir, sin embargo, no fui capaz de hacerlo, había algo que me decía que tenía que seguir adelante, que en el futuro, habría algo bueno para mí. Quizás hubiera sido mejor que aquella noche le hubiera hecho caso a lo que me dictaba mi dolor.

CAPÍTULO 22

Salí de Las Golondrinas pasadas las seis de la tarde. Aquel primer día había resultado agotador, por suerte, no tuve que visitar el pabellón Z y estuve todo lo cerca de mi madre que me fue posible. Ella estaba muy feliz entre gente que, de pronto, se habían vuelto sus grandes amigos, mi madre era así, hablaba hasta con las piedras y a los cinco minutos ya eras la mejor amistad que podía desear, sin embargo, eso duraba un suspiro, siempre acababa descartando esas amistades por una cosa u otra.

La tarde era desapacible y parecía que iba a llover de nuevo, en los últimos días apenas había visto el sol. Yo era una persona a la que le gustaban los días nublados y el taparme con la sábana para protegerme del fresquito de la mañana, solía gustarme esa sensación cuando estaba con Walter, me abrazaba a su cuerpo y pensaba que íbamos a pasar toda la vida juntos, pero todo se convirtió en humo y tuve que aprender a vivir de nuevo como cuando era niña, en mi habitación rosa llena de peluches y una cama de noventa. Echaba de menos el tumbarme bocabajo y ocupar el lecho de metro cincuenta entero abriendo mis piernas y mis brazos; solía hacer eso cuando Walter salía temprano a trabajar. Sentía añoranza de un pasado mejor, ¡dios, y cómo dolía todavía!

Áxel seguía sin dar señales de vida, volví a llamarlo de nuevo y le dejé un mensaje, minutos después recibí un wasap de él.

«Valentina, no quiero verte, no me llames ni me envíes ningún mensaje más, creí que había quedado claro».

Abrí los ojos hasta que no pude más, no eran las formas de Áxel, que siempre decía las cosas de modo que no pudieras enfadarte con él, eso era lo que más me mosqueaba, sin embargo, aquel mensaje me dejó descolocada y enseguida una paranoia con sentido se instaló en mi cerebro, ese mensaje no era de él.

No iba a contestarle, pero le tenía ganas a aquella arpía.

«Sé que no eres Áxel, debería darte vergüenza andar escribiendo mensajes con el móvil de tu novio, eres una mala persona y una maltratadora».

Nada más enviarlo me arrepentí, no obstante, respiré tranquila cuando me di cuenta de que me había bloqueado sin leerlo. Me daba absolutamente igual, me pasaría por comisaría, no me sería difícil dar con Áxel.

Tres golpes secos en la puerta de mi casa hicieron que me sobresaltara, eran las ocho de la tarde aproximadamente y no esperaba visita, ¿quién podría ser?, me daba miedo abrir la puerta y me acerqué sigilosamente para ver por la mirilla.

Mi corazón comenzó a galopar a toda pastilla cuando vi que la persona que golpeaba mi puerta no era otra que la más carismática y ambigua que había conocido en mi vida, solo él ejercía ese efecto en mí. Por la mañana se había marchado «de permiso», según él, pero estar detrás de mi puerta era demasiado para mí y cuando menos, preocupante.

Respiré profundamente y, como estúpida que era, abrí la puerta con los ojos cerrados; sin embargo, allí no había nadie. Salí al descansillo, pero la escalera estaba desierta, no se oía nada, ni siquiera a los ruidosos vecinos.

Entré en casa y cerré la puerta con llave, estaba agotada y decidí irme a dormir, me daba igual que fuese tan pronto, necesitaba cerrar los ojos, soñar algo bonito y evadirme de mi oscura vida.

Me costó mucho conciliar el sueño, toda clase de pensamientos extraños abordaron mi mente. Debería estar preocupada por mi amigo Áxel, en cambio, no dejaba de pensar en Adrián Cabano y en qué habría pasado si él en verdad me hubiera visitado. Lo imaginé en mi cama, acariciando mi piel desnuda. Fantaseé con entregarme a él sin reservas, y soñé despierta en un mundo diferente, lleno de color y en el que él y yo pudiéramos estar juntos. De pronto, me sentí ridícula, ¿qué hacía de nuevo pensando en Cabano como en alguien de quien estaba enamorada?, no era real, era solo una ilusión, una especie de idea que se había colado en mí cabeza sin mi consentimiento.

Nada era real, nada lo era.

Por la mañana me levanté muy temprano, quería pasar por comisaría antes de llegar a mi puesto de trabajo, necesitaba hablar con Áxel, me había dicho que estaría pendiente de mí y que incluso algún compañero suyo se infiltraría, pero nadie había ingresado en Las Golondrinas y él no había pasado por allí ni una sola vez, me sentía totalmente vulnerable, es más, ahora ya no solo era por mí, era por mi madre, no me perdonaría que le pasara algo por mi culpa, y es que yo pensaba que la culpa la tenía yo, pues si no hubiera empezado a trabajar en ese lugar, jamás se habría reencontrado con Máximo Cuesta, porque ese mal bicho se había acercado a mi madre a cosa hecha y eso era algo que no se me quitaba de la cabeza.

Entré en la comisaría y me acerqué al mostrador, no sabía por quién preguntar, pues solo conocía el nombre y como no tenía más información, probé suerte.

—Buenos días, necesito hablar con un agente que se llama Áxel —dije ante el asombro de la policía.

—Áxel. —La chica elevó ambas cejas y sonrió—. Aquí no hay ningún Áxel, nadie se llama así, la verdad.

El tono y la expresión de la policía me dijeron sin palabras que me estaba tomando por loca.

—Mire, es importante que hable con él, hace días que no sé nada y estoy preocupada. —Si quería quedar como una chiflada lo estaba consiguiendo.

—Mire, señora, hay más personas esperando y yo no tengo tiempo que perder, ya le he dicho que no hay ningún agente con ese nombre en esta comisaría, ¿está segura de que trabaja aquí? —dijo sin mirarme a la cara.

—Sí, él mismo me lo dijo.

—Pues le han tomado el pelo. —La policía se encogió de hombros y exclamó sin mirarme—. ¡El siguiente!

—Es importante que hable con él, es por el tema de Las Golondrinas.

La mujer policía soltó el bolígrafo y me miró por primera vez desde que había entrado a la comisaría.

—Entonces, usted con quien quiere hablar es con el inspector Agustín Sánchez.

No dije nada, la mujer policía me envió a una especie de sala de espera con sillas de plástico incómodas a más no poder y yo obedecí, le preguntaría al tal Agustín por Áxel, seguro que él sabía quién era, al fin y al cabo, era su compañero. Me pregunté si sería el otro hombre que acompañaba a Áxel el día que este vino a mi casa y no le di más importancia. Sin embargo, el que apareció en mi campo de visión no fue otro que Áxel, él todavía no me había visto y le preguntó a la chica del mostrador por quién lo buscaba.

—Es esa chica de ahí. —indicó la policía y Áxel me miró como si fuera lo último que quisiera ver ese día, se dirigía a mí cuando su compañera lo llamó—. Ah, Agustín, te ha llamado tu mujer.

No me lo podía creer, me sentí la persona más tonta del mundo. Áxel o Agustín, tanto me daba,

se acercó a mí y me dijo solo dos palabras que se me clavaron como puñales, las mismas que me dijo Walter tiempo atrás «puedo explicarlo».

Yo, por mi parte negué con la cabeza, ¿cómo había sido tan ingenua? Me levanté de la silla y pasé de largo por su lado, no sin antes golpear su hombro con el mío.

Salí de comisaría entre lágrimas y corriendo sin mirar atrás, pero cuando estaba a punto de alcanzar mi coche él me agarró fuerte del brazo.

—Valentina, lo siento, no tengo perdón, lo sé, pero es que cuando nos conocimos pensé que sería solo cosa de una noche, por favor, escúchame, todo esto no me hace sentirme orgulloso de mí mismo.

—Déjame en paz, me has mentido en todo, hasta en tu nombre, ¿cómo me pides ahora que te escuche?

—Por favor, tomemos un café, te lo explicaré todo, además, necesitaba aclarar las cosas contigo, ya no podía más —dijo Áxel con desespero.

—Ya, por eso recibí ese mensaje en el que me hacías quedar como una acosadora...

—No me quedó de otra, Valentina, tengo familia, mujer e hijos, ella y yo hemos pasado una mala época y necesitaba un poco de espacio, ¿me entiendes, verdad?

—Yo no entiendo nada, sabías lo mal que estaba yo por la infidelidad de Walter con otra persona y no se te ocurre otra cosa que convertirme en la otra sin saberlo.

—Todo se complicó, de verdad, yo no quería que eso pasara.

—Pero es una maltratadora ¿no?, o eso también es mentira.

Áxel no dijo nada, solo agachó la cabeza.

—¿Y los hematomas?, ¿y las veces que te escuché? Te desahogabas conmigo, joder.

—Soy aficionado al boxeo, los cardenales eran por eso —confesó mientras cerraba los ojos y se mordía el labio inferior.

—No me lo puedo creer, eres una basura, una farsa de tío, no quiero volver a verte en toda mi vida. —Estaba a punto de lanzarle un zapato de tacón a la cara.

—¿Habías venido por algo de Las Golondrinas, no? —Tuvo la desfachatez de preguntar.

—Olvidalo —espeté mientras me subía a mi coche y arrancaba con toda la mala hostia que pude reunir, si no se hubiera apartado lo hubiera acabado atropellando con el enfado que tenía en aquel momento.

Conduje con los ojos bañados en lágrimas, la única persona en la que podía confiar me había metido una puñalada y me había dejado el alma vacía, ya no tenía a nadie, necesitaba gritar y lo hice fuerte, muy fuerte, tanto me daba que me oyeran y me vieran llorar los otros conductores que se paraban a mi lado en los semáforos.

Ahora sí, estaba completamente sola y tenía que sacar a mi madre de ese lugar infernal y alejarme yo también; quitarle a mi madre la idea descabellada de casarse con Cuesta y hacer lo posible por ser feliz y comenzar de nuevo, incluso pensé en que mi madre y yo nos mudáramos a la otra punta del mapa, sí, eso haríamos, todo iba a salir bien, yo no me rendía con facilidad y se lo iba a demostrar a todos los que me habían roto el corazón de alguna forma, había llegado el momento de dejar de poner la otra mejilla, tenía que ser mala, pues conmigo nadie se había portado bien; al menos esos eran mis pensamientos, esos que me ayudaban a impulsarme en mi agujero negro de destrucción, me aferraría con uñas y dientes y sobreviviría.

CAPÍTULO 23

Correr era lo que necesitaba, aquella mañana salí temprano de casa con la certeza de que mi vida no podía ir peor. La situación en Las Golondrinas era tensa, muy tensa. El día anterior Cuesta me llamó a su despacho y me explicó que había tenido que atar a mi madre a su cama, pues había tenido un intento de suicidio aquella madrugada. Me parecía tan difícil creerlo, mi madre ya hacía años que había dejado de lado sus ganas de morir, su depresión ya había remitido y aunque de vez en cuando los coletazos de la misma se hacían presentes, era algo fugaz, siempre se volvía a levantar, era demasiado fuerte aunque ella misma se hiciera la víctima y dijera una y otra vez que estaba fatal, yo sabía que mi madre estaba mejor de lo que los demás pensaban, había estudiado lo suficiente para comprenderla, ese era mi cometido desde un principio y creí que ya lo había conseguido hasta que ella decidió por su propio pie ingresar en aquel matadero.

Salí del despacho de Cuesta, necesitaba comprobar con mis propios ojos cómo estaba mi madre, cuando llegué a su habitación se me cayó el alma al suelo; pues ella permanecía atada a la cama con unas correas de piel que habían conocido tiempos mejores y tenía el camisón manchado de una sustancia amarilla que olía a rayos. Su mirada ida, su actitud, era como un espectro, mi madre podría ser cualquier cosa, pero era incapaz de salir a la calle si no lo hacía hecha un pincel, jamás permitiría que nadie la viera de aquella guisa y ahí estaba, con su dignidad tirada por el suelo por un hombre, porque sí, porque esa era su debilidad. Solo un hombre la podía hacer arrastrarse como si de un gusano se tratara y este no merecía la pena, ¿pero cómo hacérselo ver?, desde pequeña había visto desfilar a uno tras otro por la puerta de nuestra casa y había padecido muchos infiernos en mi niñez. Peleas, droga, alcohol, intentos de suicidio, palizas, todas esas cosas yo las había presenciado como mera espectadora. Tenía claro que si tenía un hijo jamás le haría pasar por semejante calvario, era algo que me corroía por dentro y había marcado mi personalidad hasta hacerla introvertida y reservada.

Yo no tenía amigos de verdad, solo conocidos y lo más parecido a un amigo que había en mi vida en los últimos tiempos era Axel, total, todo era falso y ya tampoco podía contar con él.

La brisa golpeaba mi cara, me sentía libre, asquerosamente libre. Era mi válvula de escape y pensaba explotarla, de alguna manera tenía que liberar toda la tensión acumulada. No entendía cómo había estado tanto tiempo sin enfundarme las zapatillas y practicar aquello que me hacía sentir mejor. La verdad, es que en los últimos tiempos solo salía a correr cuando me sentía muy al límite.

De nuevo advertí que alguien me observaba, era una sensación que últimamente notaba demasiado, lo vi a lo lejos, el hombre del palestino, otra vez llevaba la cabeza completamente tapada y solo se le veían sus ojos.

Apreté el paso, hasta alcanzar la velocidad de una atleta, siempre fui la más rápida, mis profesores decían que podría haber sido una gran profesional, pero mis inquietudes con respecto a la mente humana ganaron la partida, ahora no sabía si la había cagado, por mi empecinamiento en diseccionar los pensamientos humanos había acabado en el peor lugar del mundo para trabajar, en uno donde solo podías salir con los pies por delante, tenía que hacer algo, tenía que alejarme de

Las Golondrinas y del hombre del palestino.

En aquella ocasión no me siguió, solo lo vi de pasada, pero era él.

Entré en casa con el corazón todavía acelerado, había forzado demasiado la maquinaria y sentía que me faltaba el aire, por un momento tuve miedo, pensé que podía darme un infarto, pues una punzada debajo de las costillas me dejó sin respiración.

Intenté tranquilizarme y cuando pude conseguirlo, me metí en la ducha, ahí solo conseguí llorar, estaba sola, demasiado sola, no podía hablar con nadie, incluso pensé en llamar al teléfono de la esperanza.

Salí hacia Las Golondrinas, sabía cómo entraba pero no cómo saldría, rezaba a mi dios imaginario y le pedía que no pasara nada extraño y que mi madre estuviera bien, también que no hubiera más muertes y que todo lo de los experimentos fuese mera invención, aunque esto último no me lo creía ni yo, había certezas, pruebas, sabía que había personas sanas en aquel lugar y que las habían convertido en enfermas a fuerza de mala praxis y todo para que no hablaran, para que no revelaran la verdadera naturaleza de los tratamientos que en Las Golondrinas se llevaban a cabo por un visionario loco que quería demostrar al mundo alguna paranoia nacida de su retorcida mente.

Pasé el día entre expedientes y tuve pocos pacientes. La aparente calma en el lugar me ponía a veces mucho más nerviosa, porque la tensión la podía respirar en el ambiente y se me clavaba en el alma como cuchillos transparentes.

Cuando terminé mi jornada decidí visitar a mi madre. Recogí la consulta, agarré la chaqueta y el bolso y salí al oscuro pasillo. El lugar era muy lúgubre, con esos techos abovedados y las moscas negras que se posaban en las paredes continuamente.

Caminé hasta el pabellón dónde se encontraba mi madre, era el de observación, en teoría, allí llevaban a los pacientes que estaban enfermos.

Entré en la habitación, pero algo me hizo retroceder unos pasos, el hombre del palestino tenía una jeringuilla en la mano y estaba manipulando la vía que le habían puesto a mi madre quién sabe por qué motivo.

—¡Oiga!, quite las zarpas de mi madre —le increpé.

El hombre se giró, abrió mucho los ojos y salió de la habitación dándome para ello un empujón que me hizo caer al suelo.

Tenía que avisar a seguridad y es lo que hice, al cabo de dos minutos Cuesta y un guardia de seguridad aparecieron en el umbral de la habitación que ocupaba mi madre.

—Valentina, ¿qué ha pasado? —preguntó Cuesta aún intentando recuperar el aliento.

—Había un hombre aquí y le estaba inyectando algo a mi madre en la vía.

—¡Joder! —exclamó Cuesta y prácticamente arrancó la vía del brazo de mi madre.

Estuve a punto de reclamarle, sin embargo, me mantuve en silencio.

—Voy a llamar a la policía —dije con decisión.

—No, Valentina, no merece la pena, en un momento revisaremos a tu madre, estoy seguro de que si hubiera conseguido su cometido le hubiera pasado algo y como puedes ver, tu madre sigue bien, ni se ha dado cuenta, está sedada.

—Pero, señor Cuesta, no podemos dejar correr el asunto, alguien ha intentado matar a mi madre.

—Bueno, eso no lo sabemos, no ha pasado nada y eso es lo que importa.

—No ha pasado nada porque he llegado yo, sino a saber qué hubiera pasado, quizás ahora mi madre estaría muerta.

—Valentina, estás muy nerviosa, vete a casa, cuidaremos de ella y yo mismo llamaré a la

policía, no te preocupes.

—No puedo irme, no con lo que ha pasado.

—Tampoco puedes quedarte, el horario de visitas ha acabado y tu jornada de trabajo también, nadie puede permanecer en el recinto, salvo los pacientes y el personal del turno de noche.

—Doblaré turno —dije con evidente enfado.

—No es posible, Valentina, tengo la impresión de que no confía en la profesionalidad de nuestro equipo, sus compañeros.

Me mordí la lengua, no confiaba en nadie, mucho menos en ese energúmeno, pero tampoco quería cabrearlo, estaba segura de que mi madre sufriría las consecuencias.

Me costó un mundo salir ese día del edificio del que en realidad quería huir a toda cosa, sin embargo, una parte de mí se quedaba allí dentro con ella, con la persona que me había dado la vida, aunque esta no hubiera sido de color de rosa, era mi madre y me dolía demasiado.

No podía dejar correr el asunto, eso sí, por lo que decidí tragarme el orgullo y visitar a Áxel, Agustín o como se llamara para explicarle lo ocurrido.

Me subí en mi coche y tuve que intentar arrancarlo en varias ocasiones, cuando ya pensé que tenía que llamar a la grúa mi viejo trasto cobró vida.

Se había hecho de noche y la carretera estaba solitaria, solo el haz de luz de unos faros detrás de mí me servían de compañía, faros que hacía ya un buen rato que me seguían. Algo hizo clic en mi embotado cerebro, era un poco extraño que ese coche llevara todo el trayecto detrás del mío, me seguía, no había duda, tenía que actuar rápido, por ello me desvié sin venir a cuento y aceleré, el coche imitó mi gesto y mi respiración se aceleró a la vez que el cuentarrevoluciones de mi vehículo. Presioné el acelerador todo lo que fue posible, estaba forzando demasiado a mi trasto, no podía creerme que pudiera correr tanto, pues iba a ciento cincuenta en un tramo señalizado a noventa.

De pronto, el vehículo de mi persecutor me adelantó y respiré tranquila, todo había sido una de mis paranoias. Eso es lo que pensé en los próximos dos minutos, hasta que vi el coche atravesado en la carretera, tenía unas luces azules muy sospechosas en la parte delantera.

Estupendo, pensé, pues era un coche de la policía de incógnito.

Disminuí la velocidad hasta detenerme en el arcén y me bajé del coche. Me acerqué al vehículo, un Seat Altea gris oscuro metalizado y vi que no había nadie sentado en el asiento del conductor. ¿Y si era una trampa?, retrocedí unos pasos hasta sentir unas manos firmes que agarraban mis brazos por detrás y me hacían girar como una peonza. Luché por zafarme y lo conseguí al propinarle a mi captor una patada en los testículos. Él cayó al suelo dolorido y yo corrí hacia mi coche, sé que no debía hacerlo, pero la tentación fue más fuerte que la razón y miré hacia atrás, mi persecutor era el hombre del palestino, apreté el paso, pero algo se clavó en mi espalda y debilitó todos mis músculos haciéndome caer al suelo.

CAPÍTULO 24

Me desperté antes que nadie en la casa de mi amigo Víctor, sin pensármelo mucho, me vestí y salí a la calle, el tiempo amenazaba tormenta y hacía frío. Me cubrí la cabeza con la capucha de mi sudadera y desaté la bicicleta que había dejado en un árbol, me sorprendió que todavía estuviera allí, los robos eran continuos en mi antiguo barrio.

Pedaleé frenéticamente, quería hablar con el padre Ezequiel, no sabía si tendría suerte, pues mi último intento fue una especie de ensoñación maldita. No podía quitarme de la cabeza lo ocurrido la noche anterior con ese engendro que se hacía pasar por mi hermana y mi madre que estaba totalmente hechizada y dominada por ella.

Cuando llegué a la ermita debían ser cerca de las ocho de la mañana, me pareció ver desde lejos una figura humana, estaba cerca de un pequeño edificio circular. Abrí la boca sorprendido, pues era el esconjuradero de mis sueños; me acerqué, tenía mucho miedo, sin embargo, la curiosidad y la sorpresa me llevaron frente al edificio.

La figura humana había desaparecido, llegué a pensar que me la había imaginado, que desde lejos podía haber confundido un arbusto. Por aquella época no veía muy bien y se lo había escondido a mis padres para no tener que llevar gafas, ya tenía bastante con mi cara empedrada de granos, si ya era un pringado, con las gafas lo sería doblemente; los chicos del instituto eran muy crueles conmigo y mis amigos.

Entré en el esconjuradero, el suelo estaba lleno de hojas de plátano de carretera, a decir verdad, las inmediaciones de la ermita también lo estaban, era otoño y los colores ambarinos y marrones predominaban, el paisaje era bonito a la par de inquietante, pues ese día, el gris eclipsaba a cualquier tono cálido. De pronto, escuché un chasquido y vi en el suelo un escorpión, retrocedí asustado; lo tenía muy cerca.

—Hola, Adrián —susurró una voz melosa tras de mí.

Me giré lentamente y ahí estaba ella, la misma mujer que había visto ocho años atrás en el descampado, la misma que se llevó a Dara de la mano, la que siempre creí culpable de su transformación.

La acompañaban los dos chicos de entonces, era curioso, parecía que no había pasado el tiempo por ellos, seguían jóvenes, habían pasado demasiados años, casi una década e incluso, vestían con la misma ropa extraña de aquel día.

—¿Quiénes sois? —pregunté.

—Somos tus guías, no te preocupes, somos amigos, ven con nosotros, te mostraremos la vida que siempre quisiste vivir —dijo la mujer.

Apreté los puños y grité con todas mis fuerzas:

—Vosotros os llevasteis a Dara, vosotros la cambiasteis por un monstruo, ¿dónde tenéis a mi verdadera hermana?, ¿dónde está?

—Ella decidió, ella aceptó, nosotros solo cumplimos su voluntad y la guiamos, como ahora queremos hacer contigo, no te resistas, déjate llevar, es una sensación increíble.

La chica se acercó a mí hasta quedar a escasos milímetros de mi cuerpo, sentía una energía

extraña, algo que la envolvía y me atraía como un imán. Por aquella época podía tener una erección por ver una chica guapa en la televisión, pero en aquel momento, sentí que mi miembro iba a explotar, de nuevo ese deseo irrefrenable me dominaba.

Ella posó sus labios en los míos y sentí el mal apoderarse de mí, enraizar en mi cuerpo y atraparme poco a poco, quería más, era una sensación placentera, demasiado placentera, estaba muriendo, me estaba consumiendo, Adrián dejaba de existir y algo se instalaba en mi cuerpo, no, no podía permitirlo y grité con todas mis fuerzas mientras la empujaba, grité que me dejara en paz, que se fuera de mi lado, que me devolviera a mi hermana y la insulté.

Un viento arremolinado se levantó a mi alrededor, las hojas volaban en el interior del esconjuradero. La bella mujer se transformó en un ser oscuro y horripilante, mientras sus dos esbirros se disponían a caer encima de mí yo, que vi sus intenciones, aproveché para escapar, corrí con todas mis fuerzas y me refugí en la ermita.

Cerré la puerta y me dirigí a la pila de agua bendita, hice lo que le había visto hacer a las vecinas beatas de mi barrio en muchas ocasiones cuando íbamos mis amigos y yo a reírnos de ellas a la iglesia, mojé los dedos en el agua e hice una cruz tocándome la cabeza, el pecho, y los hombros.

Algo en mi interior palpitó, fue algo extraño, como un ardor en el estómago, algo que se movía, algo que se gestaba dentro de mí desde que Dara me había intentado poseer y se había hecho más fuerte con la experiencia que había tenido con aquel ser maligno en forma de mujer hermosa.

Ví al padre Ezequiel entrar en el confesionario y lo seguí.

Me arrodillé delante de la celosía y dije un simple:

—Hola.

—Ave María purísima —dijo el padre Ezequiel en ese tono cantarín que utilizan los sacerdotes.

—Necesito hablar con usted.

—Ave María purísima—apuntó el padre y luego añadió—, has de decir, Ave María purísima, hijo.

Respiré profundamente, no me habían educado en nada que tuviera que ver con la religión y a esa edad me causaba risa, aunque en aquel momento, lo menos que quisiera fuera reírme.

—Ave María purísima —susurré tímidamente.

—Sin pecado concebida —respondió el padre Ezequiel.

Un silencio sepulcral hizo que solo se escuchara el cantar del viento.

—Tú dirás, hijo.

Sin muchas esperanzas de que ese hombre me ayudara y aferrándome a un clavo ardiendo, comencé a hablar.

—No sé si me recordará, vine junto con mis amigos y con Antonia, la madre de uno de ellos hace seis años.

El padre aceleró su respiración.

—Le pedimos ayuda, pero usted no quiso escucharnos y nos echó de aquí, nos negó esa ayuda, sin embargo, es usted la única persona que puede ayudarnos.

—¿Por qué estás tan seguro de ello? —preguntó el sacerdote con voz temblorosa.

—Porque ese día vi su expresión, vi el miedo en su cara y me di cuenta de que sabía de qué le hablábamos. Además, Antonia, la madre de mi amigo Víctor me dijo que usted podía practicar un exorcismo, que lo había hecho en alguna ocasión.

El padre Ezequiel respondió con silencio y yo seguí hablando.

—Creo que en el cuerpo de mi hermana habita un demonio, un ser maligno que ha intentado poseerme, ayer, padre, mi hermana intentó tener relaciones sexuales conmigo y hoy, una mujer me

ha besado en ese edificio que hay ahí fuera.

—¡Qué mujer!, ¿es esto una broma?, porque si lo es te estarás condenando, esto es la casa de Dios.

—No, padre Ezequiel. —Rompí a llorar—. Estoy asustado, algo maligno me ronda, había algo dentro de mí, lo sentía palpar en el estómago, pero esa agua que tiene usted en la entrada lo ha neutralizado.

—El mal todavía no estaba dentro de ti, has tenido suerte —dijo el sacerdote en un tono afligido.

—¿Quiere decir que ya no está?, ¿que se ha ido?

—Puede ser que sí, ¿dejaste que esa mujer te besara?

—Primero fui incapaz de resistirme, pero pude con ella y le grité y la empujé lejos de mí.

—Entonces, quizás puedas haber expulsado el mal que se gestaba en tu cuerpo. Tu hermana intentó pasártelo ayer, pero no lo consiguió, por ello hoy te visitaron los otros, los guías.

—Eso mismo dijeron, querían llevarme con ellos, decían que me guiarían y me prometían una vida maravillosa.

—Ya no les sirve tu hermana, debe haber algo que la haya debilitado, ella sigue igual que entonces, ¿verdad?

—Sí, mi hermana ha ido incluso a peor, pero en los últimos días no hacía más que rondarme, y yo, padre, tenía un deseo extraño por ella, no la veía como a mi hermana, sino como a una mujer deseable y eso me duele, no sabe cuánto.

—Es el Dybbuk, está débil y necesita otro ser más fuerte que el que habita actualmente.

—¿Dybbuk?, ¿qué es eso?

—Un alma errante que se aferra a los cuerpos humanos, para vivir en él o para terminar algo que en vida les quedó pendiente.

—¿Es un espíritu entonces? —pregunté sorprendido.

—Bueno, es solo energía, aunque se dice que suelen ser almas de personas que en vida pecaron, son demonios ancestrales, típicos del folclore judío.

—¿Cómo podemos deshacernos de él?, ¿puede practicarle un exorcismo a Dara? —tras decir esto se me ocurrió una mejor idea.

—Dicen que con la música ceremonial tocada con el cuerno de un carnero se puede hacer salir al Dybbuk de su anfitrión.

—¿Puede hacerlo? —pregunté esperanzado.

—Creo que deberías buscar un rabino, yo no puedo ayudarte.

—¿Sabe dónde puedo encontrar uno?

—No, no conozco a ninguno, pero en la ciudad hay una iglesia judía, puede que el rabino pueda informarte mejor que yo acerca de esas entidades.

—Gracias por la información —dije con sinceridad.

—Ahora, si no quieres confesarte, será mejor que te vayas.

—Una cosa más, padre Ezequiel, ¿padre Ezequiel? —El sacerdote se había marchado, parecía que se lo hubiera tragado la tierra.

Salí de la iglesia mirando a todas partes, no había rastro de los tres extraños personajes.

Volví al barrio con una sola idea en la cabeza; sabía que Dara no se prestaría a un exorcismo, sin embargo, en mi mente estaba la solución a ese problema, sabía que me arriesgaba, pero era la única forma de acabar con todo el mal que se cernía sobre mi familia.

CAPÍTULO 25

Estaba atada de pies y manos dentro de un maletero, la sensación era del todo asfixiante y no dejé de gritar durante todo el trayecto. Ese energúmeno había aprovechado mi debilidad al dispararme con una pistola Taser. Sentí que estaba viviendo las últimas horas de mi existencia y toda mi vida pasó por mi mente como si de una película se tratara. Mi maltrecha infancia, los continuos desengaños amorosos de mi madre, aquellos hombres que me trataban despectivamente, el *bullying* en el colegio, la temprana ausencia de mi hermano, porque cuando tuvo la oportunidad se fue de casa, esa vida solitaria sin amigos, sin un padre. Walter y mi intento frustrado de formar una familia, Las Golondrinas, Adrián Cabano, la traición de Áxel, mi próxima muerte.

Me puse en lo peor, imaginé mi cuerpo destripado y mi fotografía en los informativos, desaparecería y jamás me encontrarían, acabaría siendo un misterio sin resolver, uno de esos que toda la vida se recuerda de vez en cuando.

El vehículo se detuvo y el hombre del palestino abrió el maletero, yo tenía preparados los dos pies atados para darle una buena patada en la boca y lo intenté, pero él ya se esperaba mi reacción y agarró mis pies.

De pronto, comenzó a quitarse el palestino y mi sorpresa fue mayúscula cuando vi el rostro de mi captor.

—¿Tú? —pregunté con rabia.

—No me ha quedado de otra que comportarme así contigo, ibas a meter la pata y tenía que impedirlo. —Tenía delante al mismísimo Adrián Cabano.

—O sea, ¿que todo este tiempo has sido tú la persona que me vigilaba?, no me lo puedo creer, eres un jodido psicópata.

—Sí, ¿verdad? —dijo con una sonrisa cínica.

—Sabes que si me haces algo sabrán que has sido tú, ¿verdad?

—Nadie sabe que estoy aquí, en Las Golondrinas piensan que tengo visita con el neumólogo, ya sabes, fumo demasiado y eso me pasa factura.

No podía creer que Cabano hubiera llegado tan lejos, estaba aterrada, me hallaba sola en medio de la nada con un individuo al que apodaban el Príncipe Descuartizador.

—Valentina, no es lo que piensas, ha llegado la hora de decirte la verdad y espero que me escuches y no hagas tonterías, voy a desatarte.

«Perfecto, en cuanto me vea libre le meto una patada en los huevos y salgo corriendo, esta vez la Taser no podrá atraparme, eso seguro». Pensé. Sin embargo, Cabano hizo algo que me dejó de piedra.

—Mira, esta es mi placa, soy policía y estoy infiltrado en Las Golondrinas desde hace un par de años.

—¿Perdona?, a ver, que me he perdido, me estás tomando el pelo, ¿verdad? —dije atropelladamente.

Cabano negó con la cabeza.

—Mi verdadero nombre es Víctor Lagos y soy policía, estoy infiltrado en Las Golondrinas

desde hace dos años como ya te he dicho.

De todos los disparates que esperaba escuchar de la boca de Adrián Cabano, ese era el más gordo que podía haberme dicho. Estuve a punto de reírme en su cara, aunque la situación no era de risa.

—¿Puedes dejar de inventar patrañas de una vez?, ¿qué hago aquí y por qué me has secuestrado?

—Te estoy diciendo la verdad, ¿te parece tan descabellada?

—A decir verdad, me parece que debo ser una ingenua que vive en un mundo de personas que van por ahí engañándome hasta en su nombre, qué casualidad, parece que los policías no sois muy de fiar —dije recordando la guarrada que me había hecho Áxel.

—Valentina, no me ha quedado de otra, para Cuesta, soy un psicópata peligroso, para él y para todo el personal de Las Golondrinas.

—Sí, un psicópata con privilegios y con un comportamiento bastante ambiguo, demasiado desconcertante, debí darme cuenta desde un principio —espeté.

—Quizás, para una profesional como tú pueda ser extraño mi comportamiento, pero créeme, todo tiene una explicación.

—¿Entonces?, la historia que me fuiste explicando en nuestras sesiones, ¿era mentira?

Víctor agachó la cabeza y negó con la misma.

—Todo lo que te conté es cierto, no te he mentado en nada.

—¿Existe Adrián Cabano?

—No, y sí.

—¿En qué quedamos? —pregunté con los brazos en jarra y el ceño fruncido.

—Adrián Cabano es un personaje que creamos en mi departamento con el fin de proporcionarme una historia, una razón para estar dentro de aquel lugar, se realizó un trabajo excepcional para hacerlo totalmente creíble.

—No entiendo nada.

—No es lo que piensas, el verdadero Adrián Cabano se llamaba de otra forma y fue mi mejor amigo, la historia que te conté es cierta.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque yo fui parte de ella. Verás, Valentina.

» Te he hablado de mí en nuestras sesiones, de mí, de mi hermana y mi familia. En mi historia cambié algunos nombres para que nadie pudiera atar cabos, pero te juro que todo es cierto, es más, necesitaba contárselo a alguien, porque es algo que todavía pesa en mi conciencia.

» Yo soy Víctor, el amigo de Adrián, para no confundirte, seguiré hablando de ellos como siempre lo hice, con sus nombres ficticios.

» Nos quedamos en la visita de Adrián al padre Ezequiel cuando teníamos dieciséis años, ¿verdad?

Asentí con la confusión pintada en la cara, sin embargo, sentía una intriga increíble y una sensación de alivio que no era capaz de explicar. Adrián Cabano, el psicópata no existía, al menos, en la persona de Víctor Lagos. Eso me hizo pensar en los sentimientos que llegué a tener por él, la cosa había cambiado y podía ser posible, ¿por qué pensaba eso en aquel momento?, quién sabe, la mente humana es complicada y la mía no lo era menos.

Decidí escuchar la historia que Víctor tenía que contarme, esperaba que esta vez, todo se aclarara en mi cabeza de una vez. Pero había algo que no cuadraba y tenía que preguntárselo.

—Entonces, si eres policía, ¿me puedes explicar qué hacías delante de la cama de mi madre con una jeringuilla?

Víctor me miró extrañado y se llevó las manos a la cabeza.
—No sé quién pudo hacer tal cosa; desde luego, no fui yo.

CAPÍTULO 26

Aquella mañana Dara vino a visitarme, llegó a mi casa desaliñada y hecha un mar de lágrimas, no sé lo que me pasó exactamente, pero la vi tan vulnerable que pasé por alto todo lo que había visto de ella en los últimos ocho años. Todos sabíamos que era un ser mezquino que utilizaba a los demás a su interés, pero había algo que yo había escondido en mi interior y era el sentimiento que albergaba en el corazón, pues estaba enamorado de ella hasta las trancas. Nunca lo admití, no podía hacerlo, sería traicionar a mi amigo, porque esa chica a la que yo amaba no era la verdadera Dara, sino un engendro del mal según mi amigo y mis padres.

Yo siempre estuve al lado de Adrián, sin embargo, había ocasiones en las que me costaba horrores ver a Dara como un monstruo.

En mi casa no era bienvenida, pero aquella mañana, no había nadie más que yo. Mi madre había salido a hacer la compra y mi padre estaba en el trabajo. Al despertar vi una nota de mi amigo, había pasado la noche en casa y tenía que explicarme algo, también decía que había salido a buscar una solución.

—Siento haber venido a tu casa, sé que aquí nadie me quiere, todos me culpan de lo que le pasó a Meli, pero yo no tuve nada que ver —dijo Dara entre sollozos.

La hice pasar a mi habitación, no podía dejarla en el umbral de la puerta en ese estado.

Ambos nos sentamos en mi cama y Dara comenzó a hablar mientras yo permanecía callado sin apartar mis ojos de los suyos.

—No sé lo que le pasa a Adrián, ayer hizo algo que... —hizo una pausa para limpiarse las lágrimas—, que no es propio de un hermano.

—¿Qué pasó? —pregunté con cautela, pues no sabía si podía confiar en ella, quizás todo fuera una trampa.

—Ayer Adrián intentó violarme —soltó a bocajarro.

A mí me costaba creer esa acusación, Adrián sería incapaz de forzar a ninguna mujer, pues él era más bien tímido, era inofensivo, lo conocía bien, no era alguien que diera ese perfil, pero Dara estaba tan afligida que me llegué a plantear si de verdad podía confiar en mi amigo. Además, el hecho de que hubiera dormido en mi casa y hubiera llegado tarde, cuando yo ya dormía era cuando menos extraño.

—Dara, Adrián es incapaz de hacerle daño a una mosca y tú lo sabes.

—¿Es que no me crees?, jamás inventaría algo como eso y, menos aún, te lo diría a ti que eres tan amigo de mi hermano.

—Te entiendo, Dara, pero es que no sé, es algo que me cuesta asimilar, no veo a mi amigo, que es como un hermano para mí, haciendo eso. ¿No habrás confundido sus intenciones?

—¿Confundido?, ¿confundido qué eh, Víctor?, me desnudó a la fuerza y se puso encima de mí, no podía moverme. Intentó forzarme y menos mal que mi madre llegó a tiempo, sino quién sabe lo que hubiera pasado.

El tema era preocupante y yo no sabía qué pensar. Por una parte, ponía las manos en el fuego por mi amigo, pero por otra, Dara parecía sincera.

—Por lo menos podrías darme un voto de confianza, al menos eso, nadie me va a creer y yo necesito apoyo, estoy destrozada y no dejo de pensar en el miedo que pasé.

Dara lloraba sin parar, no sabía qué hacer y ella se acercó a mí, posó su cabeza en mi hombro y sentí la necesidad de abrazarla y consolarla, fue algo instintivo. La apreté contra mi pecho y ella acercó su boca a mi oído. Susurró unas palabras en un idioma que no pude identificar, tampoco tenía claro qué había dicho, solo sé que desde ese momento sentí la necesidad de hacerla mía.

Fue como un canto de sirena, algo que no pude controlar, Dara dejó de llorar y me miraba de manera lasciva. Yo soñaba con ser correspondido y mi sueño se estaba haciendo realidad, pero no como yo quería. Lo que sentí era como un impulso, algo demasiado primario, algo, que no había podido experimentar todavía a mi temprana edad.

Dara posó sus labios sobre los míos y me besó de manera intensa, pobló mi boca con su lengua, yo no podía participar, era ella quien llevaba la iniciativa, era tan placentero que me dejé llevar. De pronto sentí que algo enraizaba en mi cuerpo, como si unos filamentos salieran de la boca de Dara y se enredaran en mi organismo. Tuve miedo, sabía que algo no iba bien, sin embargo, era incapaz de retroceder, de dejar de experimentar aquella sensación. Todo se tornó oscuro a mi alrededor, no había nada, solo yo conmigo mismo, sentía la lengua de Dara invadiendo mi boca, mi cuerpo, mi alma, pero no la veía. En su lugar la vi a ella, a Meli, negaba con la cabeza e intentaba decirme algo, pero unos brazos que salían de la nada la retenían y le tapaban la boca.

Meli intentaba impedir algo y gritaba una sola palabra, «no», fue entonces cuando volví a la realidad, la puerta de mi habitación se había abierto y Adrián se abalanzó encima de Dara y le dio un empujón que la hizo caer al suelo. Entonces vi su cara, no era la bella cara de muñeca de Dara lo que me miraba desde el gres marmolado de mi casa, era una criatura con ojos de felino y un gran agujero del que salían tentáculos en la boca.

—¡Dios! ¿qué es eso? —pregunté sorprendido y asustado.

—Es un demonio, no es mi hermana, como no ha podido poseerme a mí lo ha intentado contigo.

La cara de Dara volvió a la normalidad, ella se levantó del suelo, nos miró de manera desafiante y salió corriendo de la habitación, segundos después oímos un portazo.

Adrián jadeaba como si hubiera corrido una gran maratón y yo estaba tan sorprendido que no conseguía articular palabra.

—Te ha ido de poco, tío. Pero ¿se puede saber en qué estabas pensando?, ¿qué hacías besándote con ella? —preguntó Adrián muy enojado.

—Llegó aquí llorando y muy asustada, decía que tú la habías intentado violar.

Adrián negó con la cabeza.

—Eso es falso, ¿te lo creíste?

—No, Adrián, pero Dara hizo algo, me susurró algo y luego...

—Sentiste un impulso que hizo que la besaras, ¿verdad?

—Sí, eso fue lo que pasó. —Me cubrí la cara con las manos, me sentía avergonzado.

—No te sientas mal, vengo de hablar con el padre Ezequiel, necesitamos un rabino, el demonio que hay dentro de mi hermana es un *Dybbuk*.

—¿Un qué?

—Un bicho que está buscando nuevo inquilino porque Dara ya no le sirve y si nada lo remedia, acabará dentro de alguno de nosotros, ayer lo intentó conmigo y hoy, han venido a visitarme aquellos tres que se llevaron a Dara hace ocho años, tenemos que hacer algo y tenemos que hacerlo ya.

Pedaleamos los dos hasta el centro de la ciudad, estuvimos buscando por internet la localización de la sinagoga judía y aunque estaba un poco lejos, el motivo valía nuestro esfuerzo.

Dejamos las bicicletas atadas a una farola y nos dispusimos a entrar en el local que parecía de todo menos una iglesia. Era una nave industrial vieja y destartalada, como si la pequeña población judía que vivía en nuestra ciudad hubiera improvisado un lugar donde poder practicar su religión.

En el interior hacía frío y el rabino, al vernos entrar, se acercó a nosotros con curiosidad.

Era un hombre de baja estatura, rechoncho y llevaba la típica kipá judía.

—Hola, jóvenes, ¿en qué puedo ayudarlos? —preguntó con afabilidad.

—Soy Adrián y él es mi amigo Víctor, necesitamos hablar con usted, ¿nos puede atender ahora?, es muy importante.

El rabino miró su reloj de pulsera y dijo:

—Tengo un curso de informática en veinte minutos, si no es algo muy extenso, seguid por esa puerta de ahí. —Señaló una puerta decorada con la estrella de David—. En un momento os podré atender.

Hicimos lo que nos dijo el rabino. La sinagoga judía de la ciudad, era un lugar que no llamaba la atención, ni siquiera había fuera ningún distintivo que hiciera pensar que allí había un templo judío. En el exterior tenía aspecto de nave industrial, en cambio, en el interior el ambiente era acogedor y muy diferente a las iglesias cristianas con su típico olor y su frialdad.

Al entrar en la sala, hallamos una mesa de reuniones con varios sillones de polipiel, Adrián y yo nos miramos, nos esperábamos algo parecido a una sacristía.

Tomamos asiento y esperamos un par de minutos hasta que apareció el rabino.

—Bueno, ¿qué es eso que necesitáis hablar conmigo? —preguntó el hombre con las manos entrelazadas y los codos apoyados en la mesa.

Adrián le explicó la situación ante el asombro del rabino, que en varias ocasiones negó con la cabeza. Cuando mi amigo acabó su relato, el rabino cerró sus ojos y respiró profundamente antes de decir:

—Por lo que me dices, no estoy seguro de que lo que ha poseído a tu hermana sea un *dybbuk*, esos guías de los que me has hablado, jamás había oído hablar de ellos y menos aún, que estuvieran ligados a un demonio ancestral como es el *dybbuk* que por regla general va solo.

—Estamos desesperados, como ya le he dicho, ha intentado poseernos a mí y a mi amigo, necesitamos que le haga un exorcismo, por favor. —El tono de Adrián era de súplica.

—Lo siento, pero creo que no puedo ayudaros, nunca me he enfrentado a algo similar y no sé si pueda ser efectiva mi actuación.

—Por favor, no conocemos a nadie más, necesitamos su ayuda.

El rabino miró de nuevo su reloj, todavía faltaban al menos diez minutos, sin embargo, intentó deshacerse de nosotros, nos dijo que tenía prisa y se disponía a levantarse de su silla, cuando Adrián alzó la voz.

—¡Nadie nos quiere ayudar!, mi hermana me ha acusado de intentar violarla, ¿me oye?, mi casa es un infierno. Mi padre cada día está peor desde que esa cosa se metió dentro de Dara. Mi madre es un ser sin voluntad que me odia sobre todas las cosas y obedece a mi supuesta hermana a pies juntillas. La hermana de mi amigo murió por culpa de ese demonio e hizo también desgraciada a su familia. ¿Se da cuenta de la gravedad del asunto?, solo queremos recuperar nuestras vidas, por favor, ayúdenos, saque a ese ser malvado del cuerpo de mi hermana.

El rabino volvió a sentarse en la silla, frunció el ceño y habló:

—Está bien, puede que os ayude, pero dejadme un par de días, he de pensar, volved pasado ese

tiempo y os daré una respuesta definitiva.

Adrián y yo salimos de la sinagoga con una pequeña esperanza, no teníamos el sí definitivo, pero tampoco un no rotundo; estábamos muy perdidos, por lo que esa pequeña llama nos hizo sentirnos optimistas.

Volvimos a mi casa, era hora de comer.

Mi madre había preparado comida para todos y había puesto un plato para Adrián en la mesa. Sin embargo, él no tenía mucha hambre y apenas probó bocado.

—Debería irme —dijo tras tomar el postre.

—No molestas, Adrián, ya sabes que puedes quedarte el tiempo que haga falta. —Mi madre conocía demasiado bien a mi amigo, y sabía que se sentía mal por la forma en la que había irrumpido en nuestra casa.

Desde la muerte de Meli, cada vez que subía a casa se ponía nervioso y apenas hablaba. De alguna manera, Adrián se sentía culpable de su muerte, es más, fue su primer amor y aunque eran dos críos por aquel entonces, estaba seguro de que de haber estado Melisa viva, Adrián habría acabado siendo mi cuñado. En cambio, ahora faltaba una pieza en nuestro rompecabezas, una pieza que lo cambiaba todo, una pieza crucial. Y por el contrario sobraba otra. Dara estaba demasiado lejos, por lo que no había sido una pérdida sino dos, Adrián y yo habíamos perdido a nuestras hermanas, aunque la suya conservara su apariencia y no fuera más que una vaina.

CAPÍTULO 27

El que yo pensaba que era Adrián me llevó hasta donde mi coche estaba aparcado, había llegado la hora de asumir que se llamaba Víctor y que todo lo que yo opinaba con respecto a él se había esfumado.

Víctor no había acabado de contarme su historia, era demasiado larga. Prometió seguir con su relato hasta hacer que yo lo entendiera todo, sin embargo, me pidió algo difícil de cumplir.

Seguir con mi trabajo como si nada hubiera ocurrido, como si él fuese Adrián Cabano y yo la psicóloga que lo atendía.

Le pregunté por su coma de días atrás, me dijo que el precio que había tenido que pagar por llevar esa investigación era alto y que no podía revelarme aspectos importantes del caso, que confiara en él y que no fuera a la policía por nada del mundo.

No supe si tomarme aquello como algo bueno o malo. Por una parte, ya no estaba sola, pero por otra, mi madre estaba en peligro y mi integridad física podía verse alterada. Hice algo por ella, le dije a Víctor que cumpliría con lo que me pedía, no obstante, para ello, necesitaba asegurarme de que mi madre no quedaría desamparada bajo los tentáculos de Máximo Cuesta. Víctor me prometió que estaría pendiente de ella, eso hizo que una pequeña luz se iluminara en mi camino lleno de espinas.

Me despedí de Víctor y subí a mi casa. Tras darme un baño largo y relajante, dormí toda la noche por primera vez en muchos días.

A la mañana siguiente abrí mi armario y elegí un atuendo más colorido de lo que era costumbre en mí. Estaba de buen humor y por primera vez en muchos días, no sentía una nube gris que rodeaba mi cuerpo. Desayuné un café y unas tostadas y me dispuse a marcharme hacia Las Golondrinas.

Durante el trayecto recibí una llamada, era de mi hermano, le había escrito un correo electrónico un par de días antes para explicarle la situación de nuestra madre. Pensé que no contestaría, pues Alberto se marchó precisamente porque no podía con las excentricidades y el modo de vida de mi madre. Él quiso llevarme con él, pero mi progenitora se negó rotundamente y ante eso, él, que apenas había cumplido los dieciocho, no pudo hacer nada. Me prometió que regresaría a por mí algún día, pero nunca lo hizo. Alberto conoció a un chico y desde entonces vivían juntos a doscientos kilómetros de mamá y de mí.

Yo siempre supe que a él no le gustaban las chicas, aunque no era el típico chico afeminado, había algo en él que lo delataba, entre otras cosas, la manera de mirar a su mejor amigo.

Mi hermano bebía los vientos por él y este ni se enteraba, un día, decidió declararse y Mario, que así se llamaba, lo rechazó de la peor forma, por ello, y porque pensaba que su vida era una porquería y al lado de nuestra madre no podría ir a mejor, puso tierra de por medio y tuvo suerte,

muchísima más que yo.

—Hola, peque, ¿qué tal? —La voz de mi hermano se escuchó en el manos libres de mi móvil y me hizo sentir nostalgia, yo ya no era tan «peque».

—Bueno, ya te expliqué cómo estaba todo, mamá, ya sabes...

—Lo de siempre. Hace tiempo que deberías haber hecho tu vida aparte.

—Tuve que volver, ya lo sabes.

—Ahora tienes un trabajo, ¿por qué sigues allí?

—Es largo de contar, Alberto, pero dime, ¿cómo estás tú?

—No me quejo, ahora Ander y yo queremos ser padres.

Me hizo gracia que mi hermano quisiera tener un hijo, pues odiaba a los niños, no le gustaban nada de nada.

—Iremos fuera de España, queremos que tenga al menos parte de uno de nosotros y ¿adivina de quién?, estoy muy contento, lo decidimos hace apenas unos días, pero queremos que sea lo más rápido posible.

—Me alegro —dije con cierta nostalgia, recordé entonces ese momento en el que Walter y yo decidimos ser padres y sentí de pronto una congoja que no pude controlar.

—Valen, ¿estás ahí? —Al parecer, mi hermano me había preguntado algo, pero perdí el hilo de la conversación y decidí que era el momento de ponerle fin.

—Alberto, si te parece, luego hablamos, estoy conduciendo y llevo el móvil en la mano —mentí.

Mi hermano se despidió de mí no sin antes decirme que quizás se pasaría para visitar a nuestra madre, sabía que no lo haría.

Al entrar en mi consulta, percibí el olor característico de los cigarrillos de Cuesta, había estado allí y no me gustaba nada que cotilleara entre mis cosas. Apreté la mandíbula e inspeccioné la estancia para buscar indicios de las manazas de mi jefe, no encontré nada fuera de lo normal.

Me senté, encendí el ordenador y miré el listado de pacientes, entre ellos se encontraba Adrián Cabano, asentí con la cabeza. Me pareció demasiada casualidad, pues hacía días que ya no lo trataba. Recordé sus palabras una y otra vez, que confiara en él, que solo hiciera mi trabajo, iba a ser difícil, yo era demasiado impulsiva y necesitaba solucionarlo todo, Walter me decía que ese era mi problema, que pensaba en mí misma como en una heroína que todo lo podía, sin embargo, estaba demasiado equivocado, yo solo era una persona a la que le gustaba llevar el control y la mejor forma era siendo yo la artífice y supervisora de todo lo que tenía que ver con las circunstancias que vivía en cada momento.

Atendí a los pacientes con impaciencia, sí, reconozco que la tenía y, además, de nuevo sentía aquella atracción hacia ese hombre imponente, hasta el momento de su confesión fue algo que intenté descartar, obviar; no quería sentirme atraída por un psicópata, pero por un policía que se suponía que quería hacer algo bueno... Ahora todo había cambiado y no me iba a cerrar puertas, ya llevaba demasiado tiempo dando tumbos como para pensar en miedos sin sentido.

Ese día, Víctor sería atendido en mi consulta. Se me había pasado preguntarle por sus evidentes privilegios en Las Golondrinas y la razón de todas las precauciones que había tomado Cuesta cuando entré a trabajar en aquel antro. Todo a su tiempo y eso era algo que no podría preguntar durante nuestras consultas, pues él ya me dejó claro que todo el personal estaba siendo vigilado y tenía que actuar con normalidad.

Saqué un pequeño espejito de mi bolso y me retoqué el maquillaje, ese día me sentía guapa y poco gris, por regla general, ese era el color que desprendía mi persona, pero aquel era un día en el que resplandecía y sabía que no le pasaría desapercibido mi cambio a Víctor.

Cuando Cabano entró en mi consulta lo miré con una sonrisa que había ensayado y él me devolvió una de las suyas, espectaculares y perfectas, eso sí.

—Bueno, señor Cabano, creo que es hora de que sigamos donde los dejamos, ¿verdad? —mi voz era sensual, no me reconocía a mí misma.

—¿En qué sentido, Valentina?, podríamos continuar muchas cosas, y también podríamos hablar de otras, por ejemplo, del porqué de que me intentes poner cachondo. —La voz rasgada del Cabano de siempre hizo que me estremeciera, ese hombre podría ser perfectamente actor, porque su actuación era estelar y de verdad, desprendía un halo de misterio que era difícil de explicar.

—En el sentido profesional, sabes que tú y yo solo podemos hablar en esos términos, porque lo sabes, ¿verdad? —pasé mi lengua suavemente por mi labio inferior, ¿qué estaba haciendo?, me sentía como en el inicio de una película porno.

Cabano se cruzó de brazos mostrándome una musculatura perfecta, no era exagerada, tampoco enclenque, eran unos brazos potentes que yo quería que me apresaran y no me dejaran escapar.

—¿Por qué no hacemos algo diferente en esta sesión?, ¿por qué no me hablas de ti, Valentina?, dime, ¿qué te gustaría hacer en este momento?

Me acordé de las cámaras, y maldije mi suerte, yo lo que quería era que aquel hombre me empotrara contra la pared, no tenía ganas de escuchar su historia, no quería contarle la mía, quería follar, solo eso.

Intenté mantener la compostura, tenía que calmarme, ¿pero como lo hacía con aquel hombre desnudándose con la mirada?

—Podría decirte que ahora mismo me gustaría estar en aquella pared, o en esta mesa, no sentada precisamente, o en mi casa, en la cama, no me apetece pasar el resto del día escuchando lo que me tienen que decir mis pacientes, sabes lo que quiero y lo sabes porque lo veo en tus ojos, quieres lo mismo que yo, entonces, solo dime, ¿cómo lo hacemos?

Dios, aquella no era yo, ¿pero qué cojones le estaba diciendo?, encima mi diarrea verbal amenazaba con soltar alguna burrada más grande, si algo no lo hubiera impedido hubiera soltado un «empótrame ya, no pierdas el tiempo», pero hubo algo que no esperaba e hizo que mi temperatura bajara hasta quedar a la altura de un cubito de hielo.

—Creo que un poco de agua fría te vendría bien, ¿no crees? —Cabano soltó eso tras abrir los ojos muchísimo y hacerme un gesto de incompreensión.

Luego negó con la cabeza y me hizo sentir ridícula, tanto, que no pude evitar salir corriendo de la consulta dejando ahí a un confuso Víctor.

Corrí por el pasillo mientras los fluorescentes parpadeaban, por norma, eso me daba bastante mal rollo, pero en aquel momento tanto me daba, solo quería desaparecer y hacerme pequeñita, ¿pero cómo había sido capaz de jugar a mi juego y decirme que ya no quería jugar más de aquella forma?

Entré en el lavabo y me encerré en uno de los cubículos, me senté en la taza del retrete y allí no pude reprimir las lágrimas, no era tristeza lo que sentía, era rabia, una rabia descomunal.

En un momento pensé en que él me perseguiría y llamaría a la puerta del lavabo, fui tan tonta que todavía pensaba que esas cosas pasaban de verdad, pero eso, era fruto de las películas románticas y aquello era más bien un *thriller*. Cabano no llamó a mi puerta, alguien llamó, claro que sí y yo como una tonta, sentí que todavía tenía una oportunidad y que iba a recibir una explicación, sin embargo, una señora menuda, con cara de mala leche y una verruga enorme en la barbilla me decía que me diera prisa que tenía que limpiar, en fin, en aquel momento ya no resplandecía y ni siquiera era de color gris, más bien de un marrón caca.

Me recompuse como pude y volví al ruedo, sabía que Cabano ya no estaría en mi consulta y así

fue, solo su olor quedó impregnado en la estancia, ese olor que quería aspirar y que hacía que mi organismo se revolucionara y no atendiera a razones; era curioso, que el tabaco en él me oliera bien, mientras en Cuesta y en el resto de la humanidad me diera tanto asco.

Eran algo más de las seis cuando salí de Las Golondrinas, pero antes, pasé a ver a mi madre, que seguía en un estado de inconsciencia de lo más extraño, juro que ese día la maldije, si no fuera por ella ya no tendría que volver más a aquel lugar, me daba igual quedarme sin trabajo, pero aquel sitio era malo para mí, no me hacía ningún bien y lo demostraban las enormes ojeras que yo arrastraba y que aquel día había disimulado con grandes dosis de corrector.

Cuando entré en mi casa me derrumbé en mi cama, quería dormir y olvidarme de aquel día nefasto, cerré los ojos y me quedé traspuesta unos minutos, unas horas, no lo sé con certeza, pero el ruido del timbre de la puerta me sacó de mi letargo.

Me levanté de la cama y me quité el único zapato de tacón que todavía permanecía torturándome el pie, me dirigí a la puerta y miré por la mirilla, mi corazón aceleró su ritmo hasta hacerlo trepidante, ¿debía abrir?

CAPÍTULO 28

Salí de casa y ahí estaba ella, físicamente desmejorada y muerta de frío.

—Dara ¿Qué te ocurre? —pregunté mientras me acercaba a ella.

—Ayúdame, Víctor.

No tuvo que decirme nada más. La cogí en brazos y la subí a casa. Cuando mi madre vio quién era puso el grito en el cielo.

—Víctor, hijo, ¿es la asesina de tu hermana! No la quiero en esta casa.

—Mamá, está enferma, ¿o es que no lo ves? ¿Qué hago?, ¿la dejo en la calle? —Debí ser convincente, porque mi madre se apartó y nos dejó pasar.

Llevé a Dara a la habitación y deposité su cuerpo menudo en mi cama, no supe qué más hacer, confieso que me sudaban las manos.

Decidí dejarla tranquila y me dispuse a salir de la habitación, pero su débil voz pronunció mi nombre. Quería que me acercara.

Froté mis manos en las perneras de los pantalones para secarme el sudor, estaba muy nervioso y no sabía ni por qué.

—Ven por favor, no es un truco, te necesito —su voz apenas era audible.

Me acerqué con cautela, pues mi última experiencia con ella había sido cuando menos extraña. Dara extendió su mano para que yo la tomara y lo hice asegurándome de que estaba seca.

—¿Qué me pasa, Víctor?, estoy débil, cada día más, necesito que me ayudes, necesito fuerza, creo que de seguir así, moriré sin remedio.

El dramatismo de Dara podría parecerme evidente ahora, pero a los dieciséis y teniendo en cuenta que yo quería a aquella chica, fuera ángel o demonio, me convencía sin darme lugar a hacerme preguntas, a decir verdad, era bastante inocente, quizás demasiado.

Hacía dos días que habíamos estado en la sinagoga y había quedado con Adrián en vernos delante de su casa.

Adrián había vuelto a su «hogar», fue su madre la que lo vino a buscar cuando Dara le dijo que todo había sido un malentendido y que Adrián no había hecho nada. Fue la primera vez que vi a Adrián y a su madre abrazarse. Él necesitaba mucho cariño y su madre no solía dárselo, por ello, cuando ella le abrió los brazos y lo arropó entre ellos, este se sintió como si fuese una persona especial, algo, que hacía mucho tiempo que no ocurría.

Con Dara en casa, se me olvidó aquel pequeño detalle, tenía que acompañar a mi amigo, tenía que salvar a Dara, quitarle ese demonio que todos creían que estaba en su interior; sin embargo, en aquel momento a mí me parecía un ángel y por mi cabeza, pasó la idea de que todos estaban equivocados, que una cara tan hermosa no podía ser la de una persona maligna.

Pensé en Melisa, Dara entonces era muy pequeña, no podía saber lo que acarrearía su actuación, quizás solo quería darle un susto, dudaba mucho de que ella lo hubiera hecho para matarla, además, ¿por qué a mi hermana, si eran grandes amigas?

No, Dara no podía ser mala, incluso pensé que era el único que veía su verdadero interior, ¡qué equivocado estaba!

Adrián esperó un buen rato mi llegada, cuando comprendió que yo no acudiría a la cita pasó por mi casa y llamó al timbre. Salí de la habitación como alma que lleva el diablo y le dije a mi madre que si era Adrián, que le dijera que yo no estaba, que había salido. No se lo dije a mi madre de la mejor manera, estaba tenso y me sentía como un traidor.

Mi madre siguió mis instrucciones y Adrián se marchó solo a la sinagoga.

Aquel día, mi amigo solo tuvo decepciones, la primera, porque yo lo había dejado plantado, yo sabía de sobra lo importante que era ese asunto para él y lo que era para mi familia, solo que yo estaba cegado por Dara en aquella época y por amor, se cometen las mejores y peores locuras. Su segunda decepción fue la negativa del rabino a ayudarlo, no porque no quisiera hacerlo, sino porque creía que el ente que habitaba en el interior de Dara no era un Dybbuk, los supuestos guías y la forma tan peculiar de intentar poseer a las personas mediante el sexo no parecían propio de ellos.

Por ello y educadamente, le dijo a Adrián que lo sentía y que no sabía a qué se enfrentaban, según él, jamás había oído una historia como aquella.

Adrián salió cabizbajo y desolado de la sinagoga, se apoyó en la pared y ahí se quedó unos minutos, pues ya no sabía qué hacer ni a quién acudir. De pronto, alguien lo saludó, en principio, siguió mirando al cielo y solo escuchó aquella voz deteriorada por la edad; luego, cuando la voz lo llamó por su nombre, agachó la cabeza sorprendido.

El dueño de aquella peculiar voz era un anciano que lo miraba con intensidad. Era menudo y tenía el pelo completamente blanco y cortado a trasquilones. Uno de sus ojos estaba velado por una mancha blanca en la pupila.

—No he podido evitar escuchar la conversación que has tenido con el rabino, por eso sé tu nombre y lo que estás buscando.

Adrián no supo qué decir y decidió esperar a que aquel extraño hombrecillo le diera una explicación.

—No hay salvación posible para tu hermana, el demonio que tiene dentro es mucho más poderoso que un simple Dybbuk. Solo saldrá de su cuerpo por él mismo y cuando lo haga, ella no sobrevivirá.

Adrián se quedó atónito ante las palabras de aquel anciano.

—Es un demonio ancestral, causante de la muerte de muchas mujeres acusadas de brujería en el pasado. Ellas afirmaban haber tenido relaciones sexuales con él y se practicaron exorcismos aberrantes y muchas de ellas fueron incluso quemadas por adorar a aquel engendro del mal.

» La más famosa de aquellas mujeres se llamaba Isandra y se dice, hoy por hoy, que sigue reclutando víctimas para su señor acompañada de sus dos hermanos, Izel y Arel, hermanos que alimenta con la sangre de sus amantes.

Adrián pensó en la mujer de la corona de flores y los dos extraños tipos que se habían llevado a su hermana diez años antes, ahora lo comprendía todo.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó.

El hombre negó con la cabeza y susurró.

—Saldrá cuando necesite otro cuerpo y lo hará mediante la coyunda, diez años son muchos para él. El problema es que poseerá a su amante y este será aún más fuerte en su nuevo cuerpo. Su poder aumentará y seguirá con la cadena hasta que necesite renacer de nuevo, entonces, buscará una mujer donde depositar su semen y la convertirá en la madre de su hijo, ese hijo, seguirá con su legado... Está escrito y no se puede cambiar el destino...

—¿Puedo romper la cadena de alguna forma? —preguntó.

Pero el anciano ya no estaba y en su lugar un montón de hojas secas se arremolinaron y se

dispersaron en el aire.

Un sentimiento de desesperanza invadió el interior de Adrián, ahora todo cuadraba, pero no tenía remedio, ¿qué podría hacer?, él, tan insignificante frente a un demonio poderoso que poseía personas y las desechaba cuando ya no las necesitaba. Tenía que hablar con Víctor lo antes posible, no sabía cómo lo iba a hacer, pues el anciano le había dicho que era imposible matar a aquel engendro del mal.

Yo permanecí al lado de Dara, ella me indicó que me metiera en la cama con ella, decía que necesitaba un abrazo, únicamente eso y yo, no supe decir que no. Sabía que no lo estaba haciendo bien, que ya había tenido una oportunidad y que el beso que nos dimos fue muy extraño, pero había algo que me empujaba a acercarme a ella. Estaba enamorado, sí, pero siempre había mantenido las distancias a causa de esa barrera que nos separaba. La sombra de aquel supuesto ente que la dominaba y la muerte de mi hermana planeaban siempre a su alrededor, sin embargo, desde aquel beso no podía dejar de pensar en ella de manera más intensa, no solo era amor platónico, era un deseo irrefrenable y no podía quitármela de la cabeza.

Además, aquel día la vi tan vulnerable que no fui capaz de separarme de ella, por el contrario, me fui acercando más al fuego, pasándome todas mis alarmas y el riesgo por el forro.

Me tumbé a su lado y Dara apoyó su cabeza en mi pecho. Mi respiración se aceleró y acaricié su pelo, quería que fuera mía, lo necesitaba y me sentía culpable por ello.

—¿Por qué estás tan nervioso, Víctor?

Titubeé antes de contestar:

—No estoy acostumbrado a tener chicas en mi cama, eso es todo.

—No creo que solo sea eso, ¿verdad? —su voz antes en un hilo, se había transformado en una especie de melodía de seducción.

La miré por puro instinto y ahí estaba ella, observándome con sus dos enormes ojos azules y sus labios que clamaban por ser besados, ya no había ningún signo de deterioro en su cara y su debilidad se había esfumado. ¿Qué estaba pasando?, intenté pensar con la cabeza, juro que lo intenté, pero mi instinto fue mucho más fuerte que mi razón y posé mis labios sobre los suyos.

Aquel beso fue dulce y embriagador, tanto que no pudo quedar en eso, tras unos segundos, Dara y yo nos devorábamos literalmente. Mi madre había salido y no había nada que nos impidiera dar rienda suelta a nuestros instintos.

Nuestra ropa desapareció como por arte de magia, nuestros cuerpos se fundieron en uno solo y yo pensé que tocaba el cielo con los dedos, todo fue tan perfecto que me juré a mí mismo que jamás me separaría de ella.

De pronto, los ojos de Dara se convirtieron en dos agujeros negros, y su lengua dulce desplegó filamentos que se introdujeron en mi cuerpo haciendo que el mismo quedara paralizado.

Intenté zafarme de los tentáculos del ente que colonizaba en mi cuerpo como si yo fuese un lugar donde anidar. ¿Dónde estaba Dara?, ¿dónde estaba la mujer dulce con la que acababa de hacer el amor?

Estaba horrorizado y me sentí incapaz de pedir auxilio, no podía hablar ni moverme, el ente tenía escamas y su piel era de un color parduzco, era como un lagarto gigante.

No sentí nada, ningún dolor, solo angustia e impotencia. De repente, ya no podía ver nada y mi alma se apagó.

CAPÍTULO 29

Abrió la puerta y en el umbral estaba él, tan imponente como siempre. Aun a sabiendas de que no era un psicópata no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido en nuestra última consulta y me arrepentí de haberle abierto la puerta.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Tenemos que hablar de lo que ha pasado hoy en la consulta. —¿Era enfado lo que veía en su mirada? La enfadada se suponía que era yo.

—No hay mucho de qué hablar, además, estoy cansada, necesito dormir —solté intentando aparentar que me creía lo que decía.

—Déjame entrar, por favor —supliqué.

Me aparté no muy convencida y dejé que entrara en mi casa.

Ambos nos sentamos en el sofá y nos quedamos callados, fueron unos segundos incómodos que Víctor cortó con un carraspeo.

—A ver, Valentina, quedamos en que tenías que actuar con normalidad, como si no pasara nada y hoy vienes al trabajo como si fueras una mujer nueva, con ropa provocativa y pintada como una puerta.

—¿Perdona? —Apreté los puños, me enfurecí por su comentario.

—No me malinterpretes, pero tú no vistes así por regla general, si hemos quedado en aparentar toda la normalidad posible no deberías cambiar nada, además, has puesto en riesgo la investigación, ya te dije que nos estaban grabando, que no debías llamar la atención.

Pensé en mi necesidad de atraer a Víctor, en aquella mañana en la que me desperté ilusionada y solo me comporté como haría cualquier persona que sintiera algo por otra y buscara una oportunidad; ahora me sentía ridícula.

—Lo siento, no era mi intención meter la pata —dije afligida.

Víctor se acercó a mí.

—Valentina, ahora mi prioridad es esta investigación, no puedo concentrarme en nada más, al menos por el momento. —Víctor hablaba con frialdad, tanta, que mi ego herido sintió que le daban el toque de gracia.

—Yo no te he pedido nada —dije mientras me cruzaba de brazos y elevaba la barbilla de modo desafiante.

Víctor sonrió y le lancé una mirada incendiaria.

—Mira, todo esto es más complicado de lo que piensas y hay muchas cosas que tú no sabes.

—Yo no quiero saber nada más, solo quiero sacar a mi madre de ese lugar y necesito tu ayuda ya que eres policía, luego me marcharé y no volveré jamás a las malditas Golondrinas.

Víctor respiró profundamente, yo me quedé callada, el ambiente que ya estaba tenso, se volvió irrespirable.

—Si solo venías a decirme esto, ya lo has hecho, por lo que creo que lo mejor es que te marches —corté el silencio.

—Valentina, yo...

—Vete, por favor —espeté.

Víctor se levantó y se dispuso a marcharse, por pura inercia lo seguí, todavía no sé por qué lo hice. En el fondo de mi ser no quería que se fuera, pero mi orgullo tenía más fuerza que mis anhelos.

De pronto, Víctor se giró y me agarró por los hombros.

—Valentina...

—¡Que te largues! —grité.

Víctor me miró de un modo que no supe identificar, sus ojos, eran como dos agujeros negros, inexpresivos, vacíos.

Me estremecí y mi corazón comenzó a latir con fuerza. Víctor me atrajo hacia él y su boca impactó con la mía de manera devastadora. No hubo ternura, no hubo nada romántico en ese beso, solo algo ardiente, incendiario que me arrolló como un tren a toda velocidad.

Lo próximo que recuerdo es el haberme despertado después de una pesadilla en la que un sacerdote pronunciaba palabras en latín mientras yo permanecía de rodillas con las manos atadas a mi espalda.

Miré al otro lado de la cama y ahí estaba él, plácidamente dormido. Mi respiración se ralentizó hasta normalizarse. Me detuve en mirar el cuerpo desnudo de Víctor. Con toda probabilidad, era el hombre más perfecto que había visto en mi vida, a su lado me sentí minúscula, aunque siempre me gustó mi imagen al verme en el espejo, sin embargo, lo de él estaba a otro nivel.

Me levanté de la cama, me dolía un poco la cabeza y no conseguía recordar cómo había acabado en la cama con Víctor, estaba claro que nos habíamos acostado, pues cierta molestia en mis partes y mi desnudez lo hacían obvio, sin embargo, me chocaba el hecho de que no pudiera recordar nada. En el pasillo hallé nuestra ropa tirada y delante de la puerta del lavabo, me tropecé con unas botas de hombre.

—¡Joder! —exclamé.

Aparté la bota y pasé al cuarto de baño todavía con mi dedo meñique resentido. Me senté en el váter a orinar y entonces fue, cuando se me heló la sangre y se me cortó la meada de golpe. Desde donde estaba veía la suela de la bota de Víctor, las letras CAT lucían en la misma, eran unas Caterpillar.

Comencé a temblar de manera tan brutal que era incapaz de controlar mi cuerpo. De pronto, oí pasos por el pasillo y el corazón se me disparó hasta el punto de pensar que iba a tener un infarto. Me llevé la mano al pecho y reprimí las lágrimas que luchaban por salir de mis ojos.

—¿Valentina?, ¿dónde estás? —Ese hombre parecía leerme el pensamiento, su tono era el que utilizaba en Las Golondrinas cuando se hacía pasar por Cabano.

Dudé en mantenerme en silencio o no, pero tenía que pensar con la cabeza y lo mejor era hacer como si no hubiera pasado nada, tenía que templar mis nervios y hacer de tripas corazón.

—¡Estoy aquí!, ¡ahora voy! —dije intentando disimular, en la medida de lo posible, mi miedo.

Quería que volviera a la cama, que me esperara allí, así al menos ganaría tiempo. Podía irme, salir corriendo, pero iba en bragas, aunque, qué más me daba a mí, lo primero era salvar la vida, el exponer mi cuerpo era lo de menos, sin embargo, pensé en ello quizás, por puros nervios. Agarré el albornoz que estaba colgado detrás de la puerta y me lo puse, ya no era por vergüenza, si no para no morir de frío en la calle. En mi bolso estaban las llaves de mi coche, pero mi bolso estaba en la habitación, ¿qué podía hacer?, si me marchaba así, él me perseguiría, tenía que idear bien mi plan para escapar e ir a la policía. Lo malo de todo era que tenía a la policía en casa, quién sabe qué podría decir él de mi comportamiento, lo iban a creer a él y no a la loca que salía corriendo a la calle en albornoz. Todo eso hizo una mezcla letal en mi cabeza y me bloqueé, ya no

era capaz de pensar.

De pronto, la figura de Víctor se mostró ante mí, se había puesto su ropa y venía a por las botas. Me quedé mirándolas como hipnotizada.

—¿Te pasa algo? —preguntó extrañado.

Negué con la cabeza.

—Estás pálida, parece que hayas visto un fantasma —dijo esbozando una sonrisa.

—No pasa nada, solo estoy un poco congelada, hace mucho frío.

Se acercó a mí y me abrazó.

—Estás temblando, anda ven, vamos a la habitación, quizás te venga bien descansar un rato, yo tengo que irme.

Respiré aliviada, se iba, se marchaba, ya no tenía nada que temer.

Era sábado y no tenía que ir a Las Golondrinas, pensé que en cuanto él hubiera salido de mi casa tendría total libertad para hacer lo que debía hacer.

Víctor terminó de vestirse, se acercó a mí y me dio un beso en los labios.

—Descansa, ¿vale?

Asentí y mostré la sonrisa más falsa que le había dedicado a nadie en la vida. Víctor elevó una ceja y sonrió, no sabía interpretar el lenguaje corporal de aquel hombre, se suponía que yo era una profesional, joder, pero con él era diferente, era impenetrable e incoherente.

Cuando escuché la puerta cerrarse me levanté de un brinco. Me vestí con ropa cómoda y agarré mi bolso. Cuando me disponía a abrir la puerta para salir de casa una mano me lo impidió, Víctor estaba detrás de mí.

—¿Pensabas que podrías engañarme? —preguntó con voz áspera.

—De-de-déjame salir Víctor —tartamudeé entre sollozos.

—Creo que tenemos que hablar.

—Ahora no es el momento, déjame salir, por favor —supliqué.

—No, hasta que me digas qué cojones pasa.

Me sentí enjaulada, atrapada, no quería acabar como Debi, con el cuello rajado, esas botas lo delataban, era él, su asesino era él.

—Solo necesito tomar el aire. —Lo sé, esa excusa no se sostenía ni con palillos, pero no se me ocurría nada más que decirle.

—Yo te diré lo que vamos a hacer, nos vamos a sentar en el salón y vamos a hablar sobre esta situación como personas civilizadas, ¿te parece bien?

Asentí como una marioneta y Víctor retiró la mano de la puerta de mi casa, sin embargo, no se movió de mi lado, por lo que no podía intentar nada sin que él me atrapara. Era mucho más alto y fuerte que yo, tenía las de perder.

Me dirigí al salón con la respiración entrecortada, él me siguió. Sentía su respiración en mi nuca y el miedo no me dejaba pensar con claridad, entonces lo vi, el paraguero de mi madre lleno de paraguas letales. Siempre me reí de semejante antigualla, pero ahora sabía que ahí había algo con qué defenderme y poder reducir a Víctor. Tenía que ser rápida, no podía titubear. Cuando lo tuve cerca hice un movimiento rápido con la mano y agarré el paraguas más largo que había, sabía que ese tenía el casquillo metálico y acabado en punta.

Lo empuñé como si de una catana se tratara y me giré a toda velocidad; no me lo pensé y clavé el paraguas en el abdomen de Víctor.

Él abrió los ojos y emitió un alarido de dolor. Las piernas le fallaron y calló al suelo.

Había sangre por todas partes, había salpicado la pared y en el suelo se expandía alrededor del cuerpo de Víctor.

Él dejó de moverse y sentí tanto pánico que vomité.

No podía perder el tiempo, acababa de matar a un hombre y tenía que hablar con la policía, pues ese hombre era un asesino y en aquel momento lo sabía con seguridad.

CAPÍTULO 30

12 de noviembre de 2003

Cuando eres consciente de que eres una persona nueva, de que ya no hay dolor, de que ya nada importa, es entonces, cuando tienes que dejar de pensar en el resto de la humanidad y sus sentimientos, es entonces cuando mudas la piel y puedes convertirte en alguien nuevo. Yo nací el doce de noviembre de 2003, más bien, como el ave fénix, renací de mis cenizas, solo hizo falta la chispa adecuada, encenderla, avivarla y ese día lo conseguí. Había pasado muchos años en aquel cuerpo, muchas fueron las veces que tuve la oportunidad de renacer, pero no quería cualquier cosa, era él a quien quería. En aquel momento solo era un chico desgarrado, pero por mi capacidad de ver el futuro sabía en quién se convertiría, en alguien, que podría nutrirse sin ningún problema, alguien en quien todos confiarían, alguien que tendría el poder suficiente para que yo viviera como merecía.

Tenía que ser mujer durante un tiempo, pero para eso tenía que forjar los cimientos y modelar a mi imagen y semejanza a aquella niña. La oportunidad se presentó esa tarde en la que mis esbirros me la trajeron. Yo ya la había observado, llevaba tiempo deseando estar en su interior, al fin y al cabo, no podía vagar por toda la eternidad en el cuerpo de un yonqui, solo tuvimos que ofrecérsela y él aceptó, pues él se negaba a tenerme dentro y por ello intentó echarme con sustancias químicas. Lo consiguió, pero a mí me dio igual, solo era un fracasado. Podía haberlo matado mientras estaba en su interior, pero me deleité mirando como otros lo hacían por mí. Mis esbirros le arrancaron la piel, comieron de su carne y luego esparcieron sus huesos por aquel descampado, total, llevábamos siglos deshaciéndonos de los restos de esos inútiles en aquel lugar, nadie jamás intentó averiguar a quién pertenecían esos huesos.

Caminé por la calle con su cabeza metida en la mochila, el resto del cuerpo me alimentó, yo no me andaba con tonterías, era capaz de devorar los huesos y los dientes de un ser humano; su alma me la quedé, sería un grato recuerdo, una hermosa alma para mi colección.

La cabeza era solo para la puesta en escena, todo iba a salir bien y yo seguiría siendo el chico inocente agazapado en aquel cuerpo todavía imberbe; sin embargo, no quedaba mucho para que todo cambiara para bien.

Llamé a la puerta y su madre me abrió, le tenía ganas a aquella zorra estúpida, pero ya tendría mi momento con ella más adelante.

Me dirigí a la habitación de Adrián y dejé la mochila en el suelo, él estaba tumbado en su cama.

—Cabronazo, ¿se puede saber dónde estabas?, me has dado plantón —dijo enfadado.

—Tenía algo importante que hacer y ya todo está solucionado —anuncié.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Dara ha sido liberada.

—¿Cómo?, no entiendo nada.

Agarré el bate de béisbol que Adrián tenía en un rincón, di unos golpecitos en mi mano con él

ante la atónita mirada de Adrián.

—Tío, qué haces, ¿me estás dando miedo?

Sonreí, sabía lo que vendría a continuación.

Le asesté un único golpe certero y él quedó inconsciente, más tarde me ocuparía de borrar su memoria, ahora podía hacer todo lo que me viniera en gana, al fin y al cabo, era un demonio poderoso.

Saqué la cabeza de Dara de la mochila, una lástima, una chica preciosa, pero ahora ya no me servía para nada, la arrastré del pelo por todo el pasillo y entré en la cocina. La que había sido mi antigua madre soltó un alarido de dolor y terror, cogió un cuchillo de cocina, empero con solo una mirada la dejé paralizada, tenía la capacidad de parar el tiempo.

Metí la cabeza de mi antigua anfitriona en la nevera y le quité el cuchillo a la que había sido mi madre durante una década.

—Siempre te recordaré, mamá. —me carcajeé.

Volví a la habitación de Adrián y allí destripé a su perro Danko, dejé que se desangrara en el suelo de su habitación y tiré sus restos en un rincón. Vomité parte de la sangre de Dara, para hacer la escena más creíble y puse el cuchillo en la almohada de Adrián.

Antes de irme, posé mi mano en su frente y borré el recuerdo de su mejor amigo visitándole y asestándole un golpe en la cabeza, después borré todas las huellas dactilares que había dejado el cuerpo de mi nuevo y poderoso anfitrión, me sentí bien.

No tardaron en acusar a Adrián de la muerte de su hermana Dara y yo estuve a su lado como su fiel amigo, haciendo ver que creía su versión. Él decía que no se acordaba de nada y que se había horrorizado al ver la cabeza de su hermana en la nevera. Fue internado en un psiquiátrico y la prensa lo bautizó como el Príncipe Descuartizador.

Se colgó a las pocas semanas de internar el muy imbécil y los años pasaron.

No se me ocurría qué hacer con mi vida y pensé que podía divertirme durante un tiempo haciéndome policía. Encerré a unos cuantos que siempre alegaron no recordar nada, pero los delitos los cometía yo y las investigaciones me eran encargadas a mí, era capaz de manipular la muerte de cualquiera.

Un día, mi superior me encomendó una misión; infiltrarme en un psiquiátrico de dudosa reputación llamado Las Golondrinas, al parecer, había un psiquiatra loco que intentaba emular a David Rosenhan, solo que este, lo había llevado al extremo, dejando a los ciudadanos que se habían prestado para el experimento internados indefinidamente y haciéndoles pensar que de verdad eran enfermos mentales.

Acepté aquella misión con ilusión, en aquel lugar podría llevar a cabo muchas de mis fantasías.

Tras una entrevista bastante fructífera con Máximo Cuesta, supe a qué tipo de hombre me enfrentaba, solo tenía que hurgar en su mente y así lo hice. Cuesta, tenía una hija a la que no conocía. Había tenido un *affaire* con una interna en el pasado y de aquella relación fugaz nació ella, Valentina Verdi.

El viejo tenía remordimientos y curiosidad por saber de ella, yo fomenté esos sentimientos e hice que ella entrara a trabajar en aquel lugar tras investigarla. Era una chica solitaria, sin amigos, sin apenas familia; con una madre maniaca depresiva y adicta a los hombres, el blanco perfecto, alguien a quien nadie buscaría si decidía deshacerme de ella.

Sin embargo, subestimé a aquella chica, se había convertido en un grano en el culo para mí y tenía que idear un plan para quitármela de encima, pero antes, debía hacer algo. Ella era la elegida, una broma del destino, era a ella a quien tenía que pasar mi legado, pues necesitaba que no se rompiera la cadena.

CAPÍTULO 31

Entré a comisaría entre lágrimas, tenía que hablar con Áxel o como quisiera que se llamara mi examante. Con los nervios pregunté erróneamente de nuevo.

—Aquí no hay ningún Áxel, señora, ya se lo dije. Si busca al inspector Sánchez siéntese un momento que trato de localizarlo.

—Por favor, es importante —dije con desesperación.

Creo que aquella mujer debió verme muy mal, porque Agustín apareció tras escasos minutos visiblemente impresionado.

—Valentina, ¿qué te ha pasado? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Por favor, tienes que escucharme, he hecho algo horrible. —No podía parar de llorar.

—Tranquilízate, acompáñame y lo hablamos.

—No sé si es buena idea, es mejor que vengas conmigo, tengo que enseñarte algo.

—Insisto, hablamos en mi despacho y te tranquilizas, todo tiene solución.

—Todo no... —susurré.

—No será tan grave, mujer —dijo intentando quitarle hierro al asunto.

Le enseñé las palmas de mis manos cubiertas de sangre seca. Agustín se sorprendió tanto que me agarró por los hombros.

—¿Qué has hecho, Valentina? —preguntó mientras me zarandeaba.

—Algo horrible, pero ha sido en defensa propia.

—Tendré que detenerte, lo sabes, ¿verdad?

—Por favor, ven conmigo y déjame explicarte, luego si consideras detenerme no me resistiré, pero necesito que me escuches.

Agustín negó con la cabeza y suspiró.

—Está bien...

Subí en el coche de Áxel, era incapaz de llamarlo de otra forma y nos dirigimos a mi casa. Yo, por mi parte, no podía dejar de temblar, lo había hecho desde que descubrí que aquellas botas pertenecían a Víctor.

Le expliqué lo ocurrido, mientras, él conducía con la mandíbula tensa.

—La historia que me estás contando parece sacada de uno de los pacientes del psiquiátrico donde trabajas. —Áxel no me había creído, estaba claro.

—Es todo cierto, es más, yo pensaba que te habías apartado de la investigación en Las Golondrinas por Víctor.

—Yo no me he apartado de nada; no puedo hablar contigo del caso, pero no tenía conocimiento de que ningún Víctor estuviera infiltrado en ese lugar, ese no es el policía que sí que está dentro.

—Entonces, ¿enviaste a alguien?

Áxel asintió.

—Te dije que lo haría, ¿no?

—¿Y quién es? —pregunté curiosa.

—No puedo decirte nada más, hay un hombre nuestro ahí dentro, y no es ese tal Cabano, Víctor

o como se llame.

—¿Entonces?, ¿quién es él? —Estaba totalmente desconcertada.

—¿Qué hay dentro de un psiquiátrico?, enfermos mentales, ¿no?, deberías saber, tú, que eres una profesional, que pueden inventarse cualquier cosa con sus delirios, es que todavía no entiendo como te ha podido liar de esa forma.

Me sentí ridícula y decidí dejar de hablar y mirar por la ventanilla del coche. El día era frío y gris y la cabeza me dolía cada vez más.

Llegamos a mi casa y le di las llaves a Áxel para que abriera él la puerta.

—Yo no puedo entrar, Áxel, entra tú, por favor —supliqué.

—Está bien, quédate aquí. —Áxel abrió la puerta y se internó en mi casa.

Dos minutos después salió con una expresión confusa.

—Valentina, ¿qué clase de broma es esta? —preguntó con evidente enfado.

—No es ninguna broma, he matado a Cabano, mira mis manos ensangrentadas, joder, mira mi ropa.

—Ahí dentro no hay ningún hombre muerto.

—¿Cómo que no? —Entré en mi casa como una exhalación, pero cuando me acerqué al lugar donde yacía el cuerpo inerte de Cabano, no lo encontré a él. En su lugar había un pastor alemán con el que alguien se había ensañado.

—¡No puede ser verdad, esto es un montaje, ha sido Víctor, ha sido él! —grité.

Conocía a aquel perro, era de mi vecino y mi madre había tenido algún que otro encontronazo con el hombre porque el animal se pasaba la noche ladrando. No comprendía nada, solo podía pensar en que alguien me estaba haciendo luz de gas, la sangre que había en mis manos era de él, estaba segura, yo no estaba loca, no lo estaba.

Áxel me dijo que tenía que acompañarlo, y me agarró del brazo con más fuerza de lo que me hubiera gustado, no sabía dónde me llevaba, con toda probabilidad me detendría por asesina de animales.

Me subí en su coche y solo pude llorar durante todo el trayecto. No caí en la cuenta de dónde me llevaba Áxel hasta que vi que estábamos delante de la verja de Las Golondrinas.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté entre lágrimas.

—Necesitas ayuda, Valentina, el señor Máximo Cuesta ha llamado a comisaría, dice que te has escapado de sus instalaciones donde estabas internada.

—Yo, yo no estaba internada Áxel, yo soy Valentina Verdi, la psicóloga de Las Golondrinas.

—¿Por qué me llamas Áxel?, mi nombre es Agustín.

—Hace tiempo que nos conocemos, hemos sido amantes, siempre me dijiste que te llamabas Áxel.

Agustín negó con la cabeza.

—Valentina, nos conocimos el día que asesinaron a Débora Vázquez.

—Eso no es verdad jodido cabrón, hace ya tiempo que te acostabas conmigo y decías que tu exnovia te hacía la vida imposible.

—Soy casado, ya te lo dije la última vez que te escapaste del psiquiátrico, no puedes seguir haciéndote daño, Valentina.

—Yo no me he escapado de ningún sitio, yo soy una trabajadora, no una interna. Alguien está tratando de hacerme pasar por loca, ¿es que no lo ves?

—No lo hagas más difícil, tienes que entrar en Las Golondrinas por tu propio pie, ¿o prefieres que lo hagan a la fuerza?, no Valentina, sé que puedes hacerlo.

—Por favor, te han mentado, te han hecho pensar que estoy loca, todo lo que te he contado es

verdad, en este sitio están pasando cosas muy malas, tienes que creerme.

Él no me creía y no podía entrar en aquel lugar, Cuesta lo había amañado todo y Cabano me había engañado, querían encerrarme y no lo podía permitir, por lo que decidí actuar con inteligencia.

—Está bien, entraré contigo —dije en un susurro.

Áxel me ayudó a bajarme del coche, bueno, esa era la excusa, en realidad lo que quería era que no hiciera ninguna tontería.

Entramos en el recinto y lo que pasó en aquel momento me heló la sangre. Miles de golondrinas cayeron al suelo muertas, fue como una lluvia de aves, como si una fuerza descomunal las hiciera morir en aquel preciso instante.

—¿Ves, Áxel?, aquí está pasando algo raro.

—¿A qué te refieres? —preguntó Áxel extrañado.

—Las Golondrinas, Áxel, están muertas, mira el suelo, casi no podemos andar.

Observé a Áxel, me miraba de una forma que conocía muy bien y odiaba, era compasión.

—Valentina, en el suelo no hay nada.

—¿Cómo que no?, mira. —Me agaché y tomé entre mis manos uno de aquellos pájaros muertos. De pronto el ave se llenó de gusanos y la solté como si quemara.

—Joder, que asco —dije mientras me limpiaba las manos en mi ropa.

Áxel negó con la cabeza.

—Anda, vamos.

Caminé como una autómatas, me sentí confusa y muerta de miedo, todo tenía que tener una explicación, no podía estar pasando por aquella situación tan surrealista. Miré a ambos lados, buscaba las cámaras, un presentador que dijera que todo era una broma, cualquier disparate que me sacara de aquel estado extraño de confusión.

Entramos en el edificio principal de Las Golondrinas y allí vi a Cuesta que me esperaba con expresión consternada.

—Aquí le traigo a su hija, señor Cuesta —anunció Áxel ante mi sorpresa.

—¿Qué dices?, ¿qué estás diciendo?, yo no soy la hija de este degenerado, no tengo nada que ver con él, te ha engañado.

—Valentina, hija, vamos, estaba muy preocupado —dijo mientras pasaba su brazo por mi hombro.

—¡No! —grité, tú no eres nada mío, le hiciste algo a mi madre y ahora me lo quieres hacer a mí.

Grité con todas mis fuerzas, pataleé y dos hombres que no conocía de nada me agarraron por los brazos. Poco después sentí un pinchazo y los segundos hicieron que se difuminara mi tiempo, todo se volvió negro.

CAPÍTULO 32

Abrí los ojos, me hallaba en el despacho de Cuesta, me habían colocado una camisa de fuerza y tenía los pies atados con correas.

Cuesta se encendió un cigarro y me ofreció otro a mí, ese hombre podía llegar a ser absurdo, lo miré con asco; sabía de mi aversión al tabaco y quería recrearse llenando el espacio de humo.

—¿Qué cojones pretende?, ¿qué es lo que quiere de mí?

Cuesta asintió consternado.

—Yo nada, hija mía, fuiste una niña feliz y normal, jamás pensamos que pudiera manifestarse la enfermedad en ti, la misma de tu madre. Te lo explicaré, vives en una realidad paralela, en esta ocasión piensas que eres psicóloga en este lugar, crees que tu habitación es el lugar donde pasas consulta a tus pacientes. Es triste verte así, y que no seas capaz de reconocerme como tu familia.

» Todo empezó el día en que te hiciste mujer. Tu madre y yo estábamos en el salón viendo la tele y apareciste totalmente ensangrentada y gritando. Tu madre te había avisado de que aquello era ley de vida y tenía que pasarte, pero tú parecías estar muy asustada, ese fue el detonante; esa chispa adecuada para hacer que todo prendiera. A partir de aquel día, tu comportamiento se volvió cada vez más extraño, no sabíamos qué te pasaba.

» Te encerraste en ti misma y comenzaste a escribir. Eso nos hizo albergar una esperanza, pensábamos que utilizar la escritura como entretenimiento te ayudaría, pero no fue así.

» Escribías siempre sobre la vida cotidiana de los mismos personajes, la familia Cabano. Poco a poco te metiste tanto en la fantasía que tu cabeza pensó que todo aquello era real. Tu madre me convenció para que hiciéramos ver que todo era cierto, sin embargo, aquello fue un error; pues tu comportamiento era cada vez más caótico. Imitabas las voces de tus personajes, reproducías las escenas de lo que escribías, estabas metida en una novela eterna, eras esclava de tu imaginación.

» Te llevamos a los mejores especialistas, pero no pudimos aclarar nada, nadie, absolutamente nadie sabía qué te pasaba.

» Nos dijeron que no podían clasificar tu enfermedad en DSM, que era algún tipo de enfermedad mental rara, jamás habían visto algo así.

» Tu madre y yo estábamos desesperados, nos arruinamos al menos en dos ocasiones para pagar tratamientos frustrados que nunca arreglaron nada, pagamos incluso a curanderos y se te practicó un exorcismo, sí, Valentina, aunque no lo recuerdes, tu madre y yo llamamos a todas las puertas y entramos en ellas, pero siempre salimos con el rabo entre las piernas y con nuestra hija cada vez peor.

» Entonces fue cuando decidí estudiar psiquiatría y me convertí en uno de los profesionales más reputados, todo para curarte. Sin embargo, los curé a todos menos a ti, como ya has podido ver.

—No creo nada de lo que me estás diciendo, tú no eres mi padre, no eres nada mío.

—Hija mía, es la enfermedad la que habla por ti, cada vez va a peor, todo lo que te he dicho es cierto —dijo acercándose y arrodillándose frente a mí.

El humo del tabaco inundó mis fosas nasales y tuve que reprimir una arcada, el olor del tabaco en aquel hombre me daba tanto asco... Era increíble como en Cabano causaba el efecto totalmente

contrario en mí.

—¡Me das asco! —grité con todas mis fuerzas y le escupí a la cara.

Cuesta agarró un pañuelo de papel de la caja que tenía en la mesa y se limpió mientras me miraba de una forma que no conseguí descifrar.

—Lo dimos todo por ti, tu madre dio hasta la vida, la mataste a sangre fría, ella se empeñó en protegerte y tú la apuñalaste hasta la muerte.

» Ella te veía como si todavía fueras su niña pequeña, se negaba a dejar que te ataran a la cama, se negaba a que permanecieras encerrada, obstaculizaba todos y cada uno de mis movimientos, así, era del todo imposible curarte, y mira lo que pasó...

Se levantó de su mesa y se dirigió a una cajonera que tenía olvidada en el despacho, allí guardaba una sola cosa; el expediente de Cabano.

—Esa es la historia clínica de un paciente al que yo trato, no debería estar en tu despacho, malnacido —espeté.

Allí estaba la historia que Adrián Cabano había relatado, era algo entre psicóloga y paciente, él no tenía derecho a sustraerlo de su lugar sin ni siquiera informarme. Lo dejó encima de la mesa y se le escaparon unas lágrimas que limpió con celeridad.

Negué con la cabeza, Cuesta estaba llevando su actuación demasiado lejos.

Sacó su mechero del bolsillo y prendió los papeles, luego, salió del despacho mientras la carpeta ardía ante mi atónita mirada.

La recepcionista, al ver salir humo del despacho de Cuesta y decírselo en reiteradas ocasiones sin recibir respuesta, llamó a los de mantenimiento, de pronto, aquel pasillo de Las Golondrinas se volvió un lugar frenético, de voces y de pasos acelerados, de sonido de extintores.

Presenció sin poder impedirlo como aquella carpeta se volvía cenizas.

—¡Maldito seas, Cuesta, maldito seas! —grité.

CAPÍTULO 33

Desperté en aquella habitación, tenía una sed horrorosa, intenté recordar lo que había pasado, pero sentía como si mi cerebro estuviera embotado, era como si las emociones hubieran desaparecido de mi cerebro. Por regla general, mi mente era un hervidero de pensamientos, pero en aquel momento, estaba vacía. Sabía muy bien a qué se debía esa falta de sensaciones, me habían drogado.

Intenté levantarme de la cama sin éxito, estaba atada de pies y manos.

Alguien abrió la puerta y dirigí mi mirada hacia mi visita, ahí estaba él, Víctor.

—Todo esto es culpa tuya —dije arrastrando las palabras—, yo te maté, ¿qué eres?, no puedes ser humano.

—Valentina, no se pueden matar los demonios que te atormentan, yo soy uno de ellos, no lo olvides. —Se acercó a la cama y me miró con una sonrisa burlona.

—Eres un desgraciado, me han encerrado, lo has conseguido.

—Tu amiguito el policía te lo dijo claro, eres una loca. No eres psicóloga, eres una paciente de este antro de mala muerte y encima eres hija de tu peor enemigo. —Cabano se carcajeó.

—Lárgate de aquí y déjame tranquila.

—Sabes que llevo años a tu lado, no me puedo ir de la noche a la mañana, además, no has terminado de escuchar mi historia.

—He escuchado bastante, ahora solo quiero salir de aquí y perder de vista este sitio.

Adrián se paseó de un lado al otro de la estancia.

—Tienes que terminar lo que empezaste, ese chalado de tu padre ha vuelto a quemarlo todo, ahora tendremos que empezar de nuevo.

—Ese cabrón no es mi padre y tú eres su cómplice, ya no sé ni cómo te llamas en realidad. Esto es una especie de conspiración para encerrarme y ya lo habéis conseguido. Pero esto no quedará así, en cuanto consiga salir de aquí lo contaré todo, iré a los medios de comunicación y tendrán que crearme.

—Ay, Valentina, no saldrás de aquí, no después de haber matado a dos personas. —Cabano se cruzó de brazos y me dedicó una sonrisa de medio lado; adoraba esa sonrisa, era demasiado atrayente, en cambio, en aquel momento quería borrarla de un buen guantazo.

—Yo no he matado a nadie, fuiste tú, tus botas te delataron.

—¿En serio?, intenta buscar en esa maraña perturbada que es tu mente, recuerda, ¿por qué tú madre ya no está en este mundo? y ¿qué le hiciste a Débora?

La furia invadió mi cuerpo, no podía ser verdad, yo no le había hecho daño a nadie, ¿cómo me había metido en aquel lío? y ¿por qué me decía aquello de mi madre?, mi madre estaba en una cama por culpa de Cuesta, y porque ella misma se había metido en la boca del lobo, yo no tenía nada que ver.

Intenté desatarme sin éxito, mientras Cabano se reía de mí, lo insulté con todas mis fuerzas y lo maldije.

De pronto, Cuesta y una enfermera entraron en la habitación.

—Valentina, cariño, ¿qué te pasa? —Cuesta fingía preocupación, ¿cómo podía ser tan cínico?

—¡Maldito seas!, déjame salir de aquí, yo no estoy loca ni soy tu hija. Te entregaré a las autoridades, todo el mundo sabrá la clase de gusano que eres. Nos has encerrado a mí y a mi madre, tú y tu cómplice, Víctor, Cabano o quién cojones sea, ¡quiero salir de aquí!

—Valentina, hija, sé que estás ahí, necesito que te calmes y recuerdes, no puedo dejarte salir, no después de lo que hiciste.

—Yo no hice nada.

—Valentina, por favor, tienes que dejar de vivir esa fantasía, Adrián Cabano y su familia no existen, ni existieron jamás, son producto de tu imaginación, tienes que tomarte la medicación para que desaparezcan, tienes que poner de tu parte, no puedes seguir en esa realidad paralela, vuelve por favor, pequeña, vuelve.

Mis ganas de estrangular a aquel hombre que lloraba lágrimas de cocodrilo acrecentaban por momentos.

La enfermera le puso una mano en el hombro.

—Salga, señor Cuesta, yo me encargo.

Cuesta se secó las lágrimas y salió de la habitación cabizbajo, era increíble su manera de fingir.

La arpía de la enfermera me clavó una aguja con toda la saña del mundo y no pude hacer nada por impedirlo, en segundos mi mundo oscureció de nuevo.

CAPÍTULO 34

Perdí la noción del tiempo, dormía prácticamente todo el día y cuando despertaba Cuesta y Cabano me atormentaban, el primero, haciendo ver que se preocupaba por mí, metiéndome ideas en la cabeza, ideas de un pasado que yo sabía a ciencia cierta que no era el mío. Poco a poco, mellaban la credibilidad en mí misma y aunque luché con todas mis fuerzas, sabía que un día u otro acabaría por perderme en el abismo de mi mente, que a causa de todos los medicamentos y el lavado de cerebro al que estaba siendo sometida se apagaba a cada segundo.

Era como si estuviera poseída por alguna fuerza sobrenatural, solo que en este caso esa fuerza era tan real como la vida misma, ellos estaban compinchados.

Decían que yo había matado a mi madre y a Debi, yo sabía que no había hecho ninguna de las dos cosas, pero ellos insistían. Áxel también estaba en el ajo, no tenía ni idea de cómo lo había hecho, pero Cuesta lo había convencido para que se inventara todas esas mentiras sobre mí.

Sabía perfectamente lo que había hecho con ese hombre bajo las sábanas durante el tiempo que duró nuestra especie de relación de amigos con derecho a roce.

Tenía que buscar una salida, pero si seguían manteniéndome inmobilizada iba a ser muy difícil.

Una noche me desperté bañada en sudor, no sabía qué hora era, pero me fue imposible volver a dormirme. De pronto, sentí una presencia dentro de la habitación, él estaba ahí, entre las sombras.

—¿No duermes? —preguntó.

—¿Cuánto te pagan por vigilarme?

—Deberías dormir, es lo mejor que se puede hacer en este lugar.

—Mira, capullo, yo no estoy para tus gilipolleces, déjame sola, me das demasiado asco para que estés tan cerca de mí.

—¿Estás segura del asco que dices tenerme?, no me decías eso cuando gritabas entre mis brazos que no parara una y otra vez.

Me sentí ridícula y me limité a ignorar sus palabras.

De pronto, Víctor estaba a escasos milímetros de mi rostro.

—Déjame demostrarte, que no es tan malo que esté aquí.

Víctor posó sus labios en los míos y los devoró con ansia, quise resistirme, juro que lo intenté, sin embargo, había algo más fuerte que me impulsaba a necesitar a aquel individuo.

—Desátame —susurré entre gemidos.

—No, listilla, déjame hacértelo así, me gusta que estés a mi merced.

—Necesito tocarte —susurré.

Pero él hizo caso omiso. Comenzó a recorrer mi cuerpo con su lengua y fui incapaz de pararle. Aquel hombre tenía algo maligno, algo que despertaba mis hormonas y las hacía actuar a su libre albedrío.

Dejé que Víctor me hiciera suya una vez más, retorciéndome en cada una de sus embestidas, sintiendo la electricidad que me transmitía el roce de sus dedos y su lengua.

Cada noche, durante varios días, no supe determinar cuántos, esperaba con ansia la visita de mi vigía y dejaba que tomara mi cuerpo, al fin y al cabo, qué más me daba, no tenía nada mejor que

hacer.

Al día siguiente me sentía débil, como si tuviera resaca y ello iba seguido de una gran ansiedad, ansiedad por tener de nuevo a ese hombre en mi cama, era como una obsesión y poco a poco, se convirtió en una adicción.

Una noche, no apareció y me sentí enferma y dolorida. Grité y grité, pero solo conseguí que volvieran a pincharme, él no volvió a mi habitación y lo necesitaba para saciar esa sed que había despertado en mí el hecho de tenerlo entre mis piernas cada noche.

Sentí que ya no me quedaba nada y quise morirme. Jamás pensé que pudiera llegar a aquel punto. Mi madre era adicta a los hombres y posiblemente, yo también, solo que ella buscaba alguien con quien compartir la vida y yo solo quería compartir la cama, quizás la diferencia de generación hubiera hecho que esa adicción familiar mutara.

Pasaron los días y lejos de mejorar, empeoré. Cada día estaba más delgada y mi piel se estaba secando, era como si me estuviera consumiendo. Pensé que moriría.

Una mañana, vi que me inyectaban heparina, conocía esas inyecciones de una vez que Walter tuvo un accidente y se las tuve que administrar yo, eran las mismas.

El pinchazo se repitió todas las mañanas durante las próximas semanas. Yo, seguía atada y ya no me resistía, solo quería morirme.

Me abandoné a mi suerte, pero ellos no me dejaban, me obligaban a comer y me alimentaban contra mi voluntad con una vía.

Comencé a sentir ardores de estómago, y mucho sueño, más de lo normal. Conocía esos síntomas y no podía creérmelo.

Empecé a entender lo que estaba pasando y quise morirme, no era así como yo quería ser madre. Entendí al fin lo que pretendían y el porqué de las visitas nocturnas de Víctor, querían un niño, ¿pero para qué?, por ello habían dejado de darme drogas, por ello estaba mucho más consciente en las últimas semanas, no podía permitirlo, no podía darles a mi hijo, haría cualquier cosa para salir de allí.

CAPÍTULO 35

Dormía, en mi cautiverio poco más podía hacer. Atada de manos y piernas, con correas anchas y dañinas si te movías mucho; estaba cansada de luchar por quitármelas, pero mis esfuerzos fueron en vano.

Sentí una presencia, alguien que estaba sentado cerca de mí y hablaba en voz baja.

—Lo siento mucho, de verdad que lo siento mucho, no sabía que te harían tanto daño. Perdóname, Valentina, no sabes lo arrepentido que estoy, no lo sabes...

Era él, Áxel, decía esas palabras de modo rápido sin parar de repetir lo mismo, susurraba, como si estuviera recitando una especie de letanía. Entreabrí los ojos y lo vi sentado en una silla de plástico al lado de mi cama. No me miraba, por el contrario, dirigía su mirada hacia la pared y hablaba mientras balanceaba su cuerpo.

Decidí hacerme la dormida, aunque en aquel momento, lo que quería era arrancarle la piel a tiras a ese traidor. Lo sabía, sabía que algo se traía con Cuesta. Era muy extraño que de la noche a la mañana ya no apareciera más por Las Golondrinas cuando había muerto una persona; es más, sabía con seguridad que él no había infiltrado a ningún policía en aquel sitio, todo eran meras mentiras.

Permanecí callada, expectante, a la espera de escuchar algo más, de que vomitara toda la verdad sobre la conspiración para hacerme pasar por loca.

—Cuando Cuesta me lo propuso, no quise ni oír hablar del tema —prosiguió —, incluso me alejé de ti, me inventé todo aquello de que era casado y tenía hijos, en lo único que te engañé fue en mi nombre, pues Áxel me parecía misterioso, me hacía ser una persona diferente. El pringado de Agustín era solo eso, un pringado que no era capaz de hacerle frente a una mujer malvada que lo tenía bajo su yugo. En principio, no quise decirte nada, quería conservar ese halo de misterio que nos envolvía a los dos, me equivoqué y se me fue de las manos, de eso soy consciente.

» Tuve ciertos problemas económicos y Cuesta por alguna razón, lo supo, ese hombre es un demonio. Me ofreció arreglar mi situación, prosperidad y ningún apuro económico, también un ascenso y todo lo que yo quisiera en la vida, solo tenía que entregarte y colaborar con él para poder ingresarte en este maldito lugar. Solo eso. Me pareció tan sencillo...

Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no escupirle a esa cara ida que tenía mientras decía todo aquello entre lágrimas de cocodrilo. Pero me contuve, el muy imbécil lo estaba soltando todo, ahora tenía claro que todo había sido un montaje para hacerme perder la razón.

Ahora tenía claro lo que tenía que hacer, mi objetivo era salir de Las Golondrinas y alejarme lo más posible. Tenía claro que no podía contar con las autoridades, a la vista de todos yo era una enferma mental y nadie me creería, tenía muchas horas para pensar, las dedicaría a planificar mi fuga.

CAPÍTULO 36

Dos cuidadoras entraron en la habitación, tenían que cambiar las sábanas, como venían haciendo cada semana desde que ella ingresó. Una de ellas era nueva, Cuesta la había contratado hacía solo un par de días.

—Desata a la paciente, siéntala en la silla de ruedas y átale las manos y los pies juntos —ordenó la enfermera veterana.

—¿Y eso por qué?, la pobre chica parece inofensiva, ¿no? —dijo la otra chica.

—Fíate tú de esta... lleva ya dos meses aquí y nos ha dado más de un disgusto, siempre intenta escapar, por ello, es mejor tomar precauciones. Su madre, que en paz descanse, era igual, ya se sabe, la genética es traicionera. —La enfermera veterana hablaba con prepotencia.

A Sonia, la nueva enfermera, le pareció una aberración.

Desató a Valentina, intentó sin éxito sentarla en la silla y la enfermera más experimentada la ayudó mientras maldecía en voz baja.

Luego esta salió de la habitación y dejó a Sonia a solas con Valentina.

Sonia siguió las instrucciones de su compañera muy a su pesar. Miró a Valentina a los ojos y susurró:

—Lo siento, preciosa, solo soy una mandada. —Tomó sus manos y las acarició antes de ponerle una correa a modo de esposas.

Volvió a mirar a la paciente y su mirada perdida y su boca babeante le produjeron una lástima tremenda. Cuando le ofrecieron el trabajo sabía que se tendría que enfrentar a situaciones duras y a personas que le despertarían todo tipo de sentimientos. Por el momento, Valentina era la que le había llegado más adentro, le conmovía. Una chica tan joven, totalmente catatónica, era demasiado triste.

La enfermera veterana entró de nuevo en la habitación.

—¿Todavía estás así?, haz la cama ya o no acabarás hoy, eres demasiado impresionable, no durarás mucho aquí.

Aquella mujer le caía fatal, sin embargo, iba a ser su compañera por mucho tiempo si todo iba bien y tenía que llevarse lo mejor posible con ella.

—¿Qué le pasa a esta chica? —preguntó Sonia con curiosidad.

—No hagas preguntas, tú solo ver, oír y callar, así podrás sobrevivir aquí sin volverte loca.

Las palabras de su compañera le crisparon los nervios; hablaba con esa prepotencia que tienen las personas que llevan tanto tiempo en un lugar y que cualquier cambio o persona nueva les parece una amenaza a su puesto.

—Es tan joven —dijo tras suspirar.

Su compañera lanzó una mirada reprobatoria y no volvieron a hablar hasta salir de la habitación.

En los próximos días, ambas mujeres hicieron la misma operación cada vez que tocaba cambio de sábanas, hasta que un día fue únicamente Sonia la que tuvo que realizar tal faena.

Esa mañana, Sonia desató a Valentina y la sentó en la silla de ruedas. A Sonia le parecía una soberana tontería que tuvieran a aquella mujer atada, pues no tenía ningún signo de movimiento. En las semanas que llevaba en Las Golondrinas no la había visto ni pestañear.

Decidió hacer caso omiso a las reglas y dejó a Valentina sin atar.

—¿Te vas a quedar aquí quietecita, verdad? —le dijo con cariño.

Valentina siguió con su mirada perdida, sin mostrar ningún tipo de emoción.

Sonia, le acarició la cara con dulzura y se alejó de ella para sacar las sábanas sucias de la cama.

De pronto, un golpe en la cabeza la derribó.

Y es que Valentina llevaba demasiadas semanas planeando su *modus operandi*. Mostrarse catatónica era la única forma de que alguien se confiara. Los viejos zorros que trabajaban en aquel lugar jamás la hubieran dejado desatada, pero aquella chica, con esa inocencia del primer trabajo, esas ganas de ayudar, era el golpe de suerte que necesitaba.

Le dio mucha pena golpearla, pero tenía que elegir y dentro de su vientre llevaba algo que no tenía la culpa de todo lo que estaba pasando en aquel antro.

Estar embarazada de alguien a quien llamaban el Príncipe Descuartizador no era muy alentador, pero era suyo, no tenía porque convertirse en un psicópata, ella se encargaría de que eso no pasara.

Le quitó la ropa a la enfermera y le puso su camisón. Ella se vistió con el uniforme de Sonia y se peinó igual que ella.

Por suerte, su altura y constitución eran muy parecidas a las suyas y conseguiría dar el pego, al menos, hasta poder salir del lugar.

Metió a Sonia en la cama, la ató con las correas y le pidió perdón antes de abandonar la habitación.

Atravesó cada pasillo, con cautela, caminó a paso rápido, pero sin llegar a correr, intentó hacer el menor ruido posible, tendría que haber cogido el carro de las sábanas, le hubiera sido más fácil disimular. Tuvo la suerte de no encontrar a nadie en los pasillos, era demasiado temprano quizá, pero bendijo su suerte.

Cuando llegó al jardín, encontró su primer obstáculo, Cuesta se dirigía hacia ella con las manos en los bolsillos y aire distraído. Si tenía suerte, pasaría de largo.

Valentina se agachó e hizo ver que se arreglaba las medias.

—Buenos días —saludó él.

Ella carraspeó y fingiendo una voz más aguda que la suya respondió del mismo modo.

De pronto, el sonido de una alarma hizo que su corazón se desbocara, habían descubierto su fuga.

—¡Señor Cuesta!, esa interna se escapa —dijo un celador señalándola.

Valentina comenzó a correr hacia la salida, iba a ser muy difícil alcanzarla. Cuesta se dio la vuelta y la siguió a trompicones, pues el tabaco no fue su mejor aliado para una persecución.

Cuando estaba a punto de llegar a la salida, vio como dos guardias de seguridad corrían hacia ella, pero se adelantó y tomó otro camino, hasta llegar a un lugar que le permitió trepar por las rejas.

Valentina llevaba demasiado tiempo apenas sin comer y sentía que miles de cuchillos se clavaban en sus fosas nasales, pero de un lugar que jamás supo, sacó fuerzas de flaqueza.

Cuando estuvo al otro lado de la verja, siguió corriendo con todas sus fuerzas, tenía que

alejarse todo lo posible.

Enterarse de la muerte de su madre le produjo un dolor inmenso, tuvo que hacer de tripas corazón para no perder los nervios cuando oyó a aquella enfermera decirlo sin el más mínimo atisbo de sentimiento, como si su madre no fuera más que un número, una más.

Ahora entendía por qué Cuesta le quería hacer creer que había sido ella la que la había matado, tenía que tener una coartada, algo que justificara que una paciente se le hubiera muerto en sus experimentos de psicópata.

Valentina se internó en el bosque, el día era gris, pero ella se sentía libre, iba a hacer todo lo posible por recuperar su vida, por vivirla lejos de aquel lugar, iba a ser madre, esta vez nadie lo impediría.

EPÍLOGO

St. Julians, Malta, 3 años después...

Recogí a Ángel de la guardería, cada día estaba más grande y más guapo. Aunque el parecido era más que obvio, en mi hijo no veía a ese ser maligno que era su padre.

Recordaba aquellos días en Las Golondrías como oscuros y asfixiantes, intentaba en la medida de lo posible no pensar en ellos, mi motivo para seguir adelante era mucho más fuerte y más claro que todas las tinieblas que en el pasado invadieron mi alma, conseguí soltar lastre, conseguí salir.

Tenía una espina clavada, no sabía la forma en que murió mi madre y eso me dolía y me hacía sentir culpable.

Tras escapar de mi cautiverio, Áxel me ayudó a salir del país. Lo abordé a la salida de comisaría dos días después y hablamos largo y tendido; lo que no se esperaba es que grabara la conversación. No le quedó de otra que ayudarme, podía hundirle la vida y para mi suerte, era un cobarde.

Me instalé en un pequeño apartamento en el país que me brindó una nueva vida.

Disfruté de mi embarazo y aunque el parto no fue fácil, cuando vi la cara de mi pequeño olvidé todo el dolor que había sufrido aquella noche en la que pensé que me rompía por dentro.

Ahora somos una pequeña familia y yo, aunque no tengo el trabajo de mi vida, no me quejo. No nos falta de nada y eso es lo que me importa.

Ángel corrió hacia mí alzando los bracitos, lo estreché entre mis brazos y le di un beso de lo más sentido.

—Te quiero, mami.

—Yo también, peque ¿Vamos a casa?

—Quiero ir al parque, ¿vamos?

—Vale, pero solo un ratito, ¿de acuerdo?

Ángel asintió con la cabeza y sonrió.

Me senté en un banco del parque a leer mientras mi pequeño jugaba, de pronto, vi que no estaba, no conseguía localizarlo.

Lo busqué por todas partes sin suerte. La desesperación me invadió, mi corazón se desbocó.

—¡Mami! —Escuché y me giré con ímpetu.

—Dios, cariño, ¡qué susto me has dado!

—¿Qué llevas en la cabeza? —Ángel llevaba una corona de flores secas.

—¿Te gusta?, me lo ha dado una chica.

—¿Qué chica? —pregunté sorprendida.

—Era como un hada, me dijo que podía irme con ella, que me llevaría con mi papi.

Mi respiración cada vez se aceleraba y el miedo, eso que hacía tiempo que no sentía me mordió el alma.

—Mami, ¿dónde está mi papi?, yo le he dicho que iría si tú venías con nosotros.

Sentí mi cuerpo cada vez más pesado, que una fuerza se apoderaba de mí, observé los ojos de mi pequeño y entonces lo vi, estaba a escasos metros tan imponente como siempre, no podía ser, no en aquel momento. El pánico se apoderó de mí y me agaché para coger a mi hijo en brazos.

—Mami, ¿Qué te pasa?

Volví a mirar a donde estaba Cabano, pero descubrí que me había equivocado, era otra persona. Respiré tranquila, como cada vez que me parecía verlo y luego descubría mi error.

—Nada, Ángel. Estoy bien, pero me has de prometer una cosa.

Ángel asintió con la cabeza y me dio un beso.

—Prométeme que jamás te irás con ningún extraño, que nunca me abandonarás.

Las Golondrinas, veinticinco días después de la fuga de Valentina...

Claudia entró en aquel edificio y sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda y se perdió en su nuca. Pensó que se estaba sugestionando, el lugar era del todo lúgubre. Se había propuesto averiguar si lo que le había relatado la antigua psicóloga sobre las prácticas que se llevaban a cabo en el sanatorio era cierto, cuando quedó con ella volvió a su casa con un mal sabor de boca que no se había esfumado y que había ardido en su interior al ver la noticia en el diario; «la peligrosa asesina Valentina Verdi fugada del psiquiátrico donde se encontraba internada tras asesinar a su madre». Había investigado a cada persona de la lista que Valentina le entregó, todos eran antiguos trabajadores de Las Golondrinas y habían sido internados tras haber cometido delitos de sangre. Se dirigió a la recepción, donde una mujer de mediana edad con una mirada intensa ordenaba papeles con cara de pocos amigos.

—Disculpe, soy Claudia Sánchez y vengo por...

—Ya sé a lo que viene —cortó—, espere un momento, enseguida la atenderán.

Seguidamente marcó en el teléfono un par de números y dijo:

—Señor Cuesta, ha llegado la nueva psicóloga, ¿la hago pasar a su despacho?... sí, sí, de acuerdo, ahora se lo digo.

—Ya puede pasar, el señor Cuesta la espera.

Lisbeth Cavey

(Tarragona 1977)

Alguien que comenzó a escribir para pasar página y acabó haciéndolo para estar dentro de ellas.

Otros libros de la autora:

Fénix: Lejos del cielo (2019): Una historia ambientada en 2008 en un barrio marginal. Es una novela trepidante a miles de revoluciones, juvenil, rebelde y diferente.

El Círculo de Alas Negras (2018): Terror psicológico al máximo exponente, si te gusta la intriga no dejes de leerlo... toc toc...

Imperfecta rara avis: (2017): Un amor en el lugar más inesperado y una protagonista peculiar, tan peculiar como la historia.

El informe Alcatraz: (2016): Mi primera novela. Policiaca, terrorífica, con altas dosis de intriga y su punto de humor, ¿a qué esperas a leerla?

AGRADECIMIENTOS

Cuando llego a este punto es buena señal, significa que falta muy poquito para publicar y como siempre, no tengo sinopsis, pero todo se andará.

Gracias a mis lectores que hacen que seguir adelante sea una magnífica experiencia.

A mi familia y en especial a ti, Pedro, por aguantar mis desvaríos nocturnos, no es fácil vivir con una loca llena de pasiones artísticas que devoran su mente.

A Sonia Martínez Gimeno, por ser una correctora de lujo con un ojo clínico y no asesinarme por ser la reina de las comas mal puestas.

A A.R. Cid, por sus consejos, me diste el último empujoncito para publicar Luz de gas, que lo sepas.

A Sheila Maldonado por darle una vuelta de tuerca a la sinopsis y dejarla perfecta.

Y bueno, si se me olvida alguien por favor, que no se ofenda, me cuesta mucho sacar tiempo para cumplir mis sueños y a veces me despisto.

https://twitter.com/nalen_gomez

<https://www.facebook.com/MaribelCGomez/>
